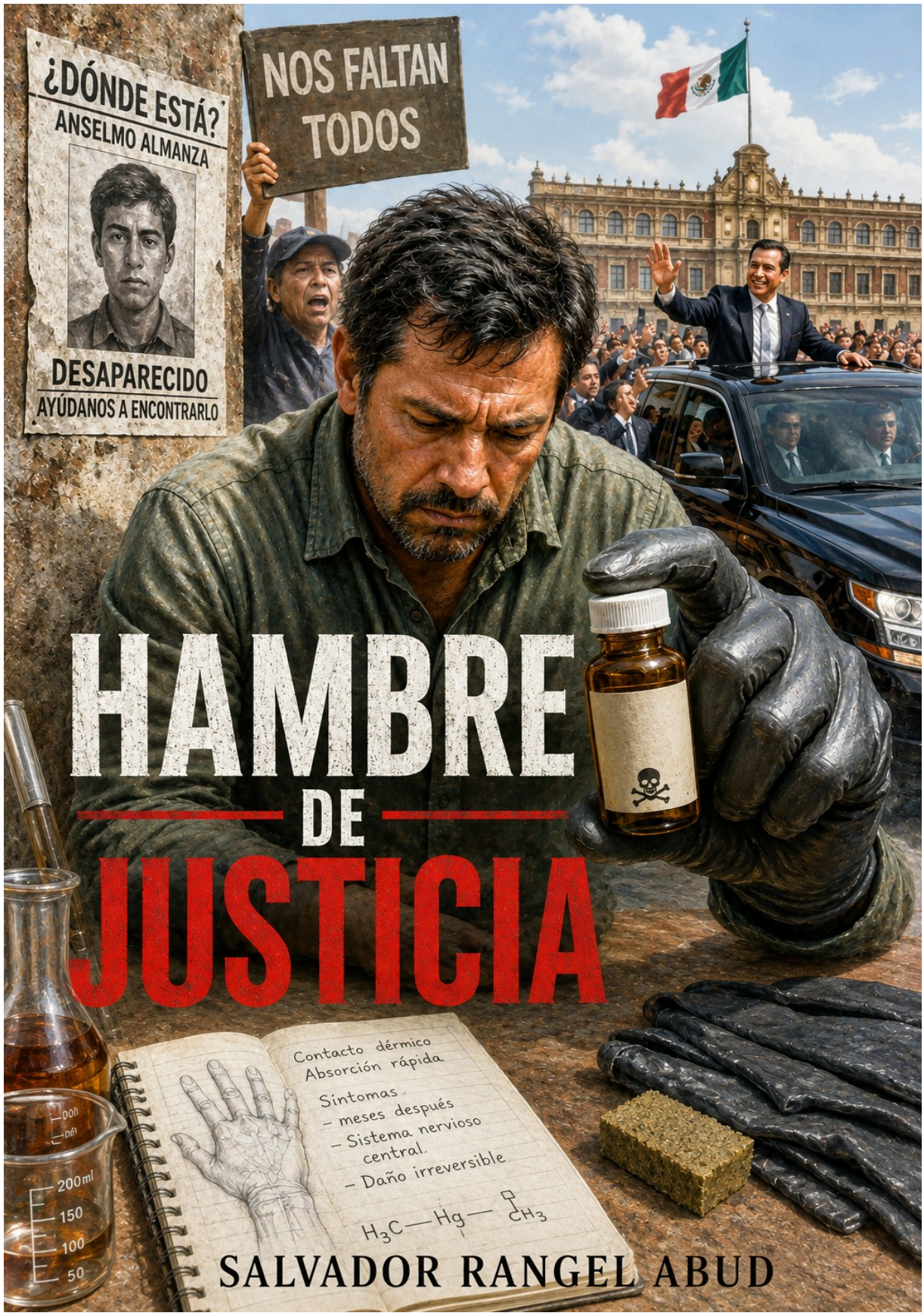
¿DÓNDE ESTÁ?
ANSELMO ALMANZA
DESAPARECIDO
AYÚDANOS A ENCONTRARLO
NOS FALTAN TODOS
HAMBRE DE JUSTICIA
Contacto dérmico
Absorción rápida
Síntomas
– meses después
– Sistema nervioso central.
– Daño irreversible
SALVADOR RANGEL ABUD

HAMBRE DE JUSTICIA

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Esteban Almanza es químico de formación y comerciante de fertilizantes en Celaya, Guanajuato. Cría solo a su hijo Anselmo con la parsimonia honesta de los hombres que no piden más de lo que pueden sostener. Esa vida tiene la textura de lo suficiente. Hasta que México se interpone.

El crimen organizado no eligió a Anselmo por ninguna razón que Esteban pueda entender. Lo eligió porque estaba ahí. Lo que sigue es lo que Esteban hace para recuperarlo, y lo que el Estado mexicano hace, o no hace, cuando un padre toca todas sus puertas: formularios, carpetas de investigación, funcionarios que escuchan con la cara correcta, promesas con fecha de vencimiento incorporada, y al final el silencio de un sistema que decidió que hay vidas que no vale la pena defender.

Cuando la última puerta se cierra, Esteban se sienta solo en una habitación vacía con todo lo que sabe y todo lo que ya no tiene. Y empieza a pensar.

Con la frialdad metódica de un hombre de ciencias.

Lo que Esteban Almanza decide hacer a continuación es lo que esta novela cuenta. No como apología. Como el registro inevitable de lo que este país produce cuando confunde la paciencia de sus ciudadanos con resignación y su dolor con algo que puede ignorarse sin consecuencias.

Nadie está suficientemente protegido.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene descripciones detalladas de crimen organizado, reclutamiento forzado, violencia implícita y muerte. Aborda con rigor técnico el uso de compuestos químicos letales y describe el proceso de planificación de un magnicidio desde la perspectiva de su autor. No glorifica la violencia sino que la examina como consecuencia directa del fracaso institucional del Estado mexicano. Lectura recomendada para adultos.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Ha publicado más de doscientas dos novelas que exploran la historia, la política, la justicia y la condición humana desde una perspectiva crítica y comprometida con la realidad de México y América Latina. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Hambre de Justicia
Autor: Salvador Rangel Abud
Género: Novela política / Thriller social
Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo
Extensión aproximada: 36,000 palabras
Año de escritura: 2025
País: México
Idioma: Español

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que el país lleva décadas sin responder bien: ¿qué ocurre cuando un ciudadano que no tiene nada más que perder decide que el sistema agotó su capacidad de absorber lo que le hicieron? No es un llamado a la violencia ni una apología del magnicidio. Es el retrato de una consecuencia. La consecuencia que produce un Estado que confunde la paciencia de sus ciudadanos con resignación, su cortesía con impotencia, su silencio con rendición. Esteban Almanza no es un héroe ni un villano: es el resultado de lo que México les hace a sus ciudadanos cuando decide que su dolor no vale la pena atender. Mientras eso no cambie, Estebanes seguirá habiendo.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo licencia

Salvador Rangel Abud. Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Se permite la reproducción y distribución del texto con fines no comerciales siempre que se cite al autor y no se realicen modificaciones a la obra original.

PALABRAS CLAVE

México, crimen organizado, desaparición forzada, magnicidio, dimetilmercurio, justicia, impunidad, servicio público, Celaya, Guanajuato, thriller político, novela social, Estado fallido, madres buscadoras, Bajío

---

TEMAS PRINCIPALES

El fracaso del Estado mexicano ante la violencia del crimen organizado. La impunidad como condición estructural del sistema político. El dolor de los padres buscadores como consecuencia directa de la negligencia institucional. La ciencia como herramienta de justicia personal. El miedo como mecanismo de rendición de cuentas cuando las instituciones fallan.

La diferencia entre poder público como servicio y poder público como usufructo. La invisibilidad del ciudadano común ante el aparato del Estado. La confesión anónima como acto político más poderoso que la acusación pública.

CITAS DESTACADAS

"La ciencia no tiene obligación de ser segura. Los científicos sí."

"El cargo público es una deuda, no una recompensa. Gobernar es una entrega, no una oportunidad."

"El hombre que ya no tiene miedo es el más libre y el más peligroso al mismo tiempo."

"No busco perdón porque no lo necesito. No busco que me entiendan porque entender no es lo que este país necesita de sus ciudadanos."

"Nadie está suficientemente protegido."

COMPARACIONES LITERARIAS

Hambre de Justicia comparte con *La fiesta del Chivo* de Mario Vargas Llosa la exploración del poder político desde adentro y sus consecuencias sobre los cuerpos y las vidas de los ciudadanos comunes. Con *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez comparte la mirada sobre la enfermedad y la caída de un hombre de poder. Con las novelas de Arturo Pérez-Reverte comparte el rigor narrativo, la precisión técnica en la descripción de procesos y materiales, y la capacidad de convertir el conocimiento especializado en motor de tensión dramática. Su voz propia, sin embargo, es la de Salvador Rangel Abud: cruda, sensible, descriptiva, crítica, enérgica, construida en la frontera entre la novela política y la crónica social de un México que no termina de mirarse en el espejo.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿En qué momento dejamos de considerar a Esteban Almanza como víctima y comenzamos a verlo como perpetrador? ¿Es posible mantener las dos categorías al mismo tiempo?

¿Qué dice sobre el Estado mexicano el hecho de que un ciudadano ordinario, sin recursos ni contactos, haya podido planificar y ejecutar el envenenamiento del presidente sin ser detectado?

¿La confesión anónima de Esteban es un acto de cobardía o de inteligencia? ¿Cambia algo en su lectura el hecho de que no se entregue?

¿Qué responsabilidad tiene el sistema político en la creación de Estebanes? ¿Dónde empieza esa responsabilidad y dónde termina la responsabilidad individual?

¿Puede considerarse el miedo que instala la confesión en la clase política un mecanismo legítimo de rendición de cuentas cuando los mecanismos institucionales han fallado completamente?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, Salvador. *Hambre de Justicia*. México, 2025. Obra publicada bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Contacto del autor: wrangel.1352@gmail.com

---

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas, entre las que destacan proyectos de largo aliento como *El último rojo del Soviet*, *Una España siempre en llamas*, *Las voces de la razón*, *La sangre del norte*, *La república que pudo haberse sembrado* y *Esto es lo que hicimos de México*, novelas que exploran desde distintos ángulos la historia política, los grandes conflictos ideológicos del siglo XX y XXI, y la memoria colectiva de México y el mundo.

MENSAJE FINAL

Hambre de Justicia no es una novela cómoda y no pretende serlo. Es la novela que el país necesita leer para hacerse las preguntas que no se hace en voz alta: sobre el poder que traiciona, sobre el dolor que no se atiende, sobre los ciudadanos que el sistema convierte en amenazas al ignorarlos. Si incomoda, es porque la incomodidad es exactamente la respuesta correcta ante lo que describe. Si esa incomodidad produce algo útil, mejor todavía.

ÍNDICE

Prólogo: México huele a muertos que nadie reclama
Capítulo 1: El muchacho que quería ser químico
Capítulo 2: Lo que el crimen organizado hace con los sueños ajenos
Capítulo 3: Las puertas que no se abren
Capítulo 4: Lo que regresa en una bolsa negra
Capítulo 5: Palacio Nacional no escucha a los muertos
Capítulo 6: La química del odio
Capítulo 7: El ensayo general
Capítulo 8: Culiacán
Capítulo 9: La espera y el daño que nadie vio venir
Capítulo 10: Los síntomas del poder
Capítulo 11: El miedo que no tiene nombre

Capítulo 12: La victoria que no sabe a nada
Epílogo: Lo que queda cuando el miedo se instala

HAMBRE DE JUSTICIA
Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO
México huele a muertos que nadie reclama
Celaya, Guanajuato. Una madrugada sin fecha.

Hay una manera de perder que no está en los diccionarios.

No es la pérdida que viene de golpe, la que llega con sirenas y con gente uniformada en la puerta y con el mundo deteniéndose por un momento porque lo que acaba de ocurrir es tan grande que incluso el tiempo necesita un segundo para asimilarlo. Esa pérdida duele de una manera que todos reconocen. Tiene nombre, tiene protocolo, tiene la solidaridad torpe pero genuina de quienes rodean al que la sufrió porque saben, aunque sea aproximadamente, lo que se siente.

La otra pérdida no tiene nada de eso.

La otra pérdida llega sin fecha, sin certeza, sin el alivio brutal de la definitivo. Llega como una ausencia que al principio parece provisional y que con el tiempo va adquiriendo la consistencia de algo permanente sin que nadie se la nombre, sin que nadie la certifique, sin que el Estado que debería hacerlo se tome la molestia de decirle a la familia lo que ya sabe o lo que teme o lo que eligió ignorar. Esa pérdida no tiene velorio ni acta ni sepultura. Tiene una fotografía plastificada. Tiene un número de carpeta de investigación. Tiene el silencio específico de los funcionarios que escuchan

con la cara correcta y archivan con la eficiencia de quien aprendió que procesar no es lo mismo que resolver.

En México, esa segunda pérdida tiene un número.

Casi doscientas mil.

Doscientas mil personas que un día estaban y al siguiente no, y cuya ausencia el Estado mexicano registró, clasificó y guardó en un cajón con la misma neutralidad burocrática con que registra los nacimientos o las defunciones de causa natural. Doscientas mil nombres detrás de los cuales hay Doscientas mil familias que aprendieron, por las malas, que buscar a un desaparecido en este país es un oficio que nadie te enseña, que nadie te paga, y que nadie te agradece: lo aprendes solo, con las manos en la tierra y la fotografía colgada al pecho, caminando por brechas que el Estado no recorre porque recorrerlas implicaría encontrar cosas que prefiere no encontrar.

Las madres buscadoras conocen esas brechas mejor que los peritos.

Conocen el olor de la tierra removida. Conocen la manera en que los perros se detienen de golpe sobre ciertos puntos del suelo y cómo ese silencio de animal concentrado es más elocuente que cualquier parte oficial. Conocen los formularios, los plazos, las palabras que los funcionarios usan para decir que investigan cuando en realidad archivan. Conocen la geometría exacta de la impunidad: sus ventanillas, sus horarios de atención, sus sellos, su manera específica de convertir el dolor de una familia en un expediente más entre miles de expedientes que nadie va a resolver porque resolver implicaría abrir puertas que conviene mantener cerradas.

Aprendieron todo eso solas.

Nadie las preparó. Nadie las capacitó. Nadie del gobierno llegó un día a decirles: esto es lo que sigue, esto es lo que tienen derecho a exigir, esto es lo que nosotros vamos a hacer y esto es el plazo en que lo vamos a hacer. Lo que el gobierno les ofreció fue lo que siempre ofrece cuando el problema es demasiado grande y las causas demasiado incómodas: formularios, mesas de trabajo, promesas con fecha de vencimiento incorporada, y la presencia ocasional de algún funcionario de suficiente rango para que la reunión quedara en el registro sin suficiente poder real para que el registro produjera algo.

El Bajío mexicano tiene una geografía particular para quienes lo conocen desde adentro.

Tiene sus tierras agrícolas y sus ciudades de manufactura y sus carreteras que conectan el centro del país con el norte con una eficiencia que los mapas de inversión celebran. Tiene también sus brechas. Sus cerros de nombre común. Sus baldíos en las afueras de los municipios donde la urbanización no llegó todavía o llegó y se detuvo por razones que nadie pregunta demasiado. El Bajío tiene sus fosas, que es la palabra que se usa cuando la tierra guarda lo que los hombres pusieron en ella y que los

peritos del Estado encontraron tarde o no encontraron del todo o encontraron y prefirieron no levantar el acta con el detalle que correspondía.

En esa geografía viven hombres y mujeres que un día eran ciudadanos ordinarios.

Tenían su trabajo, su casa, su familia, sus planes del tamaño que permiten los ingresos de la clase media de provincia: modestos, concretos, suficientes para sostener la dignidad sin aspirar a nada que excediera lo razonable. Tenían también su fe en el sistema, esa fe difusa y sin mucho examen que tienen los que nunca han necesitado examinarlo, la fe de quien paga sus impuestos y respeta las señales de tránsito y cree, sin haberlo verificado nunca, que si algún día algo terrible ocurriera habría alguien al otro lado de la línea de emergencias dispuesto a responder.

Y entonces algo terrible ocurrió.

Y aprendieron lo que el sistema es cuando se le necesita de verdad: aprendieron sus horas de atención y sus jurisdicciones y sus traslapes de competencia entre el fuero federal y el fuero común que nadie resuelve porque resolver implicaría responsabilizarse. Aprendieron que la carpeta de investigación es un documento que se abre con la solemnidad de un compromiso y se archiva con la discreción de una rendición. Aprendieron que el funcionario que los recibió con empatía genuina el primer día ya no estaba en el cargo el tercer mes, y que el que lo sustituyó no tenía acceso al expediente anterior porque el sistema no transfiere la memoria de un escritorio al siguiente.

Aprendieron, sobre todo, que el tiempo del Estado no es el tiempo de las familias.

El Estado puede esperar. Tiene instituciones y presupuestos y ciclos electorales que lo van renovando en sus cargos con independencia de los resultados. Las familias no pueden esperar porque lo que buscan tiene la urgencia de lo vivo aunque a veces ya no esté vivo, y esa urgencia no se negocia con los plazos burocráticos ni se aplaza hasta la siguiente administración.

Así que las familias aprendieron a no esperar.

Aprendieron a moverse solas. A organizarse entre ellas con la solidaridad precisa de quien comparte una geografía de dolor que nadie de afuera entiende del todo. A financiar sus propias búsquedas con lo que les queda después de pagar la renta y la comida. A documentar lo que encuentran con teléfonos celulares porque los peritos llegan tarde o no llegan o llegan y levantan el acta de una manera que luego no sirve para nada en ningún tribunal. A pararse frente a las puertas de las fiscalías y los palacios de gobierno con sus fotografías y sus carteles y su rabia absolutamente legítima y completamente ignorada.

Y a seguir buscando.

Porque eso es lo que hace quien tiene un desaparecido: busca. Aunque el Estado no ayude. Aunque el crimen organizado intimide. Aunque los vecinos le digan en voz baja que es mejor no hacer ruido. Aunque los años pasen y la fotografía plastificada se vaya deteriorando por los bordes y el rostro en ella vaya siendo cada vez más el rostro de quien era y menos el de quien podría ser ahora. Busca porque la alternativa es aceptar que el sistema tiene razón cuando dice, sin decirlo, que hay vidas que no valen el esfuerzo de una investigación real.

Y hay padres que no están dispuestos a aceptar eso.

Padres que buscaron por todos los canales que el Estado puso a su disposición y agotaron todos sin resultado. Padres que tocaron todas las puertas que el sistema construyó para procesar ese tipo de dolor y encontraron detrás de cada una de ellas la misma respuesta vestida con distintos trajes: el formulario, el expediente, la promesa, el silencio. Padres que un día se sentaron solos en una habitación vacía con el conocimiento acumulado de todo lo que intentaron y todo lo que no funcionó, y que en ese silencio tomaron una decisión.

Esta novela cuenta lo que ocurre después de esa decisión.

No es una novela cómoda. No lo pretende. Es el relato de un hombre que el Estado mexicano fabricó al ignorarlo, de la misma manera en que este país ha fabricado, con su negligencia y su complicidad y su soberbia institucional, a miles de hombres y mujeres que llegaron a sus límites sin que nadie se tomara la molestia de preguntarles cómo estaban.

Antes de conocer a ese hombre, antes de saber su nombre y su historia y la dirección exacta que tomó su rabia cuando se le acabó la paciencia, vale la pena quedarse un momento aquí, en este prólogo, en esta madrugada sin fecha de Celaya, Guanajuato, y pensar en las doscientas mil personas asesinadas.

En las fotografías plastificadas.

En las brechas.

En los perros que se detienen sobre ciertos puntos del suelo.

En los padres que compraron palas con su propio dinero.

En las ventanillas que se cierran a las tres de la tarde aunque la búsqueda no tenga horario.

En los presidentes que recorren los municipios golpeados con su séquito y su sonrisa y su capacidad perfectamente entrenada para estrechar manos entre la multitud sin ver, en ninguna de ellas, lo que hay detrás.

Piense en eso.

Y luego pase la página.

CAPÍTULO 1

El muchacho que quería ser químico

Celaya, Guanajuato. Enero–agosto de 2023.

La bodega de Fertilizantes Almanza olía a tierra mojada y a azufre y a algo más difícil de nombrar, ese olor denso y vegetal que tienen los almacenes donde conviven el salitre, el cloruro de potasio y los insecticidas en sus envases de plástico naranja alineados con una pulcritud que delataba al hombre que los acomodaba: alguien formado en la lógica de los laboratorios, donde cada cosa tiene su lugar y el desorden no es descuido sino error.

Esteban Almanza abría la bodega a las ocho de la mañana de lunes a sábado con la puntualidad silenciosa de quien no necesita que nadie lo vea cumplir con lo que tiene que cumplir, descorría el portón metálico con el mismo movimiento de siempre, encendía el foco de cuarenta watts que colgaba sobre la caja registradora y se disponía a recibir el día con la misma serenidad con que un hombre de ciencias recibe un experimento: sin expectativas excesivas, sin miedo al resultado, con la disposición honesta de quien sabe que lo que ocurra será consecuencia de lo que se hizo antes.

Era un hombre delgado, de manos grandes y frente amplia, con el tipo de canas que no envejecen sino que acompañan, con lentes de armazón delgada que se quitaba para leer las etiquetas de los productos y se volvía a poner para hablar con los clientes, como si necesitara ver bien a las personas pero no tanto a las cosas. Cincuenta y un años, cuerpo de quien cargó costales en su juventud y nunca del todo dejó de hacerlo, voz pareja que no subía aunque tuviera razones para subirla.

Los agricultores del municipio lo conocían desde hacía más de quince años y le compraban no solo por los precios sino por la certeza de que Esteban Almanza nunca les vendía un producto que no necesitaban ni les escatimaba uno que sí. En Celaya, esa clase de honradez comercial era suficiente para ganarse un respeto que no requería celebrarse en voz alta.

Anselmo llegaba a la bodega todos los días después de la prepa.

Llegaba a las dos y cuarto, a veces a las dos y media si se había quedado a estudiar en la biblioteca del plantel, y lo primero que hacía era dejar la mochila sobre el mostrador con ese golpe sordo y específico que Esteban aprendió a escuchar desde el fondo del almacén como quien escucha una seña convenida. Luego abría el refrigerador pequeño que estaba detrás de la caja, sacaba agua o a veces una Coca-Cola fría que se tomaba de pie mientras hojeaba cualquier cosa que tuviera a la mano, y entonces comenzaba la conversación.

No siempre era conversación larga. A veces eran frases sueltas, preguntas técnicas que el muchacho traía de clase y que el padre respondía sin dejar de acomodar cajas, intercambios breves sobre la naturaleza de algún compuesto o el comportamiento de alguna reacción que Anselmo no terminaba de entender del todo y que Esteban le explicaba con esa

paciencia particular de quien enseña algo que ama y que sabe que en el otro también va a arraigar.

Porque Anselmo lo amaba. La química. Con esa intensidad particular de los dieciocho años cuando uno todavía no distingue bien entre vocación y obsesión y no necesita distinguirlo porque las dos cosas producen el mismo fuego. Estudiaba con los libros de texto del bachillerato pero también con los manuales técnicos que su padre tenía en un estante detrás del mostrador, volúmenes de formulación agroquímica y toxicología de plaguicidas que cualquier otro muchacho de su edad hubiera ignorado y que Anselmo leía con la concentración de quien encuentra en la página impresa algo que el mundo exterior todavía no le ofrece.

Le fascinaban los metales de transición.

Le fascinaban los compuestos organometálicos.

Le fascinaba esa zona fronteriza entre la química inorgánica y la orgánica donde los elementos se comportan de maneras que desafían la intuición y que solo se entienden cuando uno acepta que la naturaleza tiene una lógica propia que no siempre coincide con la del sentido común.

Una tarde de febrero, Anselmo llegó más temprano que de costumbre, dejó la mochila en el mostrador con su golpe habitual y abrió uno de los manuales técnicos sin tomarse siquiera la Coca-Cola, lo que era señal de que traía algo rodando en la cabeza desde antes de llegar.

—El mercurio —dijo, con el dedo índice apuntando a una página como si llevara horas esperando poder decirlo en voz alta— puede formar compuestos con carbono que son solubles en grasa. En grasa, papá. No en agua. En grasa. ¿Eso no te parece extraordinario?

Esteban levantó la vista desde el fondo del almacén donde acomodaba sacos de sulfato de amonio.

—Me parece peligroso —dijo—. Que es lo que hay que pensar primero cuando uno trabaja con mercurio organometálico.

—Ya sé que es peligroso. Por eso me parece extraordinario. Las cosas más interesantes casi siempre son peligrosas.

Esteban no respondió de inmediato. Terminó de acomodar los envases que traía en las manos, se limpió las palmas en el mandil azul que usaba en la bodega, y caminó hasta el mostrador. Miró la página que señalaba su hijo: un diagrama molecular del dimetilmercurio con sus propiedades físicas y su perfil toxicológico listado en columnas ordenadas. Lo miró con la familiaridad de quien conoce ese compuesto desde hace años y con el respeto específico que ese conocimiento genera.

—La ciencia no tiene obligación de ser segura, Anselmo —dijo—. Los científicos sí.

El muchacho asintió sin levantar la vista del manual, con el gesto de quien archiva una frase para después aunque todavía no sepa para qué. Esteban volvió al almacén. Afuera, la tarde de Celaya transcurría con esa

normalidad densa y sin adornos de las ciudades que trabajan y no piden reconocimiento por ello.

Así eran sus días y tenían la textura de lo que funciona: no brillante, no perfecta, pero sólida y suficiente. La bodega abría y cerraba. Los pedidos llegaban y salían. Los clientes pagaban o prometían pagar y casi siempre cumplían porque en ese tipo de negocios la confianza era la única garantía que valía.

Esteban llevaba sus cuentas en un cuaderno de pasta dura y en una hoja de cálculo que Anselmo le había instalado en la computadora vieja dos años atrás y que Esteban usaba con la desconfianza cautelosa de quien prefiere el papel pero reconoce que el muchacho tiene razón en que el sistema es más ordenado. Esa concesión, pequeña y silenciosa, era una de las muchas formas en que Esteban Almanza le decía a su hijo que lo escuchaba sin necesitar decírselo con palabras.

Los domingos comían juntos en la mesa del comedor, a veces con el televisor encendido sin volumen porque ninguno de los dos era muy dado a las noticias pero tampoco le veían sentido a apagarlo del todo, como si la pantalla encendida fuera una forma de compañía discreta que no exigía nada. Esteban cocinaba lo que sabía: arroz, frijoles, carne guisada con chile ancho, a veces pozole cuando tenía ganas de algo que llevara tiempo y que llenara la cocina de un olor que no era exactamente el de la infancia pero se le parecía.

Anselmo lavaba los platos y a veces, cuando el ánimo lo permitía, ponía música desde el teléfono conectado a una bocina pequeña que había comprado con sus primeros ahorros del trabajo en la bodega, música que a Esteban le resultaba en general incomprensible pero que escuchaba sin quejarse porque el silencio entre ellos ya era suficientemente elocuente y no necesitaba defensa.

En la pared de la sala estaba la fotografía de Cristina.

Una foto de estudio del año 2008, cuando todavía no estaba enferma o cuando ya estaba enferma pero todavía no lo sabían, con el vestido azul marino que le gustaba y el cabello recogido y esa sonrisa que tenía de medio lado, como si la cámara le diera un poco de risa pero quisiera disimularlo.

Anselmo tenía tres años en esa foto y aparecía en el borde izquierdo, borroso, porque se había movido justo en el momento del disparo. A Esteban le gustaba esa foto precisamente por eso: porque Cristina estaba nítida y el niño estaba en movimiento, y eso le parecía que decía algo verdadero sobre cómo habían sido los años con ella, los pocos que tuvieron antes de que el cáncer les cambiara la geometría de la vida.

El cáncer llegó en 2011. Lo diagnosticaron tarde, como se diagnostican en este país las enfermedades de la gente que no tiene dinero para hacerse estudios preventivos ni tiempo para ir al médico sin que eso signifique un día sin ingreso. Para cuando encontraron el tumor ya había metástasis.

Cristina murió en 2013 con cuarenta y dos años y una serenidad que Esteban nunca terminó de comprender del todo, esa serenidad de ciertas mujeres frente a lo irreversible que no es resignación sino algo más hondo y más difícil de nombrar. Anselmo tenía ocho años. Lo que guardó de su madre no fueron recuerdos precisos sino sensaciones: el olor a jabón de barra, la voz que lo llamaba desde la cocina, el peso específico de su mano cuando lo tomaba de la muñeca para cruzar la calle.

Un domingo de marzo, mientras comían, Anselmo dejó el tenedor sobre el plato y dijo sin preámbulo:

—¿Tú crees que mamá hubiera querido que estudiara química?

Esteban siguió comiendo un momento antes de responder, no por indiferencia sino porque la pregunta merecía el tiempo que necesitaba.

—Tu madre quería que estudiaras lo que te hiciera levantarte con ganas por la mañana —dijo al fin—. Eso era lo único que le importaba.

—Pero específicamente química, ¿qué hubiera pensado?

—Que eras igual que yo. Y que eso era bueno o malo dependiendo del día que estuviera teniendo.

Anselmo sonrió. Era una sonrisa pequeña, de las que no ocupan toda la cara sino solo una esquina, del mismo lado que la sonrisa de Cristina en la fotografía de la pared, y Esteban lo vio y no dijo nada pero lo guardó con el cuidado silencioso con que se guardan las cosas que sabe uno que no va a poder repetirse.

Esteban no volvió a emparejarse después de Cristina. No por luto perpetuo ni por fidelidad romántica a un fantasma, sino por pragmatismo: tenía un hijo que criar y un negocio que sostener y las horas del día no alcanzaban para más. O eso se dijo durante los primeros años, y luego dejó de decírselo porque ya no hacía falta justificarlo. Vivir solos se había vuelto el orden natural de las cosas, y ese orden tenía sus propias satisfacciones, discretas y suficientes, como casi todas las cosas verdaderamente importantes de la vida.

Anselmo presentó el examen de admisión a la Universidad de Guanajuato en junio de 2023.

Lo presentó con la confianza tranquila de quien ha estudiado lo que tenía que estudiar y sabe que el resultado depende de lo que hizo antes y no de lo que sienta en el momento. Salió del centro de exámenes sin el nerviosismo eufórico de otros compañeros, recogió su mochila del casillero, tomó el autobús de regreso a Celaya y llegó a la bodega a las cinco de la tarde. Esteban estaba cerrando los libros de cuentas del día cuando escuchó el golpe familiar de la mochila sobre el mostrador.

—¿Cómo te fue? —preguntó sin levantar la vista.

—Bien —dijo Anselmo—. Creo que bien.

—¿Seguro?

—La parte de química, seguro. Las demás, bien.

—¿Qué tan bien es bien en las demás?

Anselmo se apoyó en el mostrador con los codos y pensó un momento con la seriedad de quien no quiere exagerar ni quedarse corto.

—Que no repruebo ninguna. Que entro.

Esteban cerró el libro de cuentas, guardó el bolígrafo en el cajón y lo miró.

—Entonces bien —dijo.

Eso fue todo. No hubo abrazo ni celebración ni frase memorable. No la necesitaban. Entre ellos las cosas importantes viajaban en pocas palabras y mucho silencio, y ese silencio no era frialdad sino el idioma específico de dos personas que se conocen lo suficiente para no necesitar traducción.

Los resultados llegaron en agosto. Anselmo Almanza quedó aceptado en el área de Ciencias Químicas de la División de Ciencias Naturales y Exactas de la Universidad de Guanajuato, campus Guanajuato. Lugar 47 de 312 aspirantes. Inscripción para agosto, inicio de clases en septiembre.

Esteban leyó el correo dos veces. Lo imprimió. Lo dobló en cuatro y lo guardó en el cajón donde guardaba los documentos importantes: junto al acta de nacimiento de Anselmo, la escritura de la bodega y la fotografía del día en que él mismo se graduó en esa misma universidad veinticinco años antes, con un traje rentado que le quedaba grande y una sonrisa que no le quedaba grande en absoluto.

Esa noche comieron pozole.

—¿Por qué pozole si no es domingo? —preguntó Anselmo cuando vio la olla en la estufa.

—Porque sí —dijo Esteban.

Anselmo lo miró un momento, entendió sin necesitar más explicación, y se sentó a la mesa. Comieron con el televisor sin volumen y la bocina pequeña poniendo algo que Esteban no reconoció pero que no le molestó, y cuando terminaron Anselmo lavó los platos y Esteban secó, que era una distribución que nunca habían hablado pero que llevaban años respetando como si alguien la hubiera escrito en algún lugar.

El verano de 2023 en Celaya fue caluroso y sin sobresaltos, y Anselmo pasó esos meses trabajando en la bodega por las mañanas y estudiando por las tardes, preparándose para la universidad con esa intensidad discreta que lo caracterizaba, leyendo adelantado los primeros capítulos de química orgánica, repasando cálculo, organizando sus notas con una meticulosidad que a veces hacía sonreír a su padre en silencio.

Era un muchacho sin vicios llamativos ni amistades peligrosas ni ninguna de las señales que en retrospectiva los padres identifican como advertencias que no supieron leer. Era, simplemente, un buen muchacho en una ciudad difícil que todavía no lo había alcanzado.

Todavía.

Porque Celaya en 2023 era también otra cosa debajo de su superficie trabajadora y ordinaria. Era territorio en disputa. Era una ciudad donde los grupos criminales habían trazado sus propias fronteras invisibles que los habitantes aprendían a respetar sin que nadie se las explicara, donde los reclutadores operaban con una eficiencia que las instituciones del Estado nunca lograron replicar para nada útil, donde los jóvenes con futuro eran precisamente el tipo de joven que más les interesaba a quienes necesitaban gente capaz de pensar, de organizarse, de no cometer los errores torpes de los que no tienen educación. La inteligencia, en el crimen organizado del Bajío, era un recurso escaso y por lo tanto valioso.

Anselmo Almanza era inteligente.

Y en septiembre, tres semanas antes de que comenzaran sus clases en la universidad, alguien lo notó.

CAPÍTULO 2

Lo que el crimen organizado hace con los sueños ajenos

Celaya, Guanajuato. Septiembre–noviembre de 2023.

El hombre que notó a Anselmo Almanza no tenía nombre que valiera la pena recordar.

Tenía un apodo, como todos los que operaban en ese nivel de la estructura: el Güero, aunque no era güero, era moreno claro, con el cabello teñido de un rubio oxidado que le daba exactamente el aspecto de alguien que quiere llamar la atención sin saber que eso es precisamente lo que no debe hacer quien trabaja en lo que él trabajaba. Tenía treinta y dos años y un teléfono con dos líneas y la mirada entrenada de quien lleva años evaluando gente joven en espacios públicos: canchas de basquetbol, tiendas de conveniencia, paradas de autobús, los alrededores de las prepas a la hora de salida. Lo que buscaba no era lo que la gente imagina cuando piensa en reclutadores del crimen organizado. No buscaba chavos desesperados ni adictos maleables ni muchachos sin futuro que aceptaran cualquier cosa por unos billetes. Esos eran fáciles de conseguir y poco útiles para lo que la organización necesitaba en ese momento. Lo que buscaba era lo otro: el muchacho que llega caminando con los libros bajo el brazo y los audífonos en las orejas y la mirada de quien está pensando en algo que no tiene que ver con lo que lo rodea. El que no se junta con los que se juntan a no hacer nada. El que tiene a dónde ir.

A Anselmo lo vio tres veces antes de decidir que valía la pena.

La primera fue en la papelería frente a la prepa, comprando un cuaderno de química y discutiendo con tranquilidad, sin exaltarse, una duda técnica con el dependiente que claramente no entendía nada pero que tampoco se atrevía a decirlo. La segunda fue en la cancha del parque Bicentenario, sentado en las gradas con un libro abierto mientras otros chavos jugaban abajo, sin estar aparte por timidez sino por elección, con la comodidad de

quien no necesita la aprobación de nadie para estar bien donde está. La tercera fue en la bodega de su padre, ayudando a cargar sacos de fertilizante a la camioneta de un cliente, con la eficiencia física de quien sabe trabajar y no le incomoda hacerlo.

Tres veces bastaron. El Güero hizo una llamada. Alguien más tomó nota.

Lo que siguió no fue inmediato. La organización no operaba con la torpeza de los aficionados. Había un proceso, una secuencia que con los años se había vuelto casi un protocolo: primero el acercamiento indirecto, a través de alguien del entorno del objetivo que ya estaba dentro o que debía un favor o que tenía miedo suficiente para hacer lo que se le pedía sin hacer preguntas. En el caso de Anselmo, el puente fue un compañero de la prepa, un muchacho de nombre Rodrigo Salinas al que Anselmo conocía sin conocerlo del todo, de esos amigos de salón con quienes uno platica en el recreo y se copia las tareas pero a quien no se lleva a la casa ni se le pregunta cómo está cuando las cosas se ponen difíciles. Rodrigo Salinas llevaba seis meses haciendo recados para la organización a cambio de una cantidad de dinero que le permitía cosas que su familia no podía darle, y hacía esos recados con la compartimentación mental que algunos jóvenes desarrollan cuando no quieren pensar en lo que están haciendo: una cosa era lo de la escuela y otra cosa era lo otro, y mientras no se mezclaran todo estaba más o menos bien.

Todo no estaba bien. Pero Rodrigo todavía no lo sabía del todo, o lo sabía pero prefería no terminar de saberlo, que en ese país es una diferencia que ya casi no existe.

El acercamiento ocurrió un lunes de octubre, a la salida de clases, con la naturalidad fabricada de dos conocidos que se encuentran por casualidad y terminan caminando juntos hacia la parada del autobús. Rodrigo comenzó con trivialidades, con el tono desenfadado de quien no tiene prisa por llegar a ningún lado, y luego, cuando ya llevaban media cuadra caminando, dijo como de paso que conocía a alguien que andaba buscando a un muchacho listo para un trabajo, que no era nada del otro mundo, que requería discreción y algo de conocimiento de química, que pagaba bien y no interfería con la escuela porque era cosa de fines de semana.

Anselmo siguió caminando sin cambiar el paso.

—¿Qué tipo de trabajo? —preguntó.

—Eso lo explica el que te contrataría. No yo.

—¿Y por qué no puede explicarlo antes de la reunión?

Rodrigo se encogió de hombros con una soltura que le había costado practicar.

—Así funciona. Primero te ven, luego te explican.

Anselmo se detuvo en la esquina donde tenía que girar para llegar a su parada. Miró a Rodrigo con la serenidad específica de quien no necesita tiempo para pensar lo que ya pensó.

—No me interesa hablar con alguien que no puede decirme de qué se trata antes de que yo llegue a verlo —dijo—. Si el trabajo es legítimo no hay razón para el misterio. Y si el misterio es parte del trato, entonces no es para mí.

Se puso los audífonos, giró en la esquina y se fue.

Rodrigo lo vio alejarse y luego sacó el teléfono y marcó. Lo que dijo en esa llamada no lo escuchó nadie más, pero el resultado fue el que fue: el rechazo de Anselmo fue reportado hacia arriba con la interpretación equivocada. No como la respuesta sensata de un muchacho cuidadoso, sino como soberbia. Como alguien que se creía demasiado para escuchar. Y a la organización no le gustaba que alguien se creyera demasiado para escuchar, sobre todo cuando ya lo habían identificado y ya habían invertido tiempo en él. En ese momento Anselmo dejó de ser una opción y se convirtió en un asunto pendiente, que en el vocabulario de la organización era una categoría completamente distinta y significativamente más peligrosa.

Lo que siguió tomó tres semanas.

Tres semanas en que Anselmo vivió su vida sin saber que algo se había movido en su contra, estudiando para la universidad, trabajando en la bodega, cenando con su padre, durmiendo con la misma tranquilidad de quien no tiene nada que temer porque no ha hecho nada que temer. Esteban tampoco notó nada. No había nada que notar. El peligro que se acercaba no tenía forma visible, no hacía ruido, no dejaba rastros en la superficie de los días ordinarios. Era el tipo de amenaza que el Bajío había aprendido a generar con la eficiencia invisible de quien lleva años practicándola y que sabe que la mejor operación es la que nadie ve venir.

Una noche de miércoles de octubre, Anselmo no llegó a cenar.

Esteban esperó hasta las nueve con la mesa puesta y la olla tapada sobre la estufa. Llamó al teléfono de su hijo cuatro veces. Nada. Salió a la calle a las nueve y media con la linterna del teléfono aunque las calles estuvieran alumbradas, caminó hasta la prepa aunque sabía que a esa hora ya no había nadie, pasó por la papelería cerrada, por la cancha del parque Bicentenario, por la parada del autobús donde Anselmo tomaba el camión de regreso. Nada. Volvió al departamento a las diez y cuarto y se sentó en la silla de la cocina con el teléfono sobre la mesa y esperó con esa forma específica de esperar que no es pasividad sino tensión contenida, la espera del hombre que sabe que moverse sin información es peor que quedarse quieto pero que quedarse quieto le cuesta todo lo que tiene.

Anselmo llegó a las once y veinte.

Llegó con la ropa sin desacomodar y la mochila en el hombro y una expresión en la cara que Esteban no le había visto nunca: algo entre el susto y la concentración, como si acabara de salir de un lugar del que no estaba seguro de haber podido salir y todavía no terminaba de procesar lo que eso significaba. Se sentó frente a su padre sin quitarse la mochila ni

aceptar el vaso de agua que Esteban le puso sobre la mesa. Estuvo callado treinta segundos que a Esteban le parecieron considerablemente más.

—Me agarraron —dijo.

Esteban no preguntó quién. En Celaya en 2023 no había que preguntar quién.

—¿Estás lastimado?

—No.

—¿Te amenazaron?

—Sí.

—¿Qué quieren?

Anselmo tardó en responder. Cuando lo hizo, la voz le salió plana, sin inflexión, como si hubiera tomado la decisión de no dejar que lo que decía le llegara del todo mientras lo decía, como si la única manera de pronunciarlo fuera desde cierta distancia.

—Que trabaje para ellos. Que si no, te pasa algo a ti.

El silencio que siguió duró lo suficiente para que los dos entendieran que el mundo que habían tenido hasta esa noche era uno y que el mundo que empezaba ahora era otro, y que entre los dos no había puente de regreso.

Esteban se quitó los lentes. Los dejó sobre la mesa. Miró a su hijo con los ojos sin el filtro del cristal y dijo algo en voz muy baja, con la calma peculiar de los hombres que sienten demasiado para permitirse perder el control:

—Mañana vamos a la policía.

Anselmo negó con la cabeza, despacio, con la seguridad triste de quien ya pensó en eso antes de llegar a casa.

—Me dijeron que si voy a la policía te matan antes de que yo llegue a casa. Me lo dijeron así, con esas palabras, para que no hubiera confusión.

—¿Te creyeron que ibas a hacer lo que te piden?

—Les dije que necesitaba tiempo para pensarlo. Me dieron tres días.

Esteban volvió a ponerse los lentes. Tomó el vaso de agua que había puesto para su hijo y bebió un sorbo largo, no porque tuviera sed sino porque necesitaba hacer algo con las manos mientras pensaba. Luego dejó el vaso sobre la mesa con cuidado, como si el ruido que hiciera al posarlo pudiera romper algo que ya estaba muy cerca de romperse.

—¿Qué tan en serio lo toman? —preguntó.

—Lo suficiente para saber dónde vivimos, cómo se llama la bodega, a qué hora abres —dijo Anselmo—. Me dijeron tu nombre completo. Me dijeron que vas por tamales al mercado los sábados a las diez.

Eso fue lo que cerró la discusión sobre la policía. No el miedo abstracto a las amenazas sino ese detalle concreto y doméstico: que supieran lo de los tamales del sábado. Que hubieran estado mirando lo suficiente para saber

eso. Que la vigilancia fuera tan cercana y tan ordinaria que incluía los tamales.

En ese momento Esteban Almanza entendió, con la misma claridad con que un químico entiende que una reacción ya comenzó y no puede detenerse a voluntad, que estaban solos. Que siempre habían estado solos en ese sentido fundamental. Solo que antes no importaba tanto.

Lo que ocurrió en las semanas siguientes Esteban solo lo reconstruiría después, fragmento por fragmento, a partir de lo que encontró en el teléfono de Anselmo y de lo que le contaron otros padres en el grupo de búsqueda al que se uniría meses más tarde. El mecanismo era conocido entre quienes lo habían vivido y se transmitía en ese grupo con el vocabulario preciso y sin adornos de quien ha tenido que aprender cosas que nadie debería tener que aprender. Primero los trabajos menores: transporte de paquetes sin preguntar el contenido, mensajes entregados en persona a direcciones que cambiaban cada vez, vigilancia de puntos específicos durante horas. Luego el compromiso gradual: en algún momento, sin que el muchacho lo eligiera con claridad, lo involucraban en algo que dejaba huella, que creaba deuda, que lo ataba con un nudo que no se desataba porque el nudo era un crimen compartido y los crímenes compartidos son la cadena más sólida que existe. Y luego el acto definitivo, el que borraba la posibilidad del regreso: hacer matar a alguien.

En el caso de Anselmo, ese alguien fue Rodrigo Salinas.

El mismo Rodrigo que había sido el puente, el mismo que había creído que podía mantenerse en el margen de lo que hacía sin que el margen se moviera, el mismo que una noche de noviembre fue citado en un baldío a las afueras del fraccionamiento Misión de San Diego con el pretexto de recoger dinero que supuestamente le debían, y que llegó sin saber que Anselmo Almanza estaría ahí con una pistola que nunca había disparado en su vida y una orden que no podía desobedecer si quería que su padre amaneciera vivo al día siguiente.

Lo que sintió Anselmo en ese momento nadie lo supo nunca con exactitud. No lo dijo entonces ni lo dijo después, porque hay cosas que uno carga sin poder ponerles palabras no por falta de vocabulario sino porque nombrarlas les daría una realidad que resulta más tolerable sin nombre. Lo que se sabe es que la pistola sonó una vez en el baldío oscuro de Celaya, y que Rodrigo Salinas tenía dieciocho años, exactamente los mismos que Anselmo, y que ninguno de los dos había hecho nada para merecer estar en ese lugar esa noche, y que uno de los dos no volvió a casa.

Anselmo volvió.

Pero el muchacho que entró al departamento esa madrugada, que pasó directo al baño sin decir nada y se quedó adentro veinte minutos con el agua corriendo, no era el mismo que había salido por la mañana con la mochila y los libros y los audífonos y el futuro ordenado frente a él como una ecuación que ya sabía resolver. Ese muchacho quedó en el baldío junto

a Rodrigo Salinas. Lo que entró al departamento esa noche era algo que llevaba el mismo nombre y la misma cara y los mismos ojos pero que tenía adentro una fractura que no iba a soldarse nunca, porque hay fracturas que el tiempo no cierra sino solo recubre, y recubiertas son peores porque no se ven pero se sienten en cada paso que da el que las carga, en cada mañana que amanece y en cada noche que no termina de oscurecerse del todo.

Esteban esperaba sentado en la silla de la cocina cuando Anselmo salió del baño. Lo miró caminar hacia su cuarto sin levantar la vista del suelo. Lo miró con la atención dolorosa y total del padre que reconoce en la postura de su hijo algo que no tiene nombre en ningún idioma pero que él entiende con una precisión que le duele en un lugar donde no hay nombre para el dolor.

No preguntó qué había pasado.

Ya lo sabía.

Y saber sin poder hacer nada era la peor versión del saber, la que se instala en el pecho y no se va, la que estará ahí mañana y pasado y todos los días que vengan, callada y permanente como el olor a azufre en los sacos de la bodega.

CAPÍTULO 3

Las puertas que no se abren

Celaya, Guanajuato. Diciembre de 2023–marzo de 2024.

La primera puerta fue la de la Fiscalía Regional del Estado de Guanajuato, oficina Celaya, ubicada en un edificio color ocre desteñido sobre la calle Manuel Doblado, con un letrero institucional que alguien había colocado torcido y que nadie había corregido en años, como si la torcedura fuera parte del diseño o como si a nadie le importara lo suficiente para subirlo al clavo que le faltaba. Esteban llegó a las nueve de la mañana de un lunes de diciembre con una carpeta de documentos que había preparado la noche anterior con la misma meticulosidad con que preparaba sus registros de inventario: fotografías de Anselmo, copia de su acta de nacimiento, una cronología escrita a mano de los eventos desde la primera noche que no llegó a cenar hasta el momento en que Esteban entendió que su hijo ya no era su hijo de la manera en que había sido su hijo hasta entonces. Había pasado tres horas ordenando esos papeles en la mesa del comedor con la lámpara de escritorio encendida porque la luz del techo le parecía demasiado brutal para esa tarea, y cuando terminó los metió en la carpeta con la conciencia silenciosa de quien sabe que lo que está haciendo es necesario y también sabe, en algún lugar que prefiere no examinar demasiado, que probablemente no va a servir para nada.

La funcionaria de la ventanilla número tres tenía unos cuarenta años, cabello recogido con una liga de colores y una pantalla de computadora que miraba con más frecuencia que a los ciudadanos que atendía, no por

descortesía sino por el hábito acumulado de años en los que la pantalla siempre le exigía algo y los ciudadanos casi nunca recibían lo que venían a buscar. Escuchó a Esteban con la atención clínica de quien aprendió a escuchar sin procesar del todo, asintiendo en los momentos adecuados con una cadencia que no era empatía sino protocolo, y cuando él terminó de exponer los hechos ella juntó las manos sobre el escritorio y le preguntó con una voz que intentaba ser amable:

—¿Tiene usted pruebas materiales de la amenaza? Mensajes de texto, grabaciones de voz, testigos presenciales que puedan rendir declaración.

—Las amenazas de esa naturaleza no se hacen por escrito —dijo Esteban—. Ni se graban. Ni delante de testigos. Precisamente por eso funcionan.

—Entiendo su situación, señor Almanza. Pero sin elementos materiales lo que podemos hacer es abrir una carpeta de investigación preliminar y proceder de acuerdo a nuestros protocolos internos.

—¿Qué protocolos y en qué tiempo?

Ella dudó un segundo, ese segundo exacto que tienen los funcionarios cuando la respuesta honesta y la respuesta institucional apuntan en direcciones distintas y hay que elegir cuál dar frente a alguien que ya sabe la diferencia.

—Depende de la carga de trabajo y de la clasificación del caso —dijo—. Normalmente el seguimiento inicial ocurre en un plazo de quince a treinta días hábiles.

—Mi hijo de dieciocho años fue reclutado a la fuerza por un grupo criminal —dijo Esteban, sin subir la voz, con esa calma que es más difícil de sostener que el grito—. Hay amenazas directas contra su vida y contra la mía. ¿Eso no activa ningún protocolo de urgencia?

La funcionaria lo miró con algo que podría haber sido vergüenza o podría haber sido el cansancio específico de quien lleva años escuchando variaciones del mismo dolor sin poder ofrecer nada distinto a lo que el sistema le permite ofrecer, que es muy poco y casi siempre demasiado tarde. Le extendió un formulario de cuatro hojas.

Esteban llenó el formulario. Le tomó cuarenta y cinco minutos porque la letra era pequeña y las preguntas eran muchas y algunas no aplicaban a su situación pero había que contestarlas de todas formas porque el sistema no contemplaba la posibilidad de que algunas preguntas no aplicaran a algunas situaciones. Cuando lo entregó, la funcionaria lo selló con un golpe seco del sello de goma, le dio una copia rosada y le dijo que en un plazo de quince días hábiles recibiría notificación sobre el estado de su denuncia al número telefónico que había proporcionado en la sección cuatro del formulario. Esteban guardó la copia en su carpeta, dijo gracias con la voz de quien ya sabe que el gracias no tiene destinatario real, y salió al sol de diciembre de Celaya con la certeza tranquila y terrible de que esa carpeta

de investigación preliminar iba a terminar en un cajón del que no iba a salir nunca.

Terminó en un cajón. La notificación nunca llegó.

La segunda puerta fue la Comisión de Búsqueda de Personas del Estado de Guanajuato, con sede en León, a cuarenta minutos en autobús. Esteban fue un jueves, tomó el primer camión de la mañana y llegó a las diez menos cuarto. Esperó turno sentado en una sala con sillas de plástico azul y un póster institucional en la pared que decía JUNTOS ENCONTRAMOS con una fotografía de manos entrelazadas sobre un fondo blanco que a Esteban le pareció lo más cruel que había visto en mucho tiempo, no por maldad sino por la distancia infinita entre lo que prometía y lo que la sala era capaz de ofrecer a quienes llenaban las sillas de plástico azul semana tras semana. Había otros cinco esperando turno. Una mujer de unos sesenta años con una fotografía plastificada de un joven colgada al cuello como se cuelgan los santos. Un hombre con sombrero de palma que no quitó en ningún momento. Una pareja joven que no se hablaba pero que se tomaba de la mano con una presión que lo decía todo sin necesitar palabras. Todos con carpetas. Todos con esa expresión que Esteban reconoció porque era la suya: la de quien llegó a una puerta convencido de que esta vez sería distinto.

La funcionaria que lo atendió era más joven que la de la Fiscalía y tenía una amabilidad que a Esteban le pareció genuina, lo que en cierta forma era peor, porque la amabilidad genuina en una institución que no puede hacer nada duele de una manera distinta a la indiferencia. La indiferencia al menos es consistente.

—El caso de su hijo es complicado en términos de clasificación —le dijo, después de escuchar con atención real y sin interrumpirlo—. Técnicamente no es una persona desaparecida en el sentido que maneja nuestro registro. Está localizado, vive con usted, tiene paradero conocido. Lo que usted describe es reclutamiento coercitivo, que en estricto sentido es competencia de la Fiscalía Especializada en Combate al Crimen Organizado, no de esta Comisión.

—Ya fui a la Fiscalía regional —dijo Esteban.

—¿Y qué le dijeron?

—Me dieron un formulario y me dijeron que esperara quince días hábiles.

La joven asintió despacio, con la expresión de quien escucha la continuación de una historia que conoce de memoria y cuyo final no cambia.

—Le voy a dar los datos de la Fiscalía Especializada en Irapuato —dijo—. Y también información de algunos colectivos civiles que trabajan este tipo de situaciones. A veces logran cosas que las instituciones no podemos lograr, porque operan de manera distinta.

—¿Por qué las instituciones no pueden lograr lo que logran los colectivos?

Ella no respondió de inmediato. Reorganizó unos papeles sobre el escritorio que no necesitaban reorganizarse, bajó la vista un momento y cuando la volvió a subir tenía en los ojos algo que estaba exactamente entre la honestidad y el miedo a ser honesta en voz alta en una oficina del gobierno.

—Porque a veces las instituciones y los grupos que usted describe operan en los mismos espacios —dijo en voz baja—. Y eso complica el tipo de intervención que podemos hacer.

Fue lo más verdadero que le dijo alguien en un edificio oficial en todos esos meses.

Esteban fue a Irapuato el siguiente lunes. La Fiscalía Especializada tenía un edificio más nuevo que el de Celaya y un sistema de citas en línea que tardó dos días en entender porque la página web cargaba mal desde el teléfono y desde la computadora de la bodega tardaba tanto que a veces se cerraba sola antes de terminar el proceso. Cuando por fin consiguió la cita y fue, lo atendió un agente ministerial de unos treinta y cinco años con el escritorio ordenado y una planta de plástico verde en la esquina que Esteban miró un momento sin poder evitarlo, esa planta de plástico que era la metáfora perfecta de algo que simula vida sin tenerla. El agente escuchó con una atención que parecía profesional y que quizá lo era, tomó notas en un cuaderno, pidió los documentos de la carpeta, los fotocopió en una máquina al fondo de la sala y los devolvió con el orden levemente alterado, como ocurre siempre con los documentos que otros manejan.

—El problema —dijo el agente, reclinándose en la silla con el tono de quien va a explicar algo que sabe que no va a gustar— es que para abrir una investigación formal contra un grupo específico necesitamos identificación del grupo, nombres de operadores o cuando menos apodos verificables, y una víctima que esté dispuesta a declarar. Su hijo tendría que venir a rendir declaración.

—Si mi hijo rinde declaración lo matan —dijo Esteban.

—Contamos con protocolos de protección a testigos.

—¿Qué tan efectivos son esos protocolos en Celaya?

El agente no respondió. Puso el capuchón en la pluma y la dejó sobre el cuaderno, y ese gesto pequeño y definitivo dijo todo lo que él no podía decir en voz alta sin comprometer algo que Esteban no alcanzaba a ver del todo pero que intuía con claridad.

—Le recomiendo que hable con los colectivos de búsqueda —dijo finalmente—. Tienen experiencia en terreno que nosotros no siempre podemos tener.

Esteban recogió su carpeta, dijo gracias por tercera vez en tres semanas con la misma voz plana de las otras dos veces, y salió al frío de enero de Irapuato sintiéndose exactamente como lo que era: un hombre que había tocado tres puertas distintas del mismo edificio y que las tres le habían respondido con variaciones distintas del mismo no.

Los colectivos eran otra cosa.

El primero al que llegó se llamaba Madres Buscadoras del Bajío y tenía su sede informal en la sala de la casa de una mujer de nombre Esperanza Villanueva, en una colonia popular de Celaya donde las banquetas estaban rotas y los postes de luz tenían cables cruzados que nadie había ordenado nunca. Esperanza tenía cincuenta y ocho años, cuerpo de quien ha cargado más de lo que los huesos deberían aguantar, voz que no pedía permiso para decir lo que tenía que decir, y una fotografía de su hijo Mauricio en cada pared de la sala, Mauricio a los veinte años, Mauricio en su graduación de la secundaria, Mauricio con un grupo de amigos en alguna fiesta de la que Esperanza no recordaba la fecha pero sí la camisa que llevaba porque era la camisa que ella le había regalado para su cumpleaños. Mauricio llevaba cuatro años desaparecido.

La sala tenía ocho sillas y una mesa con un mantel de hule floreado sobre la que siempre había café y a veces pan, y los martes por la tarde se llenaba de personas que llegaban con sus carpetas y sus fotografías y su mezcla específica de desesperación y determinación que Esteban reconoció desde la primera reunión a la que fue porque era exactamente lo que él cargaba.

—¿Cuándo desapareció? —le preguntó Esperanza la primera noche, directa, sin preámbulos, como quien sabe que el tiempo que se gasta en rodeos es tiempo que no se tiene.

—No ha desaparecido todavía —dijo Esteban—. Está en casa. Pero ya no es el mismo.

Esperanza lo miró un momento con unos ojos que habían visto demasiado para sorprenderse de nada pero que todavía tenían la capacidad, difícil de conservar después de cuatro años de búsqueda, de entender lo que les decían.

—Eso es peor —dijo—. Cuando todavía están es más difícil porque uno todavía espera que pueda salvarse. Y esa esperanza duele de una manera que cuando ya no están ya no duele igual.

—¿Y cuando ya no están? —preguntó Esteban.

—Cuando ya no están duele de otra manera. Pero al menos ya sabes con qué estás lidiando.

Fue en ese grupo donde Esteban aprendió el vocabulario de lo que le estaba pasando. Aprendió que lo que había vivido Anselmo tenía nombre: reclutamiento forzado con enganche progresivo. Aprendió que el mecanismo era conocido, documentado, que decenas de familias del Bajío habían pasado por variaciones del mismo proceso y que el Estado lo sabía y no hacía nada porque hacer algo implicaba tocar equilibrios que nadie con cargo quería tocar. Aprendió que los mapas que las madres trazaban con cruces de colores en papel bond no eran excentricidad del dolor sino inteligencia territorial que en algunos casos superaba a la de las propias

autoridades, que sabían dónde buscar porque ellas habían ido a buscar cuando las autoridades no fueron.

Y aprendió, sobre todo, que estaba solo en la manera más concreta y más irremediable: que el sistema que debería protegerlo no iba a protegerlo, que las instituciones que deberían funcionar no funcionaban o funcionaban para otros, que la distancia entre lo que el Estado prometía en sus pósters de manos entrelazadas y lo que el Estado hacía en sus oficinas de plástico azul y planta verde era una distancia que no se medía en kilómetros sino en vidas.

En marzo, el presidente de la república hizo una visita a Celaya.

Llegó con el aparato completo: caravana de camionetas negras, elementos del Estado Mayor, periodistas acreditados, el alcalde local con su mejor traje y su sonrisa de quien recibe visita importante, un templete instalado en la explanada de la presidencia municipal con bocinas que retumbaban desde una hora antes con música de banda. El acto era para anunciar la entrega de apoyos a productores agrícolas del municipio, uno de esos actos que en el lenguaje oficial se llaman de proximidad con la ciudadanía y que en la práctica son fotografías con sembradores para los noticieros de la noche.

Esteban fue.

Fue con la fotografía de Anselmo impresa en tamaño carta y con la carpeta de documentos que ya llevaba tres meses cargando a todas partes como si el peso físico de los papeles fuera la única prueba de que lo que estaba viviendo era real. Llegó temprano, antes de que se instalara el cordón de seguridad, y se colocó en la segunda fila del lado izquierdo del templete, donde calculó que el presidente pasaría al entrar. Esperó dos horas de pie bajo un sol que a mediados de marzo en Celaya ya tiene temperatura de advertencia.

Cuando llegó el presidente, la explanada estaba llena y la música subió de volumen y la gente aplaudió con la intensidad variada de quien aplaude porque le nace y de quien aplaude porque es lo que se hace en ese momento. Esteban no aplaudió. Levantó la fotografía de Anselmo con las dos manos sobre la cabeza y esperó.

El presidente pasó a dos metros de él. Lo miró. Miró la fotografía. Sonrió con esa sonrisa de escenario que se aprende antes que cualquier otra habilidad política, esa sonrisa que significa todo y nada al mismo tiempo. Un asistente se acercó a Esteban, le tomó los datos en una libreta pequeña y le dijo que el presidente había tomado nota de su caso y que alguien de la oficina de atención ciudadana se pondría en contacto. Esteban preguntó en qué tiempo. El asistente dijo que a la brevedad. Esteban preguntó qué significaba a la brevedad en días concretos. El asistente dijo que no podía precisar pero que sin duda sería pronto.

Nadie llamó.

Esteban volvió a la bodega esa tarde, colgó la fotografía de Anselmo en el tablero de corcho donde tenía los recordatorios y las facturas pendientes, y se quedó mirándola un momento con los brazos cruzados sobre el pecho. El muchacho de la foto sonreía con la camiseta de la prepa y los libros bajo el brazo, con esa sonrisa de quien no sabe todavía que el mundo tiene otras instrucciones para él.

Luego Esteban descolgó el mandil azul del gancho, se lo puso, y volvió al trabajo.

Pero algo había cambiado en él desde esa explanada. No era rabia, o no era solo rabia. Era algo más preciso y más frío, algo que se parecía a la claridad que siente un científico cuando después de muchos experimentos fallidos entiende por fin cuál es la variable que estaba midiendo mal. El Estado no iba a moverse. Las instituciones no iban a funcionar. Las puertas iban a seguir siendo puertas que no se abrían. Y su hijo seguía perdiéndose, día a día, en una dirección desde la que no había regreso visible.

Esa noche, mientras cerraba los libros de cuentas de la bodega, Esteban Almanza pensó por primera vez en algo que todavía no era un plan. Era apenas una pregunta, formulada en el mismo idioma frío y metódico con que había aprendido a formular todas las preguntas que valían la pena:

Si el sistema no tiene solución para esto, ¿qué tiene el problema que el sistema no supo ver?

CAPÍTULO 4

Lo que regresa en una bolsa negra

Celaya, Guanajuato. Abril de 2024.

Anselmo dejó de llegar a la bodega en enero.

No hubo anuncio ni explicación. Simplemente una tarde dejó de aparecer el golpe de la mochila sobre el mostrador y Esteban siguió acomodando sacos y atendiendo clientes y cerrando libros de cuentas con la conciencia dolorosa de que ese silencio no era ausencia sino presencia de otra cosa, la presencia de lo que le habían hecho a su hijo y que ahora ocupaba el espacio donde antes estaba el muchacho. Anselmo llegaba al departamento tarde, a veces de madrugada, a veces con olor a algo que Esteban identificaba sin querer identificar, y se iba antes del amanecer sin comer ni explicar el destino. Los ojos habían cambiado. No en el color ni en la forma sino en lo que había detrás: esa luz específica que tienen los jóvenes que todavía creen que el mundo puede ser ordenado y justo se había apagado con la misma silenciosa irreversibilidad con que se apaga una llama cuando el combustible se termina. Lo que quedaba en su lugar no era oscuridad exactamente. Era otra cosa. Era el tipo de mirada que aprende a no ver lo que está mirando porque ver del todo es insoportable.

Esteban lo intentó una vez.

Fue un domingo de enero, el primer domingo del año, cuando Anselmo llegó a las once de la mañana con la ropa del día anterior y se sentó a la mesa sin quitarse la chamarra. Esteban puso café sin preguntar y se sentó frente a él. Estuvieron callados varios minutos. Afuera el barrio tenía el sonido lento de los domingos, algún perro, algún radio lejano, el camión de la basura que pasaba con más ruido que puntualidad.

—¿En qué andas? —dijo Esteban finalmente.

Anselmo sostuvo la taza de café con las dos manos sin beber. Miró el mantel de hule. Cuando levantó la vista lo hizo brevemente, lo suficiente para que Esteban viera en esos ojos algo que no quería ver y que sin embargo necesitaba ver porque era la única manera de entender la magnitud de lo que estaba pasando.

—En lo que no quieras saber —dijo.

—Quiero saber.

—No, papá. No quieres. Créeme que no quieres.

Esteban no insistió. Había en la voz de su hijo algo que no era amenaza ni frialdad sino protección, la protección extraña e invertida del que hace daño tratando de no contagiarlo, y eso era lo más difícil de sostener: que Anselmo lo estaba cuidando a él mientras se destruía. Bebieron el café en silencio. Anselmo se fue a las doce sin comer. Esteban lavó las dos tazas y las puso a secar y se quedó mirando el patio trasero de la bodega por la ventana de la cocina, ese patio con los costales vacíos apilados contra la barda y la manguera enrollada en el gancho oxidado, y pensó que hacía menos de un año ese mismo patio lo había visto su hijo desde esa misma ventana mientras repasaba fórmulas de química en la mesa del comedor y pedía que le explicaran la diferencia entre enlace covalente polar y no polar, y la distancia entre ese muchacho y el que acababa de salir por la puerta era una distancia que no se medía en meses sino en algo para lo que no existe unidad de medida.

En febrero, Esteban encontró en el cuarto de Anselmo un sobre con dinero.

Lo encontró sin buscarlo, cuando fue a cambiar una foquita fundida del techo, y estaba debajo del colchón con una torpeza que delataba que Anselmo sabía que su padre no era del tipo que revisa las cosas de los demás, que la torpeza del escondite era en realidad una confianza: si lo encuentras es porque debías encontrarlo. Esteban contó los billetes sin sacarlos del sobre. Eran ocho mil pesos. No los tocó. Volvió a meterlos exactamente adonde estaban, cambió la foquita, cerró el cuarto y no dijo nada.

Esa noche no durmió.

No durmió calculando cuántos meses llevaba Anselmo en eso, qué clase de trabajo producía esa cantidad de dinero, si el sobre era el único o había más en lugares que él no había visto porque tampoco había buscado porque mientras no buscara podía decirse que no sabía con certeza, y no saber con

certeza era la única forma que le quedaba de no tener que actuar de una manera que no sabía cómo actuar. Era la lógica cobarde y comprensible de quien está paralizado entre el amor y el miedo y no encuentra la palanca que mueve ninguno de los dos hacia algún lugar que tenga salida.

Marzo fue el mes en que Anselmo casi no llegó al departamento.

Dos noches, tres. El resto del tiempo Esteban dormía con el teléfono en la mesa de noche con el volumen al máximo, esperando la llamada que temía y que al mismo tiempo era la única cosa que podía resolver la incertidumbre, porque la incertidumbre era peor que cualquier noticia, incluso que la peor de las noticias, porque la incertidumbre no termina nunca mientras que la peor noticia, por terrible que sea, al menos permite saber con qué se está lidiando. Eso le había dicho Esperanza Villanueva en el colectivo, y lo había dicho con la autoridad tranquila de quien no habla desde la teoría sino desde cuatro años de saber lo que significa no saber.

La llamada llegó un martes de abril, a las seis y cuarenta de la mañana.

Esteban ya estaba despierto, sentado en la orilla de la cama con el café recién hecho en la mano, escuchando los primeros ruidos del barrio que se despertaba. El número que apareció en la pantalla del teléfono era de la Fiscalía General del Estado, y Esteban lo supo antes de contestar, lo supo con esa certeza que no viene del razonamiento sino de algo más antiguo y más brutal que el razonamiento, lo supo en el mismo momento en que vio el número y sintió que el café en la mano de repente no tenía temperatura.

Contestó.

Una voz de mujer, funcionaria, profesional, con el tono entrenado de quien ha dado ese tipo de noticias muchas veces y sabe que no hay manera de darlas bien, le dijo que habían localizado en una brecha del municipio de Apaseo el Grande los restos de una persona y que de acuerdo a los resultados de las diligencias de identificación correspondientes existía una coincidencia positiva con los datos registrados en el sistema de personas en búsqueda bajo el nombre de Almanza Reyes, Anselmo, y que le solicitaban se presentara en las instalaciones del Servicio Médico Forense de Celaya para los trámites correspondientes de reconocimiento e identificación formal.

Esteban escuchó todo esto sin moverse del borde de la cama.

Cuando la voz terminó hubo un silencio y ella preguntó si seguía en línea. Él dijo que sí. Ella le dio la dirección del SEMEFO y el nombre del funcionario que lo atendería y le dijo que podía presentarse en cualquier momento a partir de las nueve de la mañana. Él dijo de acuerdo. Ella dijo que sentía mucho. Él dijo gracias. Colgó.

Dejó el café sobre la mesa de noche. Fue al baño. Se miró en el espejo el tiempo suficiente para notar que la cara que lo miraba era la suya y que eso en ese momento le parecía una información irrelevante. Se lavó los dientes. Se puso la ropa que tenía sobre la silla: el pantalón de mezclilla, la

camisa de cuadros, los zapatos de trabajo. Tomó la chamarra del gancho detrás de la puerta. Tomó las llaves y el teléfono. Cerró el departamento.

Llegó al SEMEFO a las ocho y cuarto.

Esperó en una banca de metal en el pasillo durante cuarenta minutos. El pasillo olía a formol y a desinfectante de pino y tenía una luz de neón que parpadeaba cada tanto con una intermitencia que en cualquier otro lugar hubiera sido un detalle menor y que ahí resultaba insoportable. Llegó el funcionario, un hombre joven con bata blanca y el gesto de quien ha aprendido a moverse en ese espacio sin que el espacio lo alcance del todo, y le explicó el procedimiento con una brevedad que era respeto y no indiferencia: había una identificación preliminar por huellas dactilares con coincidencia positiva del noventa y dos por ciento, y para completar el proceso formal necesitaban su reconocimiento visual o en su defecto una muestra de ADN para cotejo.

—¿Quiere pasar a reconocimiento visual? —preguntó el funcionario.

—Sí —dijo Esteban.

—Le advierto que el estado de los restos no permite reconocimiento facial. La identificación tendría que ser por otras características físicas, cicatrices, lunares, marcas particulares.

—Conozco las marcas particulares de mi hijo —dijo Esteban.

El funcionario asintió y lo condujo por un pasillo más corto hacia una sala con una camilla cubierta por una sábana verde. Esteban entró. El funcionario descubrió parcialmente lo que había sobre la camilla. Esteban miró. Vio la cicatriz en el antebrazo derecho que Anselmo tenía desde los doce años, cuando se cayó de la bicicleta en el parque y el metal de los frenos le abrió la piel de una manera que requirió cuatro puntos y que Esteban le cosió en la bodega porque eran las diez de la noche y el centro de salud cerraba a las nueve. Cuatro puntos. Él los había dado. Los conocía.

—Es mi hijo —dijo.

Su voz sonó igual que siempre. Eso le pareció extraño. Esperaba que sonara distinta, que la garganta hiciera algo distinto, que el cuerpo acusara lo que estaba pasando de alguna manera audible. Pero la voz salió igual, con la misma cadencia plana y pareja de siempre, y esa normalidad de la voz en ese momento fue lo más desorientador de todo.

El funcionario cubrió la camilla. Le dio un formulario. Le explicó los pasos para la entrega de restos y los tiempos del proceso forense, que tomaría entre cinco y ocho días hábiles dependiendo de la carga de trabajo y de si la Fiscalía determinaba necesitar estudios adicionales. Le entregó una bolsa de plástico transparente con las pertenencias: un teléfono con la pantalla rota, una cartera con la credencial de elector de Anselmo y doscientos pesos en billetes, un par de audífonos con el cable enredado.

Esteban tomó la bolsa.

Volvió al pasillo. Se sentó en la banca de metal. Miró la bolsa de plástico sobre sus rodillas. La credencial de elector de Anselmo se veía a través del plástico: la foto de la credencial era reciente, de cuando cumplió dieciocho, con el cabello un poco más largo que el de la fotografía de la prepa que Esteban tenía en la bodega, con una expresión seria porque a Anselmo no le gustaban las fotos oficiales y en esa en particular había puesto la cara de quien aguanta algo que preferiría no estar aguantando.

Esteban lo miró mucho tiempo.

El neón del pasillo siguió parpadeando.

Lo que vino después fue lo que viene cuando un hombre que ha contenido todo lo que puede contenerse durante el tiempo que dura la necesidad de funcionar llega finalmente a un punto donde ya no hay nada que funcionar. No fue llanto, o no fue solo llanto. Fue algo más hondo y más físico, algo que salió desde algún lugar del pecho que Esteban no sabía que existía hasta ese momento, algo que no tenía sonido articulado sino apenas el sonido de quien respira de una manera que no es respirar sino el cuerpo haciendo lo que puede cuando el resto ya no puede nada.

Estuvo así un tiempo que no supo medir.

Luego se limpió la cara con la manga de la chamarra. Se levantó. Caminó hacia la salida. Afuera el sol de abril en Celaya tenía esa claridad implacable de las mañanas de primavera que no saben ni les importa lo que acaba de ocurrir adentro de los edificios. Esteban se paró en la banqueta un momento, con la bolsa de plástico en la mano, mirando la calle como si necesitara recordar cómo funcionaba ese mundo, cómo se caminaba por él, en qué dirección quedaba lo que quedaba.

La bodega quedaba a doce cuadras.

Caminó las doce cuadras.

Abrió la bodega. Encendió el foco de cuarenta watts. Colgó la chamarra en el gancho detrás de la puerta. Puso la bolsa de plástico con las pertenencias de Anselmo sobre el mostrador, al lado de la caja registradora, y la dejó ahí sin abrirla. Luego fue al almacén y empezó a acomodar los sacos de sulfato de amonio que habían llegado el viernes y que todavía estaban sin ordenar en la entrada, cargándolos uno por uno con la musculatura metódica de siempre, colocándolos en su lugar con la precisión de siempre, respirando el olor de siempre.

A las diez llegó el primer cliente del día, un agricultor de Apaseo el Alto que necesitaba clorpirifós para un problema de plagas en su maizal. Esteban lo atendió. Le explicó la dosis correcta, le advirtió sobre el equipo de protección, le cobró lo justo. El agricultor pagó, dijo hasta luego, se fue.

Esteban cerró el cajón de la caja registradora.

Miró los estantes. Los envases de plástico naranja en su fila. Los sacos numerados por composición. Las hojas de seguridad de cada producto en su carpeta. El orden que él había construido en ese espacio durante quince

años, ese orden que era la forma visible de lo que él era como persona y como químico: la convicción de que cada cosa tiene su lugar y cada reacción tiene su lógica y que si uno entiende la lógica puede entender qué ocurrirá después.

Pensó en su hijo.

Pensó en la pregunta que se había hecho en marzo, esa noche cerrando los libros de cuentas después de la explanada presidencial: si el sistema no tiene solución para esto, ¿qué tiene el problema que el sistema no supo ver?

Ahora la pregunta tenía otra dimensión. Ya no era la pregunta de un padre que intenta salvar a su hijo. Era la pregunta de un hombre que ya no tiene hijo que salvar y que tiene, en cambio, algo que antes no tenía con esa claridad: la certeza absoluta, química, irrefutable, de que lo que le habían hecho a Anselmo no iba a tener consecuencia ninguna si él no la construía. Que el Estado no iba a actuar. Que las instituciones no iban a funcionar. Que la impunidad era el estado natural de ese país para esa clase de crímenes, y que la única variable que el sistema no había calculado era él mismo.

Se quitó el mandil. Lo colgó en su gancho.

Apagó el foco de cuarenta watts.

Cerró el portón metálico.

Y caminó hacia el departamento con la bolsa de plástico en la mano y algo nuevo instalado detrás de los ojos, algo que no era locura ni desesperación ni el tipo de rabia que grita y se consume sola. Era otra cosa. Era la calma peculiar y aterradora del hombre que ha encontrado, después de mucho tiempo buscando en los lugares equivocados, la variable que el problema tenía y que nadie más había visto.

CAPÍTULO 5

Palacio Nacional no escucha a los muertos

Ciudad de México. Mayo de 2024.

Esteban Almanza nunca había ido a la Ciudad de México por voluntad propia.

Había ido dos veces en su vida: la primera a los diecinueve años, en un viaje de estudios de la universidad que duró cuatro días y del que recordaba sobre todo el metro en hora pico y la sensación de que la ciudad era un organismo que funcionaba con reglas que nadie le había explicado y que todos los demás conocían menos él. La segunda vez fue cuando Cristina todavía vivía y quisieron celebrar su décimo aniversario con algo distinto a lo de siempre, y fueron tres días al Distrito Federal, como se llamaba entonces, y visitaron el Museo de Antropología y comieron en un restaurante de la Condesa que les pareció caro y bueno en partes iguales y se tomaron una fotografía frente al Ángel de la Independencia que todavía

estaba en alguna caja sin abrir del departamento. Eso era todo lo que tenía de esa ciudad: el metro, el museo, el restaurante, la fotografía sin abrir.

La tercera vez fue en mayo de 2024, tres semanas después de que enterró a su hijo.

El entierro había sido sencillo porque no había otra manera de hacerlo. Una parcela en el panteón municipal, una misa en la parroquia del barrio con el padre Servando que conocía a Esteban desde hacía años y que habló de Anselmo con la honestidad respetuosa de quien no conocía al muchacho lo suficiente para decir mucho pero que entendía que lo poco que podía decir debía decirse con cuidado. Fueron una veintena de personas: los vecinos más cercanos, dos o tres clientes de la bodega que habían visto crecer al muchacho, Esperanza Villanueva del colectivo con otras tres madres buscadoras que llegaron con flores del mercado y con esa solidaridad específica de quien sabe lo que significa ese momento porque ya lo vivió y sabe que no hay palabras adecuadas pero que tampoco hace falta tenerlas, que basta con estar.

No fue nadie de las instituciones. No llamó nadie de la Fiscalía. No llegó ninguna notificación de la Comisión de Búsqueda. No hubo ningún mensaje de la oficina de atención ciudadana del presidente.

Esteban enterró a su hijo y volvió a abrir la bodega al día siguiente porque la bodega era lo único que le quedaba que requería su presencia en un horario concreto, y la presencia en un horario concreto era lo único que en ese momento le impedía quedarse sentado en la silla de la cocina mirando el mantel de hule sin levantarse.

En esas tres semanas tomó dos decisiones.

La primera fue práctica: contrataría a un muchacho del barrio para que lo ayudara en la bodega algunas horas, porque había pedidos que se acumulaban y clientes que llamaban en momentos en que él no podía atender el teléfono porque estaba en el almacén o porque simplemente no podía. La segunda decisión fue otra cosa: iría a la Ciudad de México a plantarse frente a Palacio Nacional con la fotografía de Anselmo y haría lo que hacen los que no tienen nada más que hacer, que es mostrar el dolor en el único lugar donde el poder no puede ignorarlo del todo porque las cámaras están ahí y las cámaras crean la única forma de vergüenza que todavía le funciona a este país.

Salió en el autobús nocturno de los martes, el que salía de la Central de Autobuses de Celaya a las once y cuarto y llegaba a la Terminal de Autobuses del Norte de la Ciudad de México a las cinco de la mañana con sus variaciones de tráfico. Llevaba una mochila pequeña con una muda de ropa, el cargador del teléfono, la carpeta de documentos que ya tenía meses acompañándolo a todas partes, y la fotografía de Anselmo impresa en tamaño doble carta, laminada en la papelería del barrio con el mismo plástico con que las madres buscadoras laminaban las suyas, ese plástico

que preserva la imagen contra la lluvia y el sol y el tiempo porque las búsquedas no saben cuánto van a durar y la fotografía tiene que aguantar.

En el autobús no durmió.

Viajó mirando la oscuridad por la ventanilla, el tramo de autopista entre Celaya e Irapuato, luego el libramiento de Querétaro con sus luces de gasolinera y sus camiones de carga alineados en el acotamiento como animales grandes que descansan, luego la bajada hacia el Valle de México que en la madrugada parece una galaxia tendida boca arriba, millones de puntos de luz que no dejan de extenderse en todas direcciones y que desde el autobús parecen hermosos con la misma imprecisión con que las cosas parecen hermosas cuando uno las mira desde lejos y no tiene que vivir adentro de ellas.

Llegó a la Terminal del Norte a las cinco y dieciocho. Tomó el metro en la estación Autobuses del Norte, línea cinco, transbordo en La Raza, línea tres hasta Hidalgo, caminata de quince minutos hasta el Zócalo. Lo hizo con el plano del sistema de transporte que había descargado en el teléfono la noche anterior porque no recordaba los trasbordos de aquella vez con Cristina y no quería llegar tarde por perderse. No se perdió.

Llegó al Zócalo a las seis y cuarenta y cinco de la mañana.

La plaza estaba casi vacía a esa hora, con la bandera enorme ondeando en el centro con esa solemnidad automática que tienen los símbolos nacionales cuando no hay nadie mirándolos, y con los primeros vendedores instalando sus puestos en los bordes y los primeros trabajadores del gobierno cruzando la plaza hacia las dependencias con el paso de quien conoce ese trayecto de memoria y ya no lo ve. Esteban se paró frente a Palacio Nacional con la fotografía de Anselmo entre las manos y esperó a que la ciudad se despertara del todo.

A las nueve de la mañana la plaza ya tenía gente. Había otros manifestantes: un grupo de maestros de Oaxaca con pancartas sobre salarios, tres mujeres con fotografías similares a la suya que resultaron ser de Sonora y que llegaron a Palacio por el mismo motivo y que cuando lo vieron con su fotografía lo saludaron con ese reconocimiento inmediato y sin presentación que tienen los que comparten un dolor específico. Una de ellas, de nombre Consuelo, le ofreció un taco de canasta que había traído en una bolsa de plástico y que Esteban aceptó porque no había comido desde la noche anterior en Celaya.

—¿Cuándo lo perdiste? —preguntó Consuelo, sin rodeos, con el tino de quien sabe que en ese contexto los preámbulos son un lujo que nadie puede pagarse.

—Lo encontramos en abril —dijo Esteban—. Desapareció en noviembre.

—¿Cuántos años?

—Dieciocho.

Consuelo asintió con la misma expresión que tenía Esperanza Villanueva cuando escuchaba ese tipo de dato: no sorpresa, porque la sorpresa se había gastado hace tiempo, sino algo más denso y más permanente que la sorpresa.

—El mío tenía veintidós —dijo—. Tres años buscando. Todavía no lo encontramos.

Estuvieron un momento en silencio, los dos con sus fotografías frente a Palacio Nacional, bajo el sol que a las nueve de la mañana de mayo en el Zócalo ya tiene temperatura de mediodía.

—¿Crees que sirve de algo venir? —preguntó Esteban.

Consuelo pensó antes de responder, con la honestidad de quien no quiere dar una respuesta falsa pero tampoco una que destruya lo único que sostiene al otro.

—Sirve para que no puedan decir que no sabían —dijo—. Para eso sí sirve. Para lo demás, la verdad es que no sé.

A las once de la mañana hubo movimiento en Palacio. Una comitiva salió hacia la explanada del Zócalo para un acto protocolario que Esteban no alcanzó a entender del todo pero que involucró bandas de música y funcionarios con trajes oscuros y fotógrafos de prensa moviéndose con esa coreografía específica que tienen los fotógrafos oficiales. El presidente no apareció. Apareció un subsecretario que leyó un discurso sobre políticas de seguridad y que mencionó cifras de operativos y detenciones con la fluidez de quien ha repetido esos números suficientes veces para que ya no signifiquen nada mientras los dice.

Esteban levantó la fotografía de Anselmo.

Nadie del presidio lo miró. Un policía federal se acercó y le preguntó si tenía permiso para manifestarse. Esteban dijo que la Constitución era su permiso. El policía lo miró un momento, evaluando algo que Esteban no alcanzó a determinar, y se alejó sin decir nada más.

A las doce y media se acercó una mujer joven con credencial de prensa colgada al cuello y una grabadora en la mano. Pelo corto, tenis, la mirada de quien ha aprendido a moverse rápido antes de que alguien le diga que no puede estar ahí.

—Soy de un medio digital —dijo—. ¿Me puede contar por qué está aquí?

Esteban la miró un momento. No estaba acostumbrado a que le preguntaran. Las instituciones le hacían preguntas para llenar formularios. Eso era distinto.

—Mi hijo tenía dieciocho años —dijo—. Lo reclutaron a la fuerza en Celaya en octubre. Lo encontramos muerto en una brecha de Apaseo el Grande en abril. Fui a la Fiscalía, a la Comisión de Búsqueda, a la Fiscalía Especializada. Nadie hizo nada. Vine a que alguien lo supiera.

—¿Qué espera que pase después de hoy?

Esteban pensó en la pregunta. Era una pregunta honesta y merecía una respuesta honesta.

—No espero nada —dijo—. Ya aprendí a no esperar nada de este gobierno. Vine porque si no vengo me quedo en Celaya sintiéndome exactamente igual de solo pero sin haber hecho lo que se podía hacer.

La periodista escribió algo en su teléfono. Le pidió el nombre y la edad de Anselmo, el municipio, la fecha del hallazgo. Esteban se los dio. Le preguntó si podía tomar una fotografía de él con la imagen de su hijo. Esteban dijo que sí. La periodista tomó la foto, le agradeció, se fue hacia el grupo de maestros oaxaqueños.

La nota apareció esa tarde en el portal del medio, diecisiete líneas al fondo de la sección de seguridad, con la fotografía de Esteban sosteniendo la imagen de Anselmo frente a la fachada de Palacio Nacional. Ciento cuarenta y dos personas la compartieron en redes sociales. Cuatro medios regionales la retomaron brevemente. Al día siguiente ya no estaba en ninguna portada.

A las dos de la tarde del mismo día, cuando Esteban todavía estaba en la plaza, se acercó un hombre con traje gris y una carpetita delgada bajo el brazo, con el gesto caminado y el pase de acceso visible del funcionario que sale a atender manifestantes por protocolo.

—Buenas tardes —dijo—. Soy del área de Atención Ciudadana de la Presidencia. ¿Es usted el señor Almanza?

—Sí.

—Tomamos nota de su caso esta mañana. Quiero decirle que el presidente está comprometido con las familias víctimas de la violencia y que su caso será canalizado a las instancias correspondientes para su seguimiento puntual.

Esteban lo miró con la serenidad de quien ya no tiene capacidad de asombro ante ese tipo de palabras.

—¿Cuáles instancias? —preguntó.

—La Fiscalía General y la Comisión de Búsqueda coordinarán el seguimiento.

—Ya estuve en la Fiscalía. Ya estuve en la Comisión de Búsqueda. En ninguna de las dos hicieron nada. Mi hijo ya está muerto. ¿Qué va a seguir exactamente?

El hombre abrió la carpetita y sacó una tarjeta de presentación que extendió hacia Esteban con la solemnidad de quien entrega algo valioso.

—Puede comunicarse directamente con esta oficina si tiene cualquier duda o necesita información sobre el avance de su caso.

Esteban tomó la tarjeta. La miró. Tenía el escudo nacional y un número de teléfono con extensión y el nombre del hombre, que era Lic. Roberto Fierro

Salcedo, Coordinador de Atención a Víctimas, Subsecretaría de Enlace Ciudadano.

—¿Usted tiene hijos? —preguntó Esteban.

El Lic. Roberto Fierro Salcedo parpadeó, descolocado por primera vez desde que había salido a atenderlo.

—Sí —dijo—. Dos.

—Entonces entiende lo que es perder uno.

—Por supuesto, señor Almanza. Lo lamentamos profundamente.

—No me lo lamenten —dijo Esteban—. Háganle algo.

El licenciado asintió con la gravedad aprendida de los protocolos de atención a víctimas, dijo que tomarían todas las medidas pertinentes, que el compromiso era total, que podía estar seguro de que su caso no sería ignorado. Luego se fue caminando de regreso hacia Palacio con la misma cadencia caminada con que había llegado.

Esteban guardó la tarjeta en la carpeta, junto a los formularios de la Fiscalía y de la Comisión de Búsqueda, junto a la copia rosada de la denuncia inicial y la fotocopia del acta de defunción de Anselmo. La guardó con cuidado, en su lugar, como se guardan las piezas de un archivo que documenta algo que debe quedar registrado aunque nadie vaya a leerlo.

Tomó el autobús de regreso esa noche.

En el trayecto de vuelta a Celaya sí durmió, o algo parecido al sueño que no es descanso sino el cuerpo haciendo lo mínimo para seguir funcionando. Soñó con la bodega, con los sacos alineados y los envases de plástico naranja y el foco de cuarenta watts, y en el sueño Anselmo estaba sentado en el mostrador con el manual de toxicología abierto, señalando una página con el dedo índice y diciéndole algo que Esteban no alcanzaba a escuchar porque entre ellos había un ruido que no tenía fuente visible pero que lo cubría todo.

Llegó a Celaya a las cinco de la madrugada. Caminó del paradero a la bodega. Abrió el portón. Encendió el foco.

Esa semana fue a la reunión del colectivo de Esperanza Villanueva. No porque tuviera noticias que dar ni porque esperara recibirlas, sino porque el martes en casa de Esperanza era el único lugar donde lo que había vivido tenía testigos que no necesitaban que se les explicara nada. Llegó con el periódico donde había visto la nota de diecisiete líneas recortada y guardada en la carpeta, no por vanidad sino porque era la única evidencia material de que había ido y de que alguien lo había registrado. Esperanza la leyó, asintió, la pasó a las demás madres que estaban sentadas en las sillas de plástico azul alrededor de la mesa con el mantel de hule.

—¿Y? —dijo Esperanza cuando terminaron de leerla.

—Nada —dijo Esteban—. Un licenciado me dio una tarjeta.

Esperanza hizo un ruido que no era exactamente risa pero que estaba hecho de la misma materia que la risa cuando lo que tendría que ser gracioso no lo es.

—A mí también me dieron una tarjeta —dijo una de las otras madres, una mujer de Salamanca que se llamaba Dolores y que llevaba dos años buscando a su hija—. Tres, en realidad. De tres licenciados distintos. Ninguno contestó cuando llamé.

—El sistema está diseñado para que uno se canse —dijo Esperanza—. Para que llegues un día en que ya no puedas más y te vayas a tu casa y te quedes callado. Eso es lo que esperan.

—¿Y qué hacemos cuando llegamos a ese punto? —preguntó Esteban.

Esperanza lo miró con esos ojos que habían visto demasiado para sorprenderse pero que todavía tenían, después de cuatro años, la capacidad de entender exactamente lo que le estaban preguntando.

—Depende de quién seas —dijo—. Algunos se quedan callados. Otros seguimos buscando. Y otros... —hizo una pausa breve, mirando la mesa, como si estuviera eligiendo las palabras con más cuidado del habitual— otros encuentran otra manera.

Nadie preguntó qué significaba otra manera. En esa sala todo el mundo sabía lo que significaba porque todos habían pensado en ello en alguna madrugada sin dormir, y el hecho de que nadie lo dijera en voz alta no era hipocresía sino el respeto tácito de quien entiende que hay cosas que cada uno tiene que resolver en su propio silencio.

Se quedó parado en el centro del almacén, entre los sacos y los envases y las hojas de seguridad en su carpeta, y miró todo lo que lo rodeaba con una atención nueva, como si lo estuviera inventariando de una manera distinta a la de siempre. No como el dueño de un negocio que revisa su stock. Como el químico que fue antes de ser el dueño del negocio, el que sabe lo que cada compuesto puede hacer cuando se usa para lo que no está destinado, el que entiende que la diferencia entre un fertilizante y una amenaza es únicamente una cuestión de intención y de método.

Estuvo ahí parado un tiempo largo.

Luego descolgó el mandil azul, se lo puso, y empezó a trabajar.

Pero ya no era el mismo trabajo. O era el mismo pero con una capa debajo que antes no estaba, una capa de pensamiento frío y metódico que corría en paralelo a los movimientos de siempre, inventariando posibilidades con la precisión silenciosa de quien ha decidido algo sin habérselo dicho todavía del todo a sí mismo, porque hay decisiones que uno toma antes de reconocer que las tomó, y que cuando finalmente las nombra descubre que llevan tiempo siendo reales.

CAPÍTULO 6

La química del odio

Celaya, Guanajuato. Junio–agosto de 2024.

Hay una diferencia entre saber algo y decidir hacer algo con lo que se sabe.

Esteban Almanza la conocía bien. La había enseñado sin llamarla por ese nombre durante años, cada vez que un cliente llegaba a la bodega con una plaga resistente y con la tentación de aumentar la dosis del insecticida más allá de lo recomendado, cada vez que alguien confundía la eficacia con la cantidad y pensaba que si un poco funcionaba, mucho funcionaría mejor. El conocimiento sin método es ruido, le decía. El método sin conocimiento es peligro. Los dos juntos son la única forma en que la química hace lo que debe hacer. Sus clientes lo escuchaban con la paciencia variable de quien quiere resolver su problema rápido, y Esteban insistía porque sabía que esa diferencia, la que hay entre saber y saber cómo usar lo que se sabe, era la diferencia entre un agricultor que salva su cosecha y uno que envenena su suelo para los próximos diez años.

En junio de 2024, Esteban Almanza empezó a usar esa diferencia de una manera que ninguno de sus clientes hubiera podido imaginar.

No fue una decisión que tomó en un momento preciso y dramático. Fue una decisión que ya estaba tomada desde antes de que él la nombrara, que había ido construyéndose en capas durante los meses de formularios y ventanillas y tarjetas de presentación y diecisiete líneas al fondo de la sección de seguridad, y que una mañana de junio simplemente estaba ahí, completa y fría y sin fisuras, esperando que él la reconociera. Esteban la reconoció. Y una vez reconocida no hubo vuelta atrás, no porque fuera imposible sino porque dar marcha atrás hubiera requerido desconocer algo que ya sabía, y Esteban Almanza no era el tipo de hombre que desconoce lo que sabe porque le resulta incómodo.

Lo que sabía era esto: el presidente de la república había estado en Celaya. Lo había visto de cerca, a dos metros, lo suficiente para haber tocado su mano si hubiera extendido el brazo. Estaría en otros eventos públicos. El presidente mexicano, a diferencia de otros jefes de Estado, construía su capital político precisamente en esa cercanía con la gente, en el contacto físico con las multitudes, en la narrativa del mandatario que no tiene miedo de mezclarse con el pueblo porque el pueblo lo quiere y él lo quiere. Esa narrativa era también una vulnerabilidad. Y una vulnerabilidad, en química como en todo lo demás, es un punto de entrada.

Lo que también sabía era esto: entre los productos que manejaba a diario en su bodega, entre los compuestos que conocía desde la universidad y con los que había trabajado en distintas capacidades durante veinticinco años, había algunos que no perdonaban. Algunos que actuaban de maneras que los médicos forenses, sin contexto específico, no sabrían identificar con rapidez. Algunos que la naturaleza había diseñado, o que la química había sintetizado, con una eficiencia que hacía que la dosis letal fuera mínima y el

tiempo de acción fuera suficiente para que el vector de transmisión quedara muy lejos del momento del diagnóstico.

El dimetilmercurio era uno de ellos.

Esteban lo sabía desde aquella tarde de febrero del año anterior, cuando Anselmo lo señaló en el manual con el dedo índice y le preguntó si no le parecía extraordinario que un compuesto fuera soluble en grasa. Y él le había respondido que lo que había que pensar primero era en el peligro. Y Anselmo le había dicho que por eso le parecía extraordinario.

Ahora entendía lo que su hijo quería decir.

El dimetilmercurio, $Hg(CH_3)_2$, es un compuesto organometálico que penetra con una facilidad aterradora a través de prácticamente cualquier barrera biológica. Atraviesa los guantes de látex como si no existieran. Atraviesa la piel sin dejar señal visible en el punto de contacto. Una vez en el organismo, se distribuye por los tejidos grasos con la eficiencia de quien conoce el camino de memoria, cruza la barrera hematoencefálica, se acumula en el sistema nervioso central y comienza un proceso de destrucción neurológica que no produce síntomas inmediatos sino que avanza en silencio durante semanas, a veces meses, antes de que la víctima note que algo ocurre. Para cuando los síntomas son evidentes, el daño es irreversible. Para cuando los médicos llegan a un diagnóstico, si es que llegan, la causa ya está muy lejos en el tiempo del momento de la exposición.

Karen Wetterhahn, profesora de química del Dartmouth College, murió en 1997 por una exposición a dimetilmercurio que ocurrió diez meses antes de su muerte. Usaba guantes de látex de alta resistencia. Una sola gota cayó sobre su mano enguantada. Los síntomas aparecieron en enero de 1997. Murió en junio. Los médicos tardaron meses en determinar la causa. Era una experta en química de metales pesados y aun así no pudo detenerlo.

Esteban conocía ese caso desde la universidad.

Lo que ahora calculaba no era si el compuesto era efectivo. Eso no tenía discusión científica posible. Lo que calculaba era el método de administración en un contexto de evento masivo, con movimiento, con seguridad perimetral, con el objetivo rodeado de personal y de cámaras. El veneno por contacto dérmico era la única vía que no requería acercamiento sostenido ni instrumento visible ni ningún vector que pudiera detectarse en una revisión de seguridad estándar. Un apretón de manos que durara menos de un segundo. Un contacto de palma a palma en medio de una multitud que se mueve y empuja y grita. Eso era todo lo que se necesitaba.

El problema era la obtención.

El dimetilmercurio no se consigue en ferreterías ni en distribuidoras de agroquímicos. Es un compuesto de laboratorio, de uso exclusivamente científico, con acceso restringido a instituciones de investigación acreditadas. No está en los catálogos de los proveedores que Esteban

conocía. Requería una justificación técnica, una institución que lo respaldara, un propósito de investigación verificable.

Esteban tenía algo que se le parecía a eso.

Dos años antes había iniciado una relación comercial con el Departamento de Investigación en Ciencias Agroquímicas de una universidad del Bajío, una relación que nació de un pedido específico de un investigador que necesitaba compuestos para estudios de toxicología en suelos y que Esteban había podido conseguir a través de sus redes de proveedores con un precio competitivo. La relación no era profunda pero era real: había facturas, había correos, había un par de reuniones en el campus donde Esteban había conocido al investigador principal, un doctor de apellido Fuentes, hombre de unos cincuenta años, meticuloso y cordial, que apreciaba que Esteban entendiera lo que vendía y no solo el precio.

En julio, Esteban le escribió al doctor Fuentes.

Le escribió con la naturalidad de la relación comercial que tenían, preguntando por proyectos activos, ofreciendo cotizaciones. En el intercambio de correos, después de tres o cuatro mensajes sobre otros compuestos, mencionó de pasada que tenía acceso a materiales de síntesis para estudios organometálicos y preguntó si había interés en algún compuesto específico de mercurio para los proyectos del departamento. El doctor Fuentes respondió que en ese momento no tenían presupuesto para ese tipo de material pero que lo tendría en cuenta para el siguiente ciclo. Le agradeció la oferta.

No era lo que Esteban necesitaba, pero la conversación le dio algo más valioso: el lenguaje. El lenguaje técnico y el contexto institucional con los que podía moverse en ese espacio sin levantar sospechas, porque un proveedor de insumos agroquímicos preguntando por compuestos organometálicos en el contexto de una relación comercial con una institución de investigación no era una anomalía. Era exactamente lo que cualquier proveedor diligente haría.

Durante esas semanas de planificación, Esteban siguió abriendo la bodega a las ocho de la mañana y cerrándola a las seis de la tarde y atendiendo a sus clientes con la misma paciencia de siempre. Nadie notó nada distinto. Los clientes veían al mismo Esteban Almanza de siempre: el hombre delgado con los lentes de armazón delgada que sabía lo que vendía y no lo exageraba. Don Aurelio Patiño, que era el cliente más antiguo de la bodega y que llegaba los miércoles a comprar herbicida para su parcela en Cortazar con la regularidad de un fenómeno meteorológico, llegó un miércoles de julio y se sentó en el banco del mostrador como siempre hacía mientras Esteban preparaba su pedido, y después de hablar del clima y del precio del maíz y de la situación del agua en el municipio, lo miró con la atención directa de los hombres viejos que han aprendido a ver lo que los demás no muestran.

—¿Cómo está usted, Esteban? —dijo, con un énfasis en el usted que distinguía la pregunta real de la pregunta de cortesía.

Esteban dejó de preparar el pedido un momento.

—Bien, don Aurelio.

—No le pregunto si está ocupado. Le pregunto si está bien.

Esteban lo miró. Don Aurelio tenía setenta y cuatro años y había perdido a su esposa hacía tres y a un hermano hacía diez y tenía en los ojos esa transparencia específica de quien ha cargado suficiente como para reconocer la carga en otros sin necesidad de que se la muestren.

—Estoy en lo que estoy —dijo Esteban—. Haciendo lo que se puede.

—¿Y qué se puede?

—Más de lo que parece a veces.

Don Aurelio asintió despacio, sin prisa, como asienten los que ya no tienen prisa para ninguna conclusión.

—Mi padre me dijo una vez que el hombre que ya no tiene miedo es el hombre más libre y el más peligroso al mismo tiempo —dijo—. Yo entonces era joven y pensé que estaba hablando de los soldados. Ahora pienso que hablaba de los padres.

Esteban terminó de preparar el pedido. Lo puso sobre el mostrador. Le dijo el precio. Don Aurelio pagó, agarró sus bolsas, y se fue hacia la puerta. En el umbral se detuvo sin darse vuelta del todo.

—Cuídese, Esteban —dijo.

—Sí, don Aurelio.

La puerta se cerró. Esteban se quedó mirándola un momento. Luego abrió el libro de cuentas y registró la venta con la letra cuidadosa de siempre.

En agosto, Esteban hizo tres viajes.

El primero fue a Guadalajara, a una distribuidora especializada en reactivos de laboratorio con la que había tenido contacto años antes a través de un colega. Fue con membrete de la bodega, con una solicitud redactada en el lenguaje correcto, mencionando la relación con el departamento universitario. El reactivo que pedía no era dimetilmercurio directamente sino los precursores necesarios para su síntesis: acetato de mercurio y reactivo de Grignard en condiciones específicas. El encargado de la distribuidora era un hombre joven que no puso objeciones porque la solicitud tenía el formato correcto y el lenguaje correcto y el contexto institucional correcto, y en ese negocio el formato y el lenguaje y el contexto eran las tres cosas que determinaban si una transacción procedía o no.

El segundo viaje fue a San Luis Potosí, por equipo.

No el tipo de equipo que se consigue en una ferretería. El tipo de equipo que usa alguien que sabe lo que está manejando: guantes de neopreno de

cuatro capas, no los de látex que usó Karen Wetterhahn y que fallaron, sino el neopreno grueso y reforzado que es el único material que ofrece resistencia real al dimetilmercurio. Máscara de media cara con filtro de carbón activado. Delantal de PVC. El equipo correcto no llama la atención cuando lo compra alguien que trabaja con agroquímicos, que es exactamente el tipo de persona para quien ese equipo fue diseñado.

El tercer viaje no fue a ningún lugar en particular.

Fue al interior de la bodega, una noche de agosto después de cerrar, cuando Celaya dormía con el ruido habitual de las ciudades que trabajan de día y descansan de noche sin sospechar lo que ocurre en algunos de sus almacenes a oscuras. Esteban instaló el equipo de protección con la meticulosidad de quien ha leído el procedimiento suficientes veces para conocerlo sin consultar las notas. Preparó la solución con los precursores que había conseguido, siguiendo una síntesis que había repasado mentalmente durante semanas hasta que los pasos le salían en el orden correcto sin esfuerzo visible, como le salían las ecuaciones de balance cuando era estudiante y las había repetido hasta que se volvieron automáticas. La reacción ocurrió en un matraz de vidrio borosilicato sobre una plancha de calentamiento de segunda mano que había comprado en una subasta de equipo universitario sin que nadie le preguntara para qué.

El producto resultante era un líquido incoloro de olor apenas perceptible a temperatura ambiente.

Esteban lo trasvasó a un recipiente de vidrio ámbar de cierre hermético, del tipo que se usa para almacenar reactivos sensibles a la luz, y lo guardó en el compartimento trasero del refrigerador de la bodega, detrás de los biorreguladores y los fungicidas de uso restringido, en el lugar donde los clientes no miraban porque no había razón para mirar ahí.

Luego desmanteló el equipo de síntesis, limpió el área con el protocolo correcto, desechó los residuos en los contenedores apropiados de la manera en que se desechan los residuos peligrosos cuando uno sabe lo que hace, y se quitó el equipo de protección con la secuencia exacta que garantiza que no hay contaminación cruzada en el proceso de retiro: primero el delantal, luego los guantes exteriores, luego la máscara, luego los guantes interiores, cada pieza en su bolsa sellada correspondiente.

Se lavó las manos durante cuatro minutos.

Luego se sentó en el banco del mostrador, en el silencio total de la bodega a medianoche, y miró el refrigerador cerrado durante un tiempo que no supo medir. Pensó en Anselmo señalando la página del manual con el dedo índice. Pensó en lo que él mismo le había dicho: que los científicos sí tienen obligación de ser seguros. Pensó en la cicatriz del antebrazo derecho de su hijo, los cuatro puntos que él había dado a las diez de la noche porque el centro de salud cerraba a las nueve.

No sintió dudas. Eso era lo que más lo sorprendía de sí mismo en ese momento: que no hubiera dudas. No porque las hubiera resuelto sino

porque el proceso de llegar hasta ahí las había ido disolviendo una por una, formulario por formulario, tarjeta de presentación por tarjeta de presentación, diecisiete líneas al fondo de la sección de seguridad por diecisiete líneas al fondo de la sección de seguridad.

Lo que quedaba no era odio en el sentido en que la gente imagina el odio: caliente, irracional, ciego. Era otra cosa. Era una temperatura mucho más baja y mucho más constante, la temperatura a la que trabajan los procesos que no se detienen solos, que no necesitan ser alimentados porque tienen su propio combustible y su propia lógica interna y su propio punto de llegada al que van a llegar independientemente de lo que ocurra alrededor.

Apagó la luz de la bodega.

Cerró el portón.

Caminó al departamento bajo el cielo de agosto de Celaya, que a medianoche tiene más estrellas de las que la gente se toma el tiempo de ver.

CAPÍTULO 7

El ensayo general

Celaya, Guanajuato. Agosto–octubre de 2024.

El primer error que comete quien no sabe lo que hace es apresurarse.

Esteban lo había visto suficientes veces en la bodega: el agricultor que aplica el plaguicida a doble dosis pensando que el doble de producto produce el doble de resultado, el que mezcla dos herbicidas sin revisar la compatibilidad porque los dos sirven para lo mismo y si uno funciona el otro también debería, el que no espera el tiempo de acción recomendado porque el tiempo recomendado le parece excesivo y la plaga no puede esperar. El apresuramiento en química no ahorra tiempo. Lo pierde. A veces lo pierde todo.

Esteban no se iba a apresurar.

Lo que tenía en el refrigerador de la bodega era irreversible en el sentido más literal del término: una vez administrado no había antídoto, no había procedimiento médico conocido que detuviera el daño neurológico del dimetilmercurio una vez iniciado. Esa irreversibilidad era precisamente su eficacia, pero también imponía una exigencia que Esteban tomó con la seriedad con que tomaba todas las exigencias técnicas: que el método de administración fuera tan preciso como el compuesto mismo, que no hubiera margen para el error, que cada variable estuviera calculada antes de la ejecución y no durante ella.

Empezó por lo más básico: estudiar al objetivo.

No de una manera que requiriera acceso especial ni recursos que no tuviera. De la manera más sencilla y más disponible: los medios de comunicación. La agenda pública del presidente era, por definición, pública.

Los eventos se anunciaban con días o semanas de anticipación en el sitio oficial de la presidencia, en los comunicados de prensa, en los noticieros que Esteban había dejado de ver por el ruido pero que ahora volvía a ver con una atención nueva, la atención del investigador que observa un sistema buscando sus patrones y sus repeticiones y sus puntos donde la estructura se afloja.

Lo que encontró en dos semanas de observación sistemática era lo que intuía pero necesitaba confirmar: el presidente tenía dos modos de aparición pública. El primero era el modo institucional: los actos de gobierno en instalaciones controladas, con protocolo estricto, con acceso restringido, con múltiples filtros de seguridad antes de cualquier contacto. Ese modo era impenetrable para alguien sin credenciales ni acceso especial y Esteban ni siquiera lo consideró. El segundo era el modo popular: los mítines en plazas abiertas, las giras por municipios del interior del país, los recorridos entre la multitud que el presidente hacía como parte de su narrativa de cercanía con la gente, esos momentos donde el andamiaje de seguridad tenía que ceder ante la necesidad política de que el presidente pareciera accesible.

En ese segundo modo había fisuras.

No porque la seguridad fuera negligente, sino porque la seguridad y la política querían cosas distintas y cuando querían cosas distintas la política casi siempre ganaba. El presidente necesitaba tocar manos, recibir regalos artesanales, cargar bebés para las cámaras, estrechar a las señoras con mandil y a los ejidatarios con sombrero. Eso era su combustible político, la imagen que renovaba su capital ante su base, y ningún jefe del Estado Mayor Presidencial podía pedirle que lo dejara de hacer sin arriesgarse a que le dijeran que no entendía de política. Así que el andamiaje de seguridad aprendía a convivir con esas fisuras, a administrarlas, a reducirlas en lo posible pero no a eliminarlas porque eliminarlas era políticamente imposible.

En esas fisuras Esteban concentró su análisis.

Estudió videos de eventos anteriores en YouTube, en los canales de los medios que los cubrían, buscando el momento específico en que la seguridad se relajaba, el ángulo en que los agentes del Estado Mayor miraban hacia otro lado porque había algo más urgente en otro sector de la multitud, el segundo exacto en que el presidente extendía la mano hacia alguien que no era un funcionario sino un ciudadano anónimo entre otros ciudadanos anónimos. Lo que buscaba no era una ventana larga. Una fracción de segundo era suficiente. El dimetilmercurio no requería más.

El problema que resolvió en septiembre fue el del vector.

No podía llevar el compuesto directamente en la piel de su mano, porque cualquier contaminación involuntaria durante el traslado, cualquier contacto accidental con otra persona en la multitud, podía producir el daño colateral que quería evitar. Necesitaba un sistema de entrega que fuera

invisible en un contexto de revisión de seguridad, que no requiriera ningún movimiento sospechoso en el momento del contacto, y que liberara el compuesto exclusivamente en el punto de contacto con el objetivo.

La solución fue simple y la encontró pensando en el problema desde la química, no desde la logística.

Un parche de transferencia dérmica: una pequeña pieza de tela técnica, del tipo que se usa en aplicaciones médicas para administrar medicamentos transdérmicos, impregnada con una cantidad microscópica del compuesto y recubierta por una capa exterior de material inerte que se disolvía con la fricción y el calor del contacto piel a piel. En la palma de su mano, adherida con un adhesivo médico estándar, sería invisible a la vista y al tacto superficial. En el momento del apretón de manos, la fricción y la temperatura corporal activarían la transferencia. El compuesto pasaría a la piel del objetivo en una cantidad suficiente para el efecto previsto. El parche quedaría en su palma, ya vacío, sin rastro visible.

Tardó tres semanas en desarrollar el parche hasta que funcionara como necesitaba que funcionara, haciendo pruebas de transferencia sobre superficies de características similares a la piel humana, ajustando la concentración y el adhesivo y el material portador hasta que la transferencia fuera consistente y completa en un contacto de dos segundos o menos. Lo hizo con el mismo rigor con que Anselmo hubiera hecho un experimento de laboratorio: hipótesis, procedimiento, registro de resultados, ajuste, repetición.

En octubre estudió la logística.

La vestimenta era la primera variable. En un mitin político del presidente en cualquier municipio del interior del país, el rango de asistentes era amplio: ejidatarios, comerciantes, trabajadores de distintos sectores, mujeres de la colonia, jóvenes universitarios. No había un perfil homogéneo. Lo que sí había era una expectativa de autenticidad, de gente real que no pareciera infiltrada ni periodista ni funcionario. Esteban tenía eso naturalmente: era exactamente el tipo de hombre que aparece en esos eventos porque tiene algo que decir y no porque alguien lo mandó. Cincuenta y un años, ropa de trabajo, manos de quien carga costales, sin nada que lo distinguiera de los cientos de hombres como él que llenaban las plazas de los municipios del Bajío en cada gira presidencial.

La única adición que planificó fue la pancarta.

Una pancarta con la fotografía de Anselmo y la leyenda CELAYA TE BUSCA JUSTICIA, del tipo que cargan los familiares de víctimas en los eventos públicos y que la seguridad presidencial conocía de memoria y que no representaban ninguna amenaza en su clasificación de riesgos porque ese tipo de manifestantes eran previsibles, monitoreados, manejables, parte del paisaje de cualquier acto de un gobierno con índices de violencia tan altos que las madres buscadoras se habían vuelto un elemento recurrente e inevitable del protocolo de los eventos masivos.

La pancarta era su cobertura. Y era también, pensó una noche mientras la preparaba en la mesa del comedor, la única parte del plan que era completamente verdadera: Anselmo había existido, Celaya lo había perdido, y la justicia que reclamaba el letrero era real aunque el método para cobrarla no fuera el que ningún sistema de derechos humanos hubiera aprobado.

En la reunión del colectivo de Esperanza de ese mes, Esteban llegó más callado que de costumbre, que ya era decir algo. Se sentó en su silla habitual, escuchó los reportes de las otras madres sobre sus búsquedas de esa semana, los avances que no avanzaban y las pistas que se enfriaban y las autoridades que no devolvían las llamadas, y al final, cuando Esperanza preguntó si alguien más quería compartir algo, Esteban dijo que no tenía novedades.

Esperanza lo miró un momento.

—¿Estás bien? —dijo.

—Sí.

—Mentira —dijo Esperanza, sin dureza, con la franqueza de quien lleva demasiado tiempo en esa sala para andar con rodeos—. Tienes cara de estar haciendo algo.

—Siempre estoy haciendo algo —dijo Esteban—. Tengo una bodega que atender.

—No es cara de bodega.

Hubo un silencio breve. Las otras madres miraban hacia otro lado con discreción, esa discreción que se aprende en los grupos donde cada quien carga su propio peso y sabe que a veces el peso del otro no se puede compartir ni se debe intentar.

—Estoy pensando en cómo resolver un problema —dijo Esteban al fin.

—¿Qué tipo de problema?

—El tipo de problema que no tiene solución en ninguno de los lugares donde fui a buscarla.

Esperanza lo miró largo, con esos ojos que habían visto demasiado y que por eso mismo veían con más exactitud que los ojos que no han visto nada.

—Cuídate —dijo finalmente.

No era lo mismo que le había dicho don Aurelio. Don Aurelio lo había dicho con la intuición del anciano que presiente sin saber. Esperanza lo dijo con la certeza de quien entiende exactamente de qué está hablando y elige no decirlo más directamente porque en esa sala, con esas mujeres, con esas historias, había cosas que se respetaban sin nombrarlas.

Esteban asintió.

—Sí —dijo.

Octubre terminó con Esteban revisando por última vez cada componente del plan con la meticulosidad final del científico antes del experimento definitivo: el parche, el adhesivo, el equipo de protección para el manejo, el protocolo de retiro después del evento, la ruta de salida, el tiempo de traslado de regreso a Celaya. Revisó la agenda pública del presidente para las siguientes semanas. Había un mitin en Culiacán, Sinaloa, programado para la primera semana de noviembre, un acto de entrega de apoyos a productores sinaloenses en la explanada del centro histórico. Evento abierto. Multitud amplia. Formato de recorrido entre la gente al inicio del acto, antes del discurso.

La segunda variable que estudió en octubre fue la más difícil de calcular: su propio cuerpo.

No en el sentido médico. En el sentido de lo que el cuerpo hace cuando la mente le pide que haga algo que nunca ha hecho, cuando las manos que durante veinticinco años pesaron fertilizante y firmaron facturas y cosieron cuatro puntos en el antebrazo de un niño de doce años tienen que moverse de una manera específica en un momento específico sin que el miedo o la duda o cualquier otro ruido interno interfiera con la precisión que el momento requiere.

Practicó.

No la inoculación: eso solo ocurriría una vez y practicarlo directamente hubiera sido absurdo y peligroso. Practicó lo que la rodeaba. Los movimientos. El recorrido de la multitud al evento, el posicionamiento, la espera, el momento del contacto y la retirada. Lo practicó en la plaza principal de Celaya un domingo por la mañana, cuando el mercado semanal llenaba el espacio de gente que se movía en todas direcciones y que empujaba y saludaba y compraba y negociaba, y Esteban se metió en esa multitud con la pancarta enrollada bajo el brazo y la mano derecha en el bolsillo del pantalón, y caminó entre la gente calculando distancias y tiempos y ángulos de salida, identificando dónde estaban los puntos de concentración y dónde estaban los espacios que permitían moverse con más rapidez.

Lo hizo tres domingos seguidos.

El tercer domingo, un señor de mediana edad que vendía tlayudas en un puesto cerca de la fuente lo vio pasar por tercera vez y le preguntó si estaba buscando algo.

—Practicando —dijo Esteban.

—¿Practicando qué? —preguntó el señor.

—Caminar entre la gente sin que me estorbe.

El señor lo miró con la expresión de quien no entiende del todo pero tampoco tiene tiempo de preguntar más, y volvió a sus tlayudas. Esteban siguió caminando.

También practicó el retiro del parche. Con la mano enguantada, en la bodega, después de cerrar, repitió el movimiento de llevar la mano al bolsillo donde tenía preparada una bolsa de cierre hermético, depositar el parche ya usado en la bolsa, cerrar la bolsa sin tocar el exterior con los dedos desprotegidos. Lo hizo hasta que el movimiento fue automático, hasta que no requirió atención consciente sino que ocurría solo, con la fluidez de los movimientos que el cuerpo ha ejecutado suficientes veces para que el cerebro los delegue al músculo.

Cuando estuvo satisfecho con los ensayos dejó de practicar.

Compró el boleto de autobús a Culiacán.

Culiacán estaba a mil cien kilómetros de Celaya.

Era mucho y era suficiente. Suficiente distancia para que nadie conectara a un proveedor de agroquímicos de Guanajuato con lo que fuera que ocurriera en Sinaloa semanas más tarde. Y mucho, en el sentido de que esa distancia confirmaba que esto era real, que no era una posibilidad abstracta que se construía en la mesa del comedor sino algo que requería un boleto de autobús y una noche de viaje y un regreso y una bodega que abrir al día siguiente como si nada hubiera cambiado en el mundo.

Pero algo iba a cambiar.

Y Esteban Almanza, de pie en el centro de su bodega la última noche de octubre, con el foco de cuarenta watts encendido sobre su cabeza y el silencio total de Celaya a su alrededor, lo sabía con la misma certeza con que un químico sabe el resultado de una reacción bien calculada antes de que ocurra: no como esperanza, no como deseo, sino como consecuencia inevitable de las condiciones que ya estaban en su lugar.

La noche antes de salir hacia Culiacán, Esteban fue por última vez al panteón.

Era la primera vez que regresaba desde el entierro. Llegó al caer la tarde, cuando el lugar estaba vacío salvo por un velador que barría la entrada con una escoba de popote y que lo saludó con un gesto de cabeza sin preguntarle nada. La parcela de Anselmo tenía la lápida que Esteban había mandado hacer en mármol blanco con las fechas y el nombre completo y nada más, porque no había encontrado ninguna frase que dijera lo que necesitaba decir sin quedar corta o sin sonar a lo que dicen todas las lápidas cuando no se sabe qué decir.

Se paró frente a ella sin agacharse ni quitarse el sombrero porque no usaba sombrero.

Estuvo callado mucho tiempo.

No rezó, porque no era hombre de rezos aunque tampoco era hombre que negara lo que no podía demostrar. Simplemente estuvo ahí, en el silencio del panteón a la hora en que la luz se vuelve anaranjada y los cipreses tienen sombras largas, con su hijo debajo de esa tierra y el plan completo

en la cabeza como una ecuación que ya tiene todos sus términos y solo espera el momento de la igualdad.

—Mañana voy —dijo en voz baja, como quien informa a alguien que no puede responder pero que escucha de todas formas—. No sé si es lo correcto. Sé que es lo único que me quedó.

El viento movió los cipreses.

Esteban se quedó un momento más, luego giró y caminó hacia la salida, saludó al velador con el mismo gesto de cabeza con que el velador lo había saludado a él, y salió a la calle donde Celaya seguía siendo Celaya: el tráfico de las seis de la tarde, los puestos de comida encendiéndose, el olor a carne asada desde alguna esquina cercana, la ciudad entera funcionando con la indiferencia perfecta del organismo que no sabe lo que ocurre en su interior y no necesita saberlo para seguir funcionando.

Apagó el foco.

Cerró el portón.

Y se fue a dormir por primera vez en meses con algo que no era paz exactamente pero que se le parecía más que cualquier otra cosa que hubiera sentido desde aquella madrugada de abril en que el teléfono sonó a las seis y cuarenta y la voz de la funcionaria le dijo que había una coincidencia positiva con los datos del sistema.

CAPÍTULO 8

Culiacán

Culiacán, Sinaloa. Noviembre de 2024.

El autobús llegó a Culiacán a las seis y cuarenta de la mañana con quince minutos de retraso sobre el horario programado, que en las líneas de larga distancia del país no era retraso sino puntualidad con otro nombre.

Esteban bajó en la central camionera con la mochila en el hombro y el frío de la madrugada sinaloense en la cara, un frío seco y limpio que no se parecía al de Celaya, y caminó hacia la sala de espera donde había una cafetería abierta con mesas de fórmica y una señora que servía café de olla y huevos con machaca desde las cinco. Pidió café. Se sentó junto a la ventana que daba al andén y miró los otros autobuses llegar y salir con esa actividad tranquila de las terminales de madrugada, ese ritmo lento de gente que viene de lejos o va hacia lejos y que en los dos casos tiene la misma expresión de quien ha estado mucho tiempo sentado y todavía no ha terminado de llegar a donde va.

Había salido de Celaya la noche anterior en el autobús de las once, igual que cuando fue a la Ciudad de México, pero el trayecto a Culiacán era más largo y el autobús pasaba por Mazatlán antes de subir por la costa, y Esteban había dormido en tramos irregulares con el abrigo doblado como almohada contra la ventanilla, soñando nada que recordara al despertar,

que era la forma de soñar que tenía desde hacía meses: sin imágenes que permanecieran, sin voces reconocibles, solo el sueño como un paréntesis oscuro entre un momento de vigilia y el siguiente.

El mitin estaba programado para las once de la mañana en la explanada frente al Palacio de Gobierno de Sinaloa, en el centro histórico de Culiacán. Cuatro horas y media de margen.

Esteban terminó el café, pidió otro, comió los huevos con machaca que llegaron en un plato hondo con tortillas de harina dobladas a un lado, y luego fue al baño de la terminal, que era amplio y estaba razonablemente limpio a esa hora, y se lavó la cara y se peinó con el peine de bolsillo que llevaba siempre, y se miró en el espejo el tiempo necesario para confirmar que la cara que lo miraba era la que necesitaba que fuera: la cara de un hombre ordinario de Guanajuato que vino a Sinaloa a reclamar lo que el gobierno le debe, que es exactamente el tipo de hombre que aparece en los mítines presidenciales de los municipios del interior del país con una regularidad que la seguridad ya no registra como amenaza porque se ha vuelto parte del paisaje.

Tomó un taxi a las ocho y media.

Le pidió al taxista que lo dejara a unas cuadras del centro histórico, en la calle Ángel Flores, porque quería caminar el resto. El taxista, un hombre joven con música norteña en la radio y un rosario colgado del retrovisor, le preguntó de dónde era.

—Guanajuato —dijo Esteban.

—¿Vino al mitin?

—Sí.

El taxista asintió con la expresión neutra de quien no tiene opinión sobre los mítines presidenciales o que sí la tiene pero no se la da a los pasajeros.

—Va a estar lleno —dijo—. Vinieron camiones desde varios municipios desde anoche.

—¿Usted va a ir? —preguntó Esteban.

—Yo trabajo —dijo el taxista—. Los mítines son para los que no trabajan.

Lo dijo sin amargura particular, como quien enuncia un hecho geográfico. Esteban pagó la carrera, bajó, y caminó las cuadras que faltaban hacia el centro.

La explanada ya tenía gente a las nueve de la mañana. No la multitud del mediodía todavía, pero sí los primeros llegados, los que siempre llegan temprano a cualquier evento masivo: los organizadores con sus audífonos y sus carpetas, los de los puestos de comida instalando sus lonas, los simpatizantes más comprometidos que querían lugar en la primera fila, los de los camiones que habían viajado desde la madrugada y que esperaban sentados en los bordes de la explanada con esa paciencia resignada de quien ya hizo el viaje más difícil y ahora solo tiene que esperar. Había

también un grupo de personas con fotografías colgadas al pecho, el tipo de fotografías que Esteban conocía de memoria: laminadas, con nombre y fecha, en algunos casos con leyendas escritas a mano con marcador permanente. Madres buscadoras de Sinaloa. Llegaban a estos eventos no porque esperaran que el presidente hiciera algo sino porque la presencia era el único registro que les quedaba de que el Estado sabía que existían, aunque saber y actuar fueran en ese país dos cosas completamente distintas.

Esteban se instaló en el sector izquierdo de la explanada, a unos veinte metros del perímetro de seguridad, con la pancarta enrollada bajo el brazo izquierdo. Llevaba la camisa de cuadros de siempre, el pantalón de mezclilla, los zapatos de trabajo, sin nada que lo diferenciara de los cientos de hombres como él que llenaban el espacio. En el bolsillo derecho del pantalón, la bolsa de cierre hermético. En la palma de la mano derecha, adherido con el adhesivo médico que había probado docenas de veces, el parche.

Esperó.

A las diez y media la explanada estaba llena. Esteban calculó entre tres y cuatro mil personas, una multitud densa que olía a café y a loción barata y a sudor de viaje largo, que hablaba en el ruido específico de las concentraciones masivas donde las conversaciones individuales se suman hasta volverse un zumbido sin dirección. Las bocinas instaladas en los postes del perímetro transmitían música de banda a un volumen que hacía difícil pensar con detalle, lo que en algún sentido ayudaba: el ruido externo llenaba el espacio donde de otra manera podría haberse instalado algo parecido a la duda.

No había duda.

Solo había los pasos que faltaban y el orden en que iban a ocurrir.

A las once menos diez llegó la caravana.

Cuatro camionetas negras de vidrios polarizados que entraron por el costado oriente de la explanada con la precisión coordinada de quien ha ejecutado ese ingreso suficientes veces para que sea automático. La multitud giró hacia ese lado como un organismo único, empujando hacia adelante con el impulso colectivo de quien quiere ver más de cerca, y el cordón de seguridad que había formado una línea entre el perímetro y la zona de acceso absorbió esa presión sin ceder, con el entrenamiento de quien sabe que va a pasar y que aguantar es parte del trabajo.

El presidente bajó de la segunda camioneta.

Esteban lo vio desde donde estaba, a unos treinta metros: la figura reconocible de los noticieros en persona, más baja de lo que parecía en televisión como ocurre casi siempre con las figuras públicas, con la guayabera blanca de las giras y el gesto de quien lleva años llegando a lugares así y que ha aprendido a convertir la llegada en un acto en sí

mismo. Levantó los brazos. La multitud respondió. La música subió de volumen.

Entonces ocurrió lo que Esteban había calculado que ocurriría: antes de subir al templete, el presidente hizo el recorrido.

Era el ritual de los mítines populares, la parte que el protocolo de seguridad toleraba porque negarla era políticamente imposible: el mandatario caminaba a lo largo del perímetro de contacto con la gente, tocando manos, recibiendo objetos, respondiendo a los que le gritaban cosas que en el ruido no se distinguían bien pero que él trataba como si las escuchara todas. Los agentes del Estado Mayor flanqueaban ese recorrido a distancia calculada, lo suficientemente cerca para intervenir en una amenaza obvia, lo suficientemente lejos para que la narrativa de la cercanía funcionara.

Esteban desenrolló la pancarta. La levantó con el brazo izquierdo, extendida sobre la cabeza. La mano derecha quieta al costado del cuerpo, con el parche adherido a la palma, sin moverse.

La multitud empujó hacia adelante cuando el presidente se acercó a ese sector. Esteban dejó que el empuje lo llevara un paso, dos, sin resistir, moviéndose con la masa en lugar de contra ella, que era lo que había practicado en la plaza de Celaya los tres domingos de octubre: no luchar contra el flujo sino usarlo.

El presidente avanzaba a lo largo del perímetro a unos tres metros de donde estaba Esteban. Un agente del Estado Mayor caminaba entre ellos. La multitud empujó de nuevo. Esteban avanzó otro paso. El agente giró hacia el sector donde alguien le estaba diciendo algo, un hombre con sombrero que le extendía un papel doblado, y en ese giro de dos segundos Esteban extendió la mano derecha sobre el hombro de la persona que tenía delante.

El presidente vio la mano extendida. Sonrió con la sonrisa entrenada. Extendió la suya.

El contacto duró menos de dos segundos.

La palma del presidente era seca y firme, la palma de quien estrecha manos cientos de veces por semana y que ha desarrollado para eso el automatismo del saludo que no registra al individuo sino solo el gesto. El parche funcionó en el primer segundo. Esteban sintió la fricción, la temperatura, el instante exacto en que el material portador cedió. Luego el presidente soltó la mano y ya estaba mirando hacia otro lado, hacia el siguiente, hacia el siguiente, avanzando a lo largo del perímetro con el ritmo de siempre.

Esteban bajó la mano derecha al bolsillo del pantalón.

Depositó el parche en la bolsa de cierre hermético. Cerró la bolsa con el pulgar y el índice de la mano izquierda. La bolsa al bolsillo. Todo en un movimiento continuo que nadie miraba porque nadie tenía razón para mirar eso cuando había un presidente que mirar.

Lo que ocurrió en esos dos segundos Esteban lo había ejecutado mil veces en la cabeza durante los meses anteriores, y sin embargo ocurrió de una manera ligeramente distinta a todas las versiones mentales, como ocurre siempre con las cosas reales: con más ruido de fondo, con el olor específico de la multitud en ese punto del recorrido, con la textura de la guayabera blanca del hombre que estaba delante de él rozándole el antebrazo izquierdo mientras extendía la derecha, con el sol de noviembre en Culiacán pegando de lleno sobre la explanada y haciendo que todo tuviera esa claridad excesiva de las mañanas de noroeste que no dejan sombra donde esconderse.

El presidente no lo miró a los ojos.

Miraba hacia el siguiente mientras ya estrechaba la mano de Esteban, ese gesto de quien atiende sin atender, de quien da sin recibir nada de regreso porque lleva años en el lugar donde la gente lo da todo y él distribuye la atención en dosis exactamente suficientes para que nadie se sienta ignorado del todo pero nadie tampoco se sienta visto de verdad. Eso que Esteban había observado en los videos durante semanas, esa manera específica de estar sin estar, era exactamente lo mismo en persona. No era crueldad. Era el resultado inevitable de vivir en el centro de una maquinaria que procesa gente en escala industrial.

Esteban pensó en Anselmo en ese preciso instante.

No lo planeó. Ocurrió solo, en el segundo en que las palmas se tocaban, como si el muchacho hubiera elegido ese momento para aparecer. No como visión ni como voz sino como presencia, como el peso específico de alguien que estuvo y ya no está y cuya ausencia tiene una forma tan precisa que a veces se siente más que la presencia.

Luego el presidente soltó la mano y siguió avanzando.

Y Esteban bajó la suya al bolsillo.

Luego volvió a levantar la pancarta con el brazo izquierdo y esperó ahí, en su lugar entre la multitud, mientras el presidente completaba el recorrido y subía al templete y el presentador oficial anunciaba su nombre con el tono solemne de los presentadores oficiales y la música volvía a subir y la multitud respondía con el volumen que tienen las multitudes cuando alguien les da permiso de hacer ruido.

El discurso duró cuarenta minutos.

Esteban lo escuchó desde donde estaba, sin moverse, sin llamar la atención, con la pancarta enrollada de nuevo bajo el brazo izquierdo y la mano derecha guardada en el bolsillo del pantalón, sobre la bolsa sellada. El discurso hablaba de apoyos al campo y de producción agrícola y de un programa de precios de garantía y de la soberanía alimentaria como proyecto de nación, con el vocabulario específico de un gobierno que se concibe a sí mismo como histórico. El presidente habló también, hacia el final, de los caídos, de las víctimas de la violencia, de las familias que

buscan a sus desaparecidos, con el tono de quien reconoce el dolor sin asumir ninguna responsabilidad por él, el tono perfecto del político que necesita que el dolor exista para nombrarlo en sus discursos pero que no puede erradicarlo sin tocar los equilibrios que lo mantienen en el cargo.

Esteban escuchó esa parte sin expresión visible.

Cuando el mitin terminó, la multitud empezó a dispersarse con el movimiento lento de los cuerpos que han estado de pie mucho tiempo y que ahora buscan el camino de salida y el autobús que los llevará de regreso a sus municipios. Esteban se movió con esa corriente hacia el costado sur de la explanada, sin apresurarse, sin hacer nada que no hicieran los que estaban a su alrededor. En la calle Rubí encontró un baño público, entró, se lavó las manos durante cuatro minutos con el jabón del dispensador, revisó que no hubiera ningún residuo visible en la piel, se secó con papel, y salió.

Caminó seis cuadras hasta una lonchería pequeña en la calle Hidalgo donde pidió un menudo y una Coca-Cola y se sentó solo en una mesa del fondo. El menudo era bueno, con orégano y cebolla y limón, y Esteban lo comió despacio, con la calma de quien ha terminado algo que requería toda su concentración y que ahora puede hacer una cosa tan simple como comer sin que nada más ocupe el mismo espacio.

A las dos de la tarde tomó un taxi a la central camionera.

El boleto de regreso a Celaya salía a las cuatro. Esperó en la misma cafetería de la mañana, en la misma mesa junto a la ventana, con otro café de olla que esta vez tomó sin prisa porque había tiempo y porque el café era bueno y porque en ese momento la bodega de Celaya le parecía muy lejos en todos los sentidos que la palabra lejos puede tener.

Pensó en Anselmo.

No de la manera intensa y dolorosa en que pensaba en él las noches sin dormir, sino de una manera más simple: pensó en la tarde de febrero cuando el muchacho señaló la página del manual con el dedo índice y preguntó si no le parecía extraordinario que algo fuera soluble en grasa. Pensó en la sonrisa de medio lado que era igual a la de la fotografía de Cristina en la pared de la sala. Pensó en el golpe de la mochila sobre el mostrador de la bodega a las dos y cuarto de la tarde, ese ruido que ahora la bodega no volvería a tener.

Pensó que no se sentía como había imaginado que se sentiría.

No había alivio. No había satisfacción. No había ninguna de las emociones que la lógica de la venganza prometía como recompensa. Lo que había era algo más neutro y más permanente: la certeza de haber hecho lo que podía hacerse con lo que tenía, de la misma manera en que todos los días hacía lo que podía hacerse en la bodega con los productos que tenía y el conocimiento que tenía. Una reacción diseñada, ejecutada, completada. Lo que ocurriera después no dependía de él.

El autobús salió puntual a las cuatro.

Esteban acomodó la mochila en el compartimento superior, se sentó junto a la ventanilla, y miró Culiacán alejarse por el vidrio mientras el autobús tomaba la autopista hacia el sur. La ciudad sinaloense tenía esa última luz de la tarde que tienen las ciudades del norte cuando el sol se va hacia el Pacífico y todo queda teñido de un naranja que dura poco y que nadie mira el tiempo suficiente para apreciarlo porque siempre hay otra cosa que hacer.

Esteban lo miró hasta que Culiacán desapareció.

Luego cerró los ojos.

Y por primera vez en muchos meses, durmió sin interrupciones todo el camino de regreso a casa.

CAPÍTULO 9

La espera y el daño que nadie vio venir

Celaya, Guanajuato. Noviembre de 2024–enero de 2025.

Hay un tipo de espera que no se parece a ninguna otra.

No la espera del que aguarda una noticia que puede ser buena o mala. No la del que espera que algo ocurra sin saber cuándo. Sino la espera del que sabe exactamente qué va a ocurrir y cuándo va a ocurrir aproximadamente y que sin embargo no puede hacer nada más que seguir viviendo su vida mientras el proceso que puso en marcha avanza con la silenciosa indiferencia de la química que no consulta al que la inició y que no se detiene porque alguien cambie de opinión.

Esteban Almanza conocía esa espera desde el día que volvió de Culiacán.

La bodega abrió al día siguiente a las ocho de la mañana como siempre. El muchacho que había contratado para las horas de apoyo, un joven de dieciséis años del barrio de nombre Beto que era trabajador y callado y que no hacía preguntas que no fueran sobre el trabajo, estaba esperando en la puerta con el candado de la reja ya descorrido porque Esteban le había dado llave para los días en que llegara antes. Entraron, encendieron el foco, empezaron el día.

Los clientes llegaron y se fueron. Los pedidos se despacharon. Las facturas se registraron en el cuaderno de pasta dura y en la hoja de cálculo. Don Aurelio Patiño llegó el miércoles con su pedido habitual de herbicida y se sentó en el banco del mostrador y habló del clima y del precio del maíz y esta vez no preguntó cómo estaba Esteban, solo lo miró al final de la transacción con esa mirada de los setenta y cuatro años que ve sin preguntar, y Esteban le dio el cambio exacto y le dijo hasta el miércoles que viene, don Aurelio, y el hombre tomó sus bolsas y se fue.

Así pasaron los primeros días.

Lo que Esteban seguía con más atención que cualquier otra cosa era la agenda pública del presidente y los noticieros de la noche. No porque esperara ver síntomas todavía: el dimetilmercurio no era así de rápido ni de obvio. Lo que seguía era el ritmo normal del gobierno, la presencia pública del presidente en sus actos de rutina, la confirmación silenciosa de que el proceso avanzaba sin que nadie lo supiera todavía. El presidente apareció en un acto en Tabasco la semana siguiente al mitin de Culiacán. Apareció en una conferencia de prensa el lunes siguiente. Apareció en una gira por Oaxaca a mediados de noviembre. Cada aparición era para Esteban una especie de marcador temporal: el reloj avanzaba, el compuesto avanzaba, el sistema nervioso central del presidente avanzaba hacia algo que todavía no tenía forma visible pero que era ya irreversible.

En el colectivo de Esperanza, un martes de noviembre, Esteban llegó con la puntualidad de siempre y se sentó en su silla y escuchó los reportes de las otras madres con la misma atención de siempre. Cuando terminó la reunión, Esperanza lo detuvo en la puerta con un gesto de cabeza hacia el patio trasero de su casa, donde había dos sillas de plástico y una maceta con una bugambilia que florecía con una intensidad desproporcionada para la temporada.

—Siéntate un momento —dijo.

Esteban se sentó. Esperanza se sentó frente a él, con las manos juntas sobre las rodillas, con la mirada directa de siempre.

—¿Ya hiciste lo que ibas a hacer? —preguntó.

Esteban la miró un momento.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque llevas dos semanas con una cara que no tenías antes. Y antes tenías una cara muy difícil de tener.

Esteban no respondió de inmediato. Miró la bugambilia, que era de un morado tan intenso que en la luz de la tarde parecía casi irreal.

—Ya —dijo finalmente.

Esperanza asintió despacio. No preguntó qué. No preguntó cómo. Se quedó callada el tiempo suficiente para que el silencio dijera lo que ninguna pregunta hubiera dicho mejor, y luego dijo:

—¿Estás bien?

—No lo sé todavía —dijo Esteban—. Pregúntame después.

—¿Después de qué?

—De que sepa si sirvió de algo.

Esperanza volvió a asentir. Luego se levantó, entró a la cocina, y volvió con dos tazas de café que Esteban no había pedido y que aceptó porque en esa casa el café era la forma en que Esperanza Villanueva decía las cosas que no se dicen con palabras.

Lo que Esteban no había calculado, y que fue descubriendo en esas semanas de espera, era el peso específico de seguir siendo quien era mientras ocurría lo que ocurría.

No había manera de separarlo. El hombre que abría la bodega a las ocho era el mismo que había estado en Culiacán. El que atendía a don Aurelio era el mismo que había preparado el parche en la bodega a medianoche. El que firmaba las facturas y explicaba las dosis de herbicida y le daba el aguinaldo a Beto era el mismo que leía las notas sobre los vértigos del presidente con la atención técnica del químico que reconoce una progresión de síntomas. No había escisión posible entre esas versiones de sí mismo. Era una sola persona haciendo todas esas cosas en el mismo continuo de tiempo, y esa continuidad, que debería haber sido perturbadora, resultaba en cambio completamente natural, como si lo que había hecho en Culiacán fuera simplemente otra tarea ejecutada con el mismo rigor con que ejecutaba todas las demás.

Eso era lo que más lo sorprendía: la normalidad.

No la normalidad fingida del que actúa para los demás, sino la normalidad genuina del que descubre que lo que hizo y lo que es no se contradicen de ninguna manera que él pueda detectar. Seguía siendo el hombre de siempre. El mismo que había criado a Anselmo solo, que había atendido a Cristina mientras se moría, que había construido la bodega a partir de muy poco y que la había mantenido con la honradez de quien no necesita que nadie lo supervise para hacer las cosas bien. Ese hombre seguía ahí. Intacto. Lo que había hecho no lo había roto ni lo había transformado en algo que no reconociera cuando se miraba al espejo por la mañana.

Lo que sí había cambiado era la textura del tiempo.

Los días tenían ahora una densidad distinta, no más lenta ni más rápida sino más presente, como si cada hora supiera que formaba parte de algo que estaba ocurriendo aunque nadie a su alrededor lo viera. El café de la mañana sabía igual. El olor de la bodega era el mismo. El ruido del barrio de Celaya a las seis de la tarde era indistinguible del de cualquier otra tarde de cualquier otro año. Y sin embargo todo eso transcurría sobre un fondo que Esteban sentía con la misma claridad con que se siente el zumbido de un motor que trabaja en algún lugar que no se ve: presente, constante, ininterrumpido.

Lo que nadie anticipaba ocurrió en la segunda semana de diciembre.

Los medios de comunicación lo reportaron primero como una nota menor en las secciones de cultura y entretenimiento, que era la sección donde aterrizaban las muertes de personas que no eran suficientemente importantes para la portada pero que sí tenían nombre reconocible en ciertos círculos. Rodrigo Peña Castellanos, veintiocho años, asesor de comunicación de la Presidencia de la República, había muerto en el Hospital Ángeles de Pedregal de un cuadro neurológico descrito por el comunicado oficial como síndrome neurológico agudo de etiología en estudio. Había

ingresado al hospital doce días antes con síntomas de pérdida de equilibrio, visión borrosa y dificultad para articular el habla. Su deterioro había sido rápido. Los médicos no habían logrado establecer una causa definitiva.

Esteban leyó la nota en el teléfono en la bodega, sentado en el banco del mostrador con Beto acomodando sacos al fondo del almacén.

La leyó dos veces.

Rodrigo Peña Castellanos era el nombre que no debería estar ahí. Era el nombre que representaba la única variable que Esteban había calculado mal, la única fisura en un proceso que había planeado con toda la precisión de que era capaz. En algún momento de los meses de preparación, en alguna etapa de la síntesis o del manejo o del traslado, había ocurrido una contaminación que él no había detectado ni previsto del todo, una transferencia mínima de compuesto hacia una superficie que luego alguien más había tocado. No sabía cómo. No sabía cuándo. Sabía únicamente el resultado: un hombre de veintiocho años que no había hecho nada más que trabajar en el lugar equivocado había muerto de algo que no debería haber tocado nunca.

Dobló el teléfono. Lo puso sobre el mostrador.

Se quedó mirando el portón de entrada de la bodega durante varios minutos con la expresión específica de quien acaba de descubrir que las ecuaciones perfectas no existen fuera de los libros de texto, que en el mundo real siempre hay una variable que el modelo no contempló, que la diferencia entre la teoría y la práctica es exactamente el espacio donde ocurren las cosas que nadie quería que ocurrieran.

Beto llegó del almacén con una factura en la mano y preguntó si firmaba el recibo del pedido de la semana. Esteban firmó sin revisar, cosa que nunca hacía, y Beto lo miró un momento con la perplejidad silenciosa de los dieciséis años que no entienden del todo lo que ven en los adultos pero que saben cuándo algo es distinto a lo normal.

—¿Está bien, señor Esteban? —preguntó.

—Sí —dijo Esteban—. Revisa tú el pedido y me dices si hay diferencias.

Beto volvió al almacén. Esteban tomó el teléfono de nuevo y buscó más información sobre Rodrigo Peña Castellanos. Encontró poco: el comunicado oficial, la nota de un par de medios digitales, un par de tuits de conocidos del joven expresando condolencias. En ningún lugar había detalles del cuadro clínico que fueran más allá de síndrome neurológico agudo, que era la manera médica de decir que algo destruyó el sistema nervioso de una manera que los diagnósticos disponibles no alcanzaron a identificar a tiempo.

Lo que Esteban sí sabía, con la certeza del químico, era que el cuadro descrito era consistente con exposición a mercurio orgánico. Y que si alguien con suficiente conocimiento toxicológico revisara la historia clínica de Rodrigo Peña Castellanos con esa hipótesis en mente, llegaría a esa

conclusión. La pregunta era si alguien con ese conocimiento y esa hipótesis iba a revisar esa historia clínica, y la respuesta dependía de cuánto le importara al sistema médico y al sistema de salud pública ir más allá del diagnóstico de descarte cuando el paciente ya había muerto y la causa oficial ya estaba registrada como etiología en estudio, que en el vocabulario de los expedientes médicos mexicanos era una forma educada de decir no sabemos y probablemente no vamos a seguir buscando.

Esa noche, en el departamento, Esteban no durmió.

No por culpa, o no únicamente por culpa, sino por el peso específico de lo que significa saber que un daño que no se quería causar se causó de todas formas, que la ecuación tenía un término que no estaba en el modelo y que ese término era un hombre joven de veintiocho años con un nombre y con gente que lo quería y que ahora estaba muerto. Eso no se resolvía con razonamiento. No había argumento que lo hiciera más pequeño de lo que era. Era lo que era: un daño colateral en el sentido más brutal del término, la forma en que el eufemismo militar nombra lo que en realidad es la muerte de alguien que no tenía nada que ver.

Esteban lo cargó.

Lo cargó como se cargan las cosas que no se pueden devolver ni compensar ni resolver: guardándolas en un lugar específico del interior donde no se olvidan pero tampoco paralizan, donde pesan de manera permanente y exacta sin que ese peso impida que el resto siga funcionando. Era el mismo lugar donde cargaba a Cristina y donde cargaba a Anselmo, ese inventario silencioso de ausencias que los hombres de su tipo acumulan sin hablar de ellas porque hablar de ellas no las hace más pequeñas y en cambio las expone a la intemperie donde se erosionan de una manera que el silencio al menos evita.

Diciembre avanzó con la normalidad disfrazada de siempre.

La bodega despachó pedidos de fin de año, los agricultores compraron sus insumos para la temporada de invierno, Beto limpió el almacén con una dedicación que Esteban recompensó con un aguinaldo mayor al que correspondía legalmente porque el muchacho trabajaba bien y el trabajo bien hecho merecía reconocimiento incluso cuando quien lo reconocía estaba cargando cosas que el muchacho no podía imaginar. Las noticias siguieron su ritmo: el presidente en eventos navideños, el presidente dando mensajes de fin de año, el presidente comenzando el año nuevo con la agenda institucional de siempre.

En enero, las primeras notas aparecieron filtradas.

No en los medios principales, que en México aprendían tarde o nunca lo que los medios digitales independientes descubrían primero, sino en dos portales de periodismo de investigación que tenían fuentes dentro de la estructura de salud del gobierno. Las notas decían que el presidente había cancelado tres eventos en la primera semana de enero por razones descritas oficialmente como agenda privada, y que según fuentes sin

nombre al interior de la oficina presidencial el motivo real era que el presidente había comenzado a presentar episodios de vértigo y dificultad para leer documentos durante periodos prolongados. Nada grave, decían las fuentes. Cansancio acumulado. El ritmo de trabajo de fin de año. Necesitaba descanso.

Esteban leyó esas notas con la calma del que reconoce el inicio de algo que ya sabía que iba a empezar.

El vértigo y la dificultad para leer eran síntomas tempranos. Coherentes con el tiempo transcurrido desde el contacto en Culiacán: seis semanas, dentro del rango de latencia documentado para la intoxicación con dimetilmercurio. El proceso avanzaba en el orden correcto, con los tiempos correctos, con la misma precisión indiferente con que avanza cualquier reacción química que ya fue iniciada y que no tiene mecanismo de reversión.

Esteban fue al panteón ese domingo.

Era la segunda vez desde el entierro. Llegó a las diez de la mañana, cuando había más gente que la vez anterior, familias con flores y con niños que corrían entre las parcelas con la inconsciencia benévola de los que todavía no saben bien qué es ese lugar. Se paró frente a la lápida de Anselmo con las manos en los bolsillos.

—Ya empezó —dijo en voz baja.

El viento movió los cipreses de la misma manera que la vez anterior, con esa indiferencia vegetal de las cosas que no pueden responder pero que están ahí de todas formas. Esteban se quedó un momento más, luego caminó hacia la salida, compró unas flores a una señora que vendía en la entrada, las volvió a dejar sobre la lápida, y se fue.

Esa tarde, en la bodega, abrió el libro de cuentas y revisó los números del mes. Todo cuadraba. Los ingresos cubrían los gastos con un margen que le permitiría ir pensando en ampliar el surtido de productos de uso restringido, que era un nicho donde había demanda y poca competencia local. Lo anotó en la esquina de la página como recordatorio para el siguiente mes.

Luego cerró el libro, apagó el foco, y cerró el portón.

Y caminó a casa por las calles de Celaya que ya conocía de memoria en todos sus horarios y sus ruidos, pensando que la espera era la parte más larga y la más difícil de cualquier proceso, y que sin embargo la espera era también la única parte donde todavía era posible que algo fuera distinto, y que esa posibilidad, aunque él ya no la quisiera, existía de todas formas con la misma obstinación con que existen las cosas que nadie pidió pero que el universo incluye de todas maneras en su inventario infinito de lo que es.

CAPÍTULO 10

Los síntomas del poder

Ciudad de México y el país entero. Febrero–abril de 2025.

La primera filtración llegó un miércoles de febrero a las once de la noche.

No llegó en los noticieros ni en los medios impresos que todavía salían cada mañana con sus portadas de papel cada vez más delgadas. Llegó en una cuenta de Twitter sin nombre verificado, con menos de ochocientos seguidores, manejada por alguien que claramente tenía acceso a información que no debería tener acceso y que la soltó en tres tuits consecutivos con la prosa urgente y sin mayúsculas de quien sabe que tiene poco tiempo antes de que alguien le cierre la cuenta: que el presidente había cancelado sus actividades de la semana por razones médicas no especificadas, que los médicos del Estado Mayor habían solicitado estudios neurológicos de urgencia, que el vocero oficial estaba preparando una versión para la prensa que hablaría de agotamiento y descanso preventivo.

La cuenta fue suspendida doce minutos después de los tuits.

Pero doce minutos en las redes sociales mexicanas de 2025 era tiempo suficiente para que el contenido se capturara en pantalla, se redistribuyera en grupos de WhatsApp, llegara a los escritorios de los periodistas de los medios independientes que tenían la costumbre de revisar sus teléfonos a cualquier hora porque en ese país la noticia no respetaba horarios de redacción. Para las seis de la mañana del jueves la filtración había sido recogida y verificada parcialmente por tres portales digitales y había generado suficiente presión para que la Oficina de Comunicación Social de la Presidencia emitiera un comunicado antes del desayuno.

El comunicado decía que el presidente estaba bajo observación médica preventiva como parte de su protocolo regular de salud, que se encontraba en perfectas condiciones para ejercer sus funciones, que los estudios eran de rutina y que cualquier especulación sobre su estado de salud era irresponsable y obedecía a intereses que buscaban desestabilizar al gobierno.

Lo que el comunicado no decía era que los estudios neurológicos solicitados incluían resonancia magnética de encéfalo, potenciales evocados auditivos y visuales, y una punción lumbar para análisis de líquido cefalorraquídeo, que no eran procedimientos de rutina para un hombre de cincuenta y nueve años sin historial neurológico previo sino el protocolo diagnóstico de un equipo médico que sospechaba algo serio y que no sabía todavía qué era.

Esteban leyó el comunicado oficial en el teléfono a las siete y cuarto de la mañana, sentado en el banco del mostrador de la bodega antes de que llegara Beto. Lo leyó una vez, lo cerró, y abrió el libro de cuentas para revisar los pedidos del día.

Lo que ocurría en los pasillos del poder en esas semanas era invisible desde Celaya pero detectable en sus efectos superficiales, igual que una reacción química que no se ve directamente pero cuyos productos secundarios

delatan que algo ocurre en el nivel que el ojo no alcanza. Los programas de noticias cambiaron de tono sin que nadie lo declarara: más deferentes, más cuidadosos, menos dispuestos a hacer las preguntas que antes hacían en las conferencias de prensa matutinas. Los colaboradores del gobierno que normalmente aparecían en medios afines comenzaron a circular un mensaje unificado sobre la fortaleza institucional y la continuidad del proyecto, que es el tipo de mensaje que los gobiernos circulan cuando necesitan convencer de algo que todavía no ha pasado pero que temen que pase. Los corresponsales extranjeros, que tienen menos que perder y acceso a fuentes que los nacionales no siempre tienen, empezaron a publicar despachos más específicos sobre la naturaleza de los estudios médicos y sobre las conversaciones que ocurrían en el gabinete sobre protocolos de continuidad.

En Celaya, Esteban siguió todo esto con la atención del científico que observa el desarrollo de un experimento desde cierta distancia, registrando los datos sin intervenir en el proceso porque el proceso ya no requería su intervención.

En la reunión del colectivo de marzo, Esteban llegó y se sentó y escuchó como siempre, y cuando Esperanza repartió el café y las otras madres empezaron a hablar de sus búsquedas de la semana, una de ellas, la Dolores de Salamanca que buscaba a su hija, sacó el teléfono y mostró la nota que había leído esa tarde sobre los problemas de salud del presidente.

—¿Qué creerán que tiene? —preguntó nadie en particular.

—Lo que le toca —dijo otra madre, una mujer de Villagrán que se llamaba Carmen y que llevaba tres años buscando a su sobrino—. Eso tiene.

Hubo un silencio que no era incómodo sino denso, el silencio de un cuarto donde varias personas piensan la misma cosa y ninguna dice exactamente lo que piensa porque el pensamiento exacto es demasiado grande para caber en una frase de esas que se dicen en voz alta en una sala con otras personas.

Esperanza miró a Esteban.

Esteban estaba mirando su taza de café.

—¿Tú qué piensas? —le dijo Esperanza.

—Pienso que los problemas de salud no distinguen a nadie —dijo Esteban, sin levantar la vista—. Que son más demócratas que cualquier institución de este país.

Carmen soltó una carcajada breve y sin alegría, del tipo que produce no la comicidad sino el reconocimiento de una verdad que duele y que sin embargo tiene algo de exacto que no puede negarse. Las otras madres guardaron silencio un momento más. Luego la conversación volvió a las búsquedas de la semana, a las fosas que no encontraban y a las autoridades que no respondían, y el presidente quedó como había llegado:

como un dato más en el inventario de un país que tenía demasiados datos sin resolver.

A mediados de marzo los medios internacionales publicaron lo que los nacionales todavía no se atrevían a publicar con la misma especificidad.

El corresponsal del diario El País en México escribió una nota con fuentes médicas anónimas que describían un cuadro neurológico progresivo con afectación del sistema vestibular y la corteza visual, deterioro de la coordinación motora fina y episodios de disartria que habían obligado a cancelar varios discursos públicos porque el presidente no podía sostener la lectura de un texto durante más de veinte minutos sin errores de articulación evidentes. El corresponsal no especulaba sobre la causa. Describía los síntomas con la precisión del periodismo médico bien hecho y dejaba que los lectores con conocimiento suficiente llegaran a sus propias conclusiones.

Lo que ocurría al interior del gabinete en esas semanas era algo que los medios describían con el vocabulario cauteloso de quien reporta sobre un poder que todavía existe y que todavía puede cerrarte las puertas: reuniones extraordinarias, consultas entre secretarios, conversaciones sobre el artículo ochenta y cuatro constitucional que regula la falta absoluta del presidente y que nadie había necesitado leer con detenimiento en décadas. Esteban lo leía entre líneas en los despachos de los corresponsales extranjeros, que tenían la ventaja de no tener que cuidar las relaciones con una presidencia que podía revocarte el acceso a las conferencias de prensa si publicabas algo que no le gustara.

Lo que esos despachos describían era el inicio de una reorganización silenciosa del poder, esa reconfiguración que ocurre cuando quienes están cerca del centro sienten que el centro está cediendo y que hay que empezar a calcular desde dónde van a quedar parados cuando el centro ceda del todo. Los secretarios de Estado que normalmente competían por la cercanía con el presidente empezaban a construir relaciones laterales entre sí, esa red de alianzas que se teje no para servir al jefe sino para sobrevivirle. Los legisladores del partido oficial en el Congreso comenzaban a recibir llamadas de personas que querían saber qué pensaban sobre distintos escenarios, el tipo de llamadas que no se hacen cuando el poder está sólido sino cuando empieza a percibirse poroso.

Y en las redes sociales, en los grupos de WhatsApp de la clase política, en los corredores de los edificios de gobierno donde los funcionarios medios hablaban entre sí con la discreción nerviosa de los que saben algo que no pueden decir públicamente, circulaba una pregunta que nadie formulaba en voz alta pero que estaba ahí de todas maneras, presente en cada conversación como el ruido de fondo que no se nombra pero que todos escuchan:

¿Qué tiene el presidente?

Y debajo de esa pregunta, otra más incómoda todavía:

¿Cómo lo tiene?

Porque para los que tenían suficiente información médica, para los que habían leído los comunicados con atención y habían hablado con las fuentes correctas y sabían leer lo que los diagnósticos de descarte no decían, el cuadro que se describía no encajaba bien en ninguna de las categorías habituales. No era un infarto. No era un tumor que los estudios de imagen hubieran identificado. No era una enfermedad degenerativa con el perfil genético y epidemiológico esperado para un hombre de su edad. Era algo que los médicos describían como atípico en las conversaciones privadas, algo que seguía un patrón que tenían la sensación de reconocer sin poder nombrarlo, como quien escucha una melodía que conoce pero no recuerda de dónde.

El toxicólogo al que consultó el neurólogo del Estado Mayor se llamaba doctor Vargas Ontiveros, especialista en intoxicaciones por metales pesados del Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía. Tenía cincuenta y tres años, veinticinco de experiencia clínica, y había visto en su carrera cuatro casos de intoxicación por compuestos orgánicos de mercurio, todos en trabajadores de industrias específicas con exposición documentada y confirmada. Cuando leyó el resumen del caso que le envió el neurólogo del Estado Mayor, sin nombre del paciente por razones de confidencialidad, tardó tres horas en llamar de regreso.

—El patrón es consistente con mercurio orgánico —dijo, sin preámbulos, con la voz de quien ha dado esa clase de opiniones suficientes veces para saber que la manera de darlas es directamente—. La distribución del daño, la progresión temporal, la afectación selectiva del cerebelo y la corteza visual. Todo apunta en esa dirección.

—¿Qué tipo de mercurio orgánico? —preguntó el neurólogo.

—Para eso necesito más datos. El mercurio metílico y el dimetilmercurio tienen perfiles de toxicidad similares pero no idénticos. ¿Tiene el paciente exposición laboral o ambiental documentada a alguna de esas sustancias?

—Ninguna.

Hubo una pausa.

—Entonces tiene un problema más grande que el diagnóstico —dijo el doctor Vargas Ontiveros.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que si el cuadro es de mercurio orgánico y no hay fuente de exposición conocida, alguien se lo administró. Y eso ya no es un problema médico.

La llamada terminó. El neurólogo del Estado Mayor se quedó mirando el teléfono durante varios minutos antes de marcar el número del médico jefe del Estado Mayor Presidencial. Lo que ocurrió en las horas siguientes a esa llamada Esteban no podía saberlo desde Celaya, pero sus efectos empezarían a ser visibles en los medios en los días siguientes: la

cancelación abrupta de todas las actividades públicas del presidente, el reforzamiento inusual de la seguridad en el hospital donde estaba siendo atendido, y una declaración del secretario de Gobernación que hablaba de proteger la estabilidad institucional del país sin mencionar al presidente por nombre, que era la forma en que los gobiernos en crisis dicen todo sin decir nada.

Esteban leyó esa nota cuatro veces.

Los síntomas descritos eran una progresión exactamente consistente con intoxicación crónica por mercurio orgánico en fase de instalación plena: el sistema vestibular afectado producía el vértigo y la pérdida de equilibrio, la corteza visual deteriorada explicaba la dificultad para leer, la disartria era el resultado del daño cerebeloso que el dimetilmercurio produce al acumularse en el tejido nervioso del cerebelo antes de avanzar hacia la corteza. Era el mismo patrón que Karen Wetterhahn había presentado en Dartmouth en 1997, con la misma progresión, en el mismo rango de tiempo desde la exposición.

Cerró el teléfono.

Fue al almacén, cargó tres sacos de sulfato de amonio de cuarenta kilos cada uno desde la entrada hasta el estante del fondo, los acomodó en su lugar, volvió al mostrador. Llegó un cliente. Lo atendió. Le explicó la diferencia entre el fosfato diamónico y el fosfato monoamónico para el tipo de suelo que describía. El cliente compró el fosfato monoamónico. Pagó. Se fue.

Esteban registró la venta en el cuaderno.

A finales de marzo la Oficina de Comunicación Social emitió un segundo comunicado que era cualitativamente distinto al primero. El primero había sido defensivo y había negado implícitamente que hubiera algo de qué preocuparse. El segundo era diferente en su tono: reconocía que el presidente estaba recibiendo tratamiento médico especializado, sin especificar la naturaleza del tratamiento, y señalaba que en cumplimiento de los protocolos constitucionales el secretario de Gobernación asumiría temporalmente algunas funciones de coordinación del gabinete durante el periodo de recuperación.

Temporalmente era la palabra que todos leyeron y que nadie discutió en los medios afines al gobierno porque discutirla era admitir lo que implicaba.

Esteban la leyó en la pantalla del teléfono apoyado en el portón de la bodega, a las seis de la tarde, mientras Beto barría la entrada con la escoba de popotillo. El sol de abril en Celaya pegaba de lado, con esa luz inclinada de las tardes de primavera que alarga las sombras y hace que los edificios ordinarios parezcan tener más relieves de los que tienen.

—Ya se va, señor Esteban —dijo Beto, refiriéndose al día de trabajo.

—Ya —dijo Esteban—. Cierra bien el candado.

—Siempre lo cierro bien.

—Lo sé —dijo Esteban—. Es un decir.

Beto colgó la escoba en su gancho, recogió su chamarra del respaldo de la silla, dijo hasta mañana con la brevedad cortés de los dieciséis años que no hacen conversación por obligación, y se fue. Esteban cerró el portón, puso el candado, caminó hacia el departamento.

Esa noche no vio las noticias.

Había algo en el ritmo acelerado de los medios en esas semanas, esa mezcla de euforia y ansiedad con que el periodismo político cubre la enfermedad de un jefe de Estado, que Esteban encontraba difícil de sostener durante mucho tiempo. No porque le produjera culpa sino porque le producía un tipo de incomodidad más específica: la incomodidad de quien sabe más de lo que puede decir y que tiene que escuchar las especulaciones de los que saben menos con la misma expresión neutral de siempre.

Calentó los frijoles que habían sobrado del mediodía. Comió solo en la mesa del comedor con el televisor apagado. Miró la fotografía de Cristina en la pared de la sala desde su silla, esa fotografía donde Anselmo aparecía borroso en el borde izquierdo porque se había movido en el momento del disparo.

Pensó que si Cristina estuviera viva no habría ninguna de estas cosas.

No porque ella lo hubiera detenido ni porque su presencia hubiera cambiado lo que el crimen organizado le hizo a Anselmo, sino porque si Cristina estuviera viva la geometría de todo hubiera sido distinta desde el principio, la forma en que la presencia de ciertas personas cambia la geometría del mundo que las rodea sin que nadie lo note hasta que ya no están y el mundo tiene otra forma y uno no siempre entiende por qué hasta que entiende que era esa persona la que lo tenía así.

Lavó el plato. Apagó la luz. Se fue a dormir.

En algún hospital de la Ciudad de México, esa misma noche, un equipo médico del Estado Mayor revisaba los resultados de los últimos estudios con la expresión de quienes llevan semanas buscando algo que explique lo que ven y que cada semana encuentran más de lo que encontraron la semana anterior pero sin que ninguno de esos hallazgos les permita nombrar con certeza lo que tienen frente a ellos. Uno de los médicos, el neurólogo que llevaba el caso desde enero, había solicitado una consulta con un especialista en toxicología del Instituto Nacional de Neurología, no porque tuviera una hipótesis concreta sobre un tóxico específico sino porque el patrón de daño que veía en las imágenes y en los estudios electrofisiológicos no se parecía a nada que él hubiera visto antes en un paciente sin exposición tóxica documentada, y ese tipo de patrones que no se parecen a nada conocido son exactamente el tipo de patrones que la toxicología existe para explicar cuando la neurología sola no alcanza.

La consulta estaba programada para la semana siguiente.

En Celaya, Esteban Almanza dormía.

Afuera, la ciudad tenía sus ruidos de siempre: algún perro, algún radio lejano, el camión de la basura que pasaba antes del amanecer con más ruido que puntualidad. La bodega cerrada con su candado. El refrigerador del almacén zumbando en la oscuridad. El foco de cuarenta watts apagado sobre la caja registradora.

Y en el cajón donde Esteban guardaba los documentos importantes, junto al acta de nacimiento de Anselmo y la escritura de la bodega y la fotografía de su propia graduación con el traje rentado que le quedaba grande, la copia rosada de la primera denuncia que presentó en la Fiscalía Regional de Celaya en diciembre de 2023, con el sello de goma y el folio de registro y la promesa de notificación en quince días hábiles que nunca llegó.

Todo en su lugar.

Todo exactamente donde debía estar.

CAPÍTULO 11

El miedo que no tiene nombre

Ciudad de México y el país entero. Mayo–julio de 2025.

El presidente murió un martes de mayo a las cuatro y diecisiete de la mañana.

No en un hospital público ni en una sala de urgencias de las que aparecen en las noticias con sus camillas en los pasillos y sus listas de espera interminables. Murió en una suite del piso doce del Centro Médico ABC de la Ciudad de México, rodeado de seis médicos del Estado Mayor Presidencial, dos especialistas del Instituto Nacional de Neurología, un equipo de enfermería de guardia permanente, y tres funcionarios de alto nivel que habían pasado las últimas setenta y dos horas en el hospital esperando lo que todos sabían que iba a ocurrir pero que nadie había dicho en voz alta porque decirlo en voz alta habría obligado a hacer cosas que nadie quería hacer todavía.

El comunicado oficial fue emitido a las seis de la mañana.

Hablaba de un síndrome neurológico severo de etiología compleja, de un deterioro progresivo que los mejores especialistas del país y del extranjero no habían podido detener, de la entrega total del presidente a su mandato hasta el último momento de su vida, de la profunda tristeza del gobierno y la nación ante la pérdida de un hombre que había dedicado su existencia al servicio público. El comunicado no mencionaba ninguna hipótesis toxicológica. No mencionaba al doctor Vargas Ontiveros ni a la consulta de abril ni a la llamada que el neurólogo del Estado Mayor había hecho al médico jefe la noche en que el toxicólogo dijo que alguien se lo administró. No mencionaba nada de eso porque lo que el comunicado hacía no era informar sino administrar, y administrar significaba en ese momento dar

una versión que no generara pánico antes de que el gobierno tuviera tiempo de entender qué había pasado y qué iba a decir que había pasado.

En Celaya, Esteban se enteró de la noticia a las seis y media de la mañana, antes de abrir la bodega, mientras tomaba el primer café del día con el teléfono sobre la mesa del comedor.

Leyó el comunicado. Lo cerró. Bebió el café.

Luego se levantó, descolgó el mandil azul del gancho, se lo puso, y fue a abrir la bodega.

Lo que sentía en ese momento era difícil de nombrar con precisión porque no era ninguna de las cosas que uno esperaría sentir en una circunstancia así. No era triunfo, que es la emoción que la lógica de la venganza promete y que casi nunca entrega. No era alivio, que requeriría que algo hubiera estado presionando y que ahora cediera, y lo que Esteban cargaba no cedía así. Era algo más neutro y más permanente, algo parecido a la sensación que tiene un científico cuando un experimento produce exactamente el resultado que predijo el modelo: no alegría exactamente, sino la confirmación silenciosa de que el análisis era correcto, de que las variables estaban bien identificadas, de que el método funcionó.

Anselmo seguía sin estar.

Eso era lo que la confirmación no cambiaba. El resultado del experimento no devolvía nada de lo que se había perdido. Lo que había ocurrido en el Centro Médico ABC esa madrugada era real e irreversible, y lo que había ocurrido en la brecha de Apaseo el Grande en abril del año anterior también era real e irreversible, y entre esas dos irreversibilidades no había ninguna ecuación que produjera un balance cero porque los muertos no se cancelan entre sí, cada uno pesa lo que pesa en el inventario de lo que se pierde y no se recupera.

Llegó Beto a las ocho y veinte con su chamarra y su mochila y la cara de quien ya sabe la noticia porque en México a las seis de la mañana del día en que muere el presidente la noticia ya está en todos los teléfonos de todos los que tienen teléfono.

—¿Ya supo, señor Esteban? —dijo.

—Ya.

—Qué fuerte, ¿no?

—Sí —dijo Esteban—. Los sacos del fondo del almacén hay que moverlos al estante de la derecha. ¿Puedes empezar con eso?

Beto colgó la chamarra y fue al almacén sin hacer más preguntas, que era una de las cualidades que Esteban más apreciaba en él.

Lo que siguió a la muerte del presidente en el país entero fue el proceso que los politólogos llaman transición y que en la práctica es el periodo durante el cual las instituciones demuestran si son lo que dicen ser o si son lo que todo el mundo sospecha que son cuando nadie las está mirando. El

secretario de Gobernación asumió la presidencia interina en cumplimiento de los mecanismos constitucionales con una celeridad que demostraba que había estado preparándose para ese momento con anticipación, lo que era comprensible pero que algunos medios señalaron con la incomodidad de quien no quiere decir lo que está pensando. El Congreso sesionó de urgencia. Los mercados financieros cayeron un punto y medio en la apertura y recuperaron casi todo en las siguientes horas porque los mercados en México habían aprendido a procesar la inestabilidad política con una resiliencia que decía algo sobre la frecuencia con que esa inestabilidad ocurría.

Y los forenses del Estado iniciaron el protocolo de investigación de la causa de muerte.

No era un protocolo rutinario. La muerte de un presidente en funciones por causas que el sistema médico no había podido diagnosticar con certeza activaba procedimientos que en tiempos normales no se activaban, procedimientos que involucraban a la Fiscalía General de la República, a la Unidad de Análisis de Contexto, al Servicio Médico Forense federal, y a los dos especialistas extranjeros que el Estado Mayor había contratado en abril cuando el cuadro del presidente empeoró de manera acelerada y los médicos nacionales admitieron en privado que necesitaban ayuda.

Uno de esos especialistas era un toxicólogo suizo del Hospital Universitario de Ginebra que había trabajado en casos de envenenamiento por agentes químicos en contextos de espionaje internacional. Cuando llegó a México en mayo y revisó el expediente completo, los estudios histopatológicos del tejido nervioso obtenido en las biopsias de las últimas semanas, y los niveles de mercurio inorgánico en orina y sangre que los laboratorios habían medido tardíamente, pasó dos días sin decir nada a nadie. Luego solicitó una reunión privada con el médico jefe del Estado Mayor y con el fiscal general designado para el caso.

En esa reunión dijo lo que el doctor Vargas Ontiveros había dicho en abril pero con mayor especificidad y con la autoridad de quien lo ha visto antes en otro contexto: que el patrón de daño era inequívocamente compatible con intoxicación por dimetilmercurio, que la distribución de la lesión en el sistema nervioso central y la progresión temporal desde la exposición hasta la muerte eran consistentes con una dosis de contacto administrada entre ocho y diez semanas antes de los primeros síntomas, que no había fuente de exposición ambiental o laboral que pudiera explicar el cuadro, y que en su opinión técnica el presidente había sido envenenado por alguien que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

El fiscal hizo la pregunta que tenía que hacer.

—¿Cuánto tiempo llevaba la exposición siendo detectable?

—Los niveles en tejido nervioso son altos —dijo el suizo—. Lo que significa que la exposición fue suficientemente concentrada para producir el cuadro en el tiempo observado. Pero el dimetilmercurio en sangre y orina se

elimina relativamente rápido comparado con su acumulación en tejido. Si hubieran buscado antes, habrían encontrado niveles más altos. Ahora lo que tienen es el daño, no la molécula.

—¿Hay manera de identificar el vector de administración?

—No. El contacto dérmico no deja rastro físico. Una dosis efectiva puede transferirse en menos de dos segundos de contacto piel a piel. No hay manera de saber cuándo ocurrió ni quién lo hizo a partir del cuerpo del paciente.

—Entonces no tenemos nada —dijo el fiscal.

—Tienen el diagnóstico —dijo el suizo—. Lo que no tienen es el autor.

Esa información no llegó a los medios de manera directa. Lo que llegó a los medios, filtrado con la misma irregularidad de siempre, fue suficiente para generar lo que el gobierno más temía: no la certeza de un crimen sino la sospecha de uno. Una sospecha sin nombre, sin autor, sin método identificado. Una sospecha que flotaba sobre la muerte del presidente como flota el humo sobre un incendio que ya se apagó pero que todavía deja en el aire la señal de lo que ocurrió.

Esa sospecha fue lo que instaló el miedo.

No el miedo concreto de quien conoce la amenaza y puede calcular su distancia. Ese miedo tiene solución: se identifica al amenazante, se refuerza la seguridad, se construye un perímetro más grueso. El miedo que se instaló en la clase política mexicana en las semanas siguientes a la muerte del presidente era de otra naturaleza, más antigua y más difícil de manejar: el miedo a lo invisible, a lo que no se ve ni se mide ni se detecta en ningún escáner de seguridad, a la posibilidad de que alguien con conocimiento suficiente y determinación suficiente pudiera hacer exactamente lo que aparentemente había hecho, sin dejar rastro, sin ser identificado, sin que ninguno de los aparatos de inteligencia y seguridad del Estado hubiera podido detectarlo.

Ese miedo comenzó a hacer cosas concretas en la conducta de personas concretas.

Un exsecretario de Estado que había sido investigado por corrupción en el gobierno anterior y que normalmente asistía a dos o tres eventos públicos por semana canceló toda su agenda durante un mes citando razones de salud que su médico personal desmintió discretamente en una conversación que alguien filtró. Un senador del partido oficial que tenía en su historial la firma de varios decretos que habían beneficiado a grupos criminales en su estado comenzó a exigir en las sesiones del Congreso que se implementara un protocolo de seguridad para legisladores que incluía análisis toxicológicos periódicos, propuesta que sus colegas aprobaron con una unanimidad que en cualquier otra circunstancia hubiera parecido excesiva. Un gobernador en funciones, cuyo nombre circulaba en expedientes de la DEA relacionados con lavado de dinero, contrató a una

empresa israelí de seguridad privada especializada en protección contra amenazas no convencionales, que era el eufemismo del sector para decir envenenamiento.

Los gestos variaban. El origen era el mismo: la pregunta que nadie podía responder.

¿Quién lo hizo?

¿Cómo?

¿Por qué ese y no otro?

¿Cuántos más?

Esas preguntas circulaban en los mensajes cifrados, en las reuniones a puerta cerrada, en las conversaciones en voz baja en los pasillos de los palacios del poder donde las conversaciones en voz baja son el idioma verdadero. Y lo que hacía esas preguntas insoportables no era que tuvieran respuesta sino que no la tuvieran, que la maquinaria de inteligencia del Estado mexicano, con todos sus recursos y sus bases de datos y sus agentes y sus escuchas, no tuviera ninguna pista sobre el autor porque el autor no existía en ninguno de sus registros, porque era exactamente lo que nadie buscaba cuando buscaba amenazas: un ciudadano sin antecedentes, sin afiliación política, sin contactos con grupos organizados, con un motivo personal que ningún sistema de inteligencia está diseñado para detectar porque los sistemas de inteligencia buscan patrones y el dolor de un padre no tiene patrón reconocible hasta que produce consecuencias que nadie anticipó.

Los días que siguieron a la muerte del presidente tuvieron en los medios una cualidad casi febril, esa sobreabundancia de análisis y especulación y tributo y contradicción que produce la muerte de un jefe de Estado cuando el país todavía no sabe bien qué sentir y los medios llenan ese vacío con palabras hasta que el país decida.

Esteban no siguió esa cobertura con mucha atención.

Lo que sí siguió, con la misma atención de siempre, eran las notas que comenzaron a aparecer en los medios de investigación una semana después del funeral: notas más cuidadosas, más específicas, basadas en fuentes que claramente estaban dentro del proceso forense y que filtraban información con la lógica de quien quiere que algo se sepa sin querer ser quien lo diga. Las notas no nombraban el dimetilmercurio. Hablaban de un agente tóxico no identificado. De una investigación que las autoridades se negaban a confirmar oficialmente. De la posibilidad de que la muerte del presidente no hubiera sido natural en el sentido en que todas las muertes anteriores de presidentes mexicanos habían sido naturales, que es un umbral específico y significativo en la historia de un país donde los presidentes no mueren asesinados desde hace casi un siglo.

Esa posibilidad, flotando sin confirmación ni rechazo en el espacio de la especulación pública, era más perturbadora que cualquier certeza.

Porque una certeza se procesa. Se nombra, se investiga, se juzga o se archiva, y en cualquiera de esos destinos termina siendo algo que el sistema puede ubicar en su lugar. Pero la posibilidad sin confirmación no se procesa: se queda flotando, se convierte en el tipo de pensamiento que aparece en los momentos de silencio, que contamina la manera en que los que tienen razones para tener miedo evalúan cada situación cotidiana, cada apretón de manos, cada evento masivo, cada momento en que el cuerpo de quien ostenta el poder está en contacto con el cuerpo de los gobernados.

Eso era exactamente lo que Esteban había calculado, aunque no con ese vocabulario.

En Celaya, Esteban Almanza abrió y cerró la bodega todos los días de esa semana.

Atendió a sus clientes con la misma paciencia de siempre. Registró las ventas en el cuaderno de pasta dura. Le pagó a Beto su quincena el viernes con la exactitud de siempre. Fue al panteón el domingo, compró flores a la señora de la entrada, las dejó sobre la lápida de Anselmo.

No sintió lo que esperaba sentir.

Eso era lo que más seguía sorprendiéndolo: que la victoria, si era eso, no tuviera el sabor que debería tener. Que el mundo siguiera siendo exactamente el mismo mundo de antes, con el mismo cielo de Celaya y el mismo olor de la bodega y el mismo foco de cuarenta watts y la misma fotografía de Cristina en la pared de la sala y la misma ausencia de Anselmo ocupando el espacio donde antes estaba el muchacho. Nada de lo que había ocurrido en el Centro Médico ABC a las cuatro y diecisiete de la mañana de un martes de mayo había cambiado eso.

Lo que había cambiado era otra cosa, más pequeña y más difícil de nombrar: algo en la textura de la deuda. El país le debía algo que nunca iba a pagar con sus instituciones ni con sus fiscalías ni con sus formularios de quince días hábiles. Y él había cobrado algo. No lo mismo. No lo equivalente. No había equivalencia posible y nunca la habría. Pero había cobrado algo, con sus propias manos y su propio conocimiento y la paciencia infinita de quien no tiene nada más que perder, y ese cobro, imperfecto e insuficiente como era, era el único que estaba al alcance de lo que él podía hacer.

Eso tenía que ser suficiente.

No porque lo fuera sino porque era lo único que había.

Esa noche, en el departamento, Esteban sacó de la gaveta de su escritorio un cuaderno nuevo, de pasta dura igual al de la bodega pero sin usar, y lo abrió en la primera página. Tomó el bolígrafo. Lo sostuvo sobre la página en blanco durante un momento largo, con la luz de la lámpara de escritorio encendida y el ruido nocturno de Celaya afuera y la fotografía de Cristina en la sala al alcance de la vista.

Luego empezó a escribir.

CAPÍTULO 12

La victoria que no sabe a nada

Celaya, Guanajuato. Agosto de 2025.

Esteban Almanza tardó tres semanas en escribir la confesión.

No porque le faltaran las palabras. Las palabras las tenía desde hacía meses, acumuladas en ese lugar interior donde se guardan las cosas que se saben pero que no se dicen porque decirlas requiere decidir que ya no hay razón para seguir callándolas. Lo que tardó fue en encontrar el tono. La primera versión que escribió en el cuaderno de pasta dura era demasiado fría, demasiado técnica, el informe de un proceso sin el peso de lo que había costado el proceso. La segunda era lo contrario: demasiado cargada de lo que Anselmo había sido y de lo que le habían hecho y de lo que Esteban había recorrido antes de llegar a donde llegó, demasiado parecida a las cartas que escriben los que quieren ser entendidos y que confunden entendimiento con justificación.

La tercera versión fue la que quedó.

Era sobria y directa y no pedía nada. Decía lo que había ocurrido en el orden en que había ocurrido, con los datos suficientes para que cualquiera que leyera la nota de los forenses sobre el dimetilmercurio entendiera que la confesión era real y no la fantasía de un perturbado reclamando la autoría de algo que no había hecho. Nombraba a Anselmo. Nombraba las fechas. Nombraba la bodega y la universidad y el manual de toxicología y la tarde de febrero cuando el muchacho señaló la página con el dedo índice. Nombraba a Culiacán sin nombrar el método con precisión suficiente para que alguien pudiera replicarlo, porque no era un manual y no tenía ningún interés en serlo.

Y al final, en el último párrafo, decía esto:

No busco perdón porque no lo necesito. No busco que me entiendan porque entender no es lo que este país necesita de sus ciudadanos. Lo que este país necesita es que quienes gobiernan entiendan algo que ningún protocolo de seguridad puede garantizarles: que el cargo público no es un escudo. Que la investidura no es impunidad. Que entre el servidor público y el ciudadano al que traiciona no siempre hay instituciones que medien. A veces hay solamente un hombre con conocimiento suficiente, dolor suficiente, y tiempo suficiente. Y que nadie, en ningún nivel del poder de este país, puede estar seguro de que ese hombre no existe en su entorno.

Mi nombre no importa. Lo que hice, sí.

Esteban leyó ese párrafo final tres veces antes de pasarlo en limpio desde el cuaderno a la computadora de la bodega. Lo leyó con la atención con que leía las etiquetas de los productos, buscando si alguna palabra sobraba o si alguna faltaba. No sobraba ninguna. No faltaba ninguna.

Pasó la noche del miércoles escribiendo la versión final en la computadora, sin conexión a internet porque no la necesitaba para escribir, solo para enviar, y el envío lo haría desde otro lugar con otra conexión para que la dirección IP no llevara a la bodega de Fertilizantes Almanza en Celaya. El jueves fue a un cibercafé en la colonia del Valle que había visto años antes sin haberle prestado atención, uno de esos negocios que sobreviven en los barrios donde todavía hay gente que no tiene computadora propia o que necesita una conexión que no sea la suya, y pidió media hora de uso, pagó en efectivo, y desde esa máquina anónima envió la confesión a tres destinatarios: el portal de periodismo de investigación que había cubierto con más rigor la muerte del presidente, una organización internacional de derechos humanos con sede en Ginebra que documentaba crímenes de Estado en América Latina, y el correo personal del corresponsal de El País que había publicado la nota sobre los síntomas neurológicos en marzo.

Tardó cuatro minutos en enviar los tres correos.

Pagó la media hora completa aunque solo usó ocho minutos. Salió a la calle. Caminó seis cuadras hasta una taquería donde comió tres tacos de bistec con todo y una agua de jamaica, y luego tomó el autobús de regreso a la bodega.

Beto estaba acomodando el surtido nuevo de fertilizante cuando llegó.

—Llegaron los sacos de nitrato —dijo—. Los dejé en la entrada porque no sabía si los quería en el estante de siempre o en el nuevo.

—En el de siempre —dijo Esteban—. El nuevo es para los productos de uso restringido.

—Ah, sí. ¿Los muevo?

—Yo los muevo. Tú cierra los pedidos del día.

Beto fue al mostrador. Esteban fue al almacén y empezó a mover los sacos de nitrato al estante que les correspondía, uno por uno, con el ritmo metódico de siempre. El almacén olía igual que siempre. El foco de cuarenta watts alumbraba igual que siempre. Afuera, Celaya hacía los ruidos de una tarde ordinaria de agosto.

Nada había cambiado en la superficie de las cosas.

La confesión llegó al portal de periodismo de investigación a las once de la mañana del jueves. El editor que la recibió la leyó una vez, la leyó de nuevo, llamó a su colega más experimentado en coberturas de seguridad nacional, se la pasó sin decir nada mientras él la leía, y cuando el colega terminó hubo entre ellos un silencio que duró varios segundos y que valía más que cualquier comentario inmediato.

—¿Es real? —dijo el editor.

—Los detalles técnicos son correctos —dijo el colega—. El dimetilmercurio, la síntesis, el vector de contacto dérmico. Alguien que sabe lo que hace o alguien que investigó muy bien.

—¿Y si es real?

—Si es real es la nota más importante que vamos a publicar en la historia de este portal.

—¿Y si no lo es?

—Si no lo es y lo publicamos sin verificar, somos los que publicaron una mentira sobre la muerte del presidente.

Pasaron tres días verificando.

Cotejaron los detalles técnicos con dos toxicólogos independientes que confirmaron que la descripción del compuesto y su método de acción eran precisos y no del tipo que cualquiera podría inventar sin conocimiento especializado. Consultaron con la fuente que les había filtrado información sobre el proceso forense, que sin confirmar directamente la autoría de la confesión dijo que el perfil toxicológico descrito en ella era consistente con lo que los forenses habían encontrado. Revisaron los registros públicos de mítines presidenciales del año anterior buscando eventos en Culiacán en noviembre de 2024 y encontraron el evento del cuatro de noviembre en la explanada frente al Palacio de Gobierno de Sinaloa, con cobertura fotográfica disponible en los archivos de prensa que mostraba exactamente el tipo de recorrido entre la multitud que la confesión describía.

El domingo publicaron.

La nota tenía el texto íntegro de la confesión y un reportaje de contexto que explicaba lo que los forenses habían determinado sobre la causa de muerte del presidente, lo que las autoridades habían callado, y lo que la confesión afirmaba sobre el método y el motivo. No nombraban al autor porque el autor no se nombraba. No tenían manera de identificarlo y no pretendían tenerla.

Lo que sí tenían era suficiente para que el país entero se sacudiera de una manera que llevaba meses sin sacudirse.

Esteban se enteró de la publicación el domingo por la tarde, cuando Esperanza Villanueva le mandó un mensaje de WhatsApp que decía solo un enlace y un signo de interrogación. Abrió el enlace desde el teléfono, leyó la nota sentado en la silla de la cocina con la luz de la tarde entrando por la ventana, y cuando terminó cerró el teléfono y lo dejó sobre la mesa.

Esperó que Esperanza llamara. No llamó esa noche. Llamó el lunes por la mañana, temprano, antes de que Esteban abriera la bodega.

—¿Lo leíste? —dijo.

—Sí.

—¿Qué piensas?

—Que alguien tenía mucho dolor —dijo Esteban.

Hubo una pausa larga en la línea. Esteban escuchaba la respiración de Esperanza y el ruido de su casa de fondo, el radio encendido, quizás un nieto, quizás la calle.

—Esteban —dijo Esperanza finalmente, con una voz que era exactamente entre la pregunta y la afirmación.

—¿Sí? —dijo él.

Otro silencio. Más largo que el anterior.

—Cuídate —dijo Esperanza.

Era la tercera vez que se lo decía. La primera vez había sido en el colectivo cuando preguntó si iba a hacer algo. La segunda cuando confirmó que ya lo había hecho. Esta tercera vez era distinta a las dos anteriores: no era advertencia ni solidaridad. Era algo más cercano a la despedida que hacen las personas que saben que algo terminó y que lo que viene después ya no les pertenece de la misma manera que lo que pasó.

—Sí —dijo Esteban—. Tú también.

Colgó.

Fue a abrir la bodega.

Los días que siguieron a la publicación de la confesión tuvieron en Celaya la misma textura de siempre, que era la única respuesta que Esteban tenía para lo que había hecho y para lo que el país estaba haciendo con lo que había hecho: la textura de siempre.

Pero algo sí había cambiado, y Esteban lo notó en la segunda semana de agosto, en una manera que no hubiera podido prever.

Las madres buscadoras del colectivo de Esperanza empezaron a llegar a las reuniones de los martes con algo distinto en la manera de entrar a la sala. No era euforia ni era esperanza, que eran emociones que ese grupo había aprendido a no gastar porque se acababan y la búsqueda no se acababa. Era otra cosa más contenida y más duradera: la sensación de que algo que había estado invisible se había vuelto visible, de que el tipo de dolor que ellas cargaban había producido algo que el país había tenido que mirar, aunque fuera con horror y aunque el método no fuera el que ninguna de ellas hubiera elegido.

Una noche, al final de la reunión, cuando las demás ya se habían ido y Esperanza recogía las tazas de la mesa con el mantel de hule floreado, se quedaron solos los dos en la sala con las fotografías de Mauricio en cada pared.

—¿Sabes qué pienso? —dijo Esperanza sin dejar de recoger las tazas.

—¿Qué?

—Que quien haya sido, lo que hizo no fue para el presidente. Fue para Anselmo.

Esteban la miró un momento.

—Puede ser —dijo.

—No puede ser —dijo Esperanza—. Es.

Siguió recogiendo las tazas. Esteban se levantó, tomó dos de ellas para ayudar, y las llevó a la cocina donde Esperanza ya tenía el agua corriendo en el fregadero. Lavaron en silencio, ella lavando y él secando con el trapo de cocina floreado que colgaba del gancho de la alacena, con el ritmo compartido de dos personas que no necesitan coordinarse porque ya saben cómo hacerlo.

Cuando terminaron, Esperanza apagó el grifo y se quedó mirando el fregadero un momento antes de voltearse.

—Cuídate, Esteban —dijo por última vez.

—Sí —dijo él—. Tú también, Esperanza.

Lo que ocurrió en el país en las semanas siguientes Esteban lo siguió desde la distancia con la que había seguido todo desde noviembre: leyendo, observando, registrando sin participar. La confesión generó un ciclo de noticias que duró más que ningún otro del año porque tenía todos los elementos que hacen que un ciclo de noticias no se agote: un crimen sin autor identificado, un método que los expertos confirmaban como posible pero que las autoridades se negaban a confirmar como real, un motivo que cualquier ciudadano que hubiera perdido a alguien en la violencia de ese país podía entender aunque no pudiera aprobarlo.

Los políticos reaccionaron de la manera en que reaccionan los políticos cuando algo los asusta de verdad: con declaraciones públicas de indignación y acciones privadas de precaución. En público exigían que las autoridades identificaran al autor y aplicaran todo el peso de la ley. En privado cancelaban eventos, reforzaban escoltas, instalaban protocolos nuevos en sus despachos, y tenían conversaciones con sus médicos de cabecera sobre la posibilidad de implementar revisiones toxicológicas periódicas. Un legislador propuso en el pleno del Congreso que se creara una comisión especial para investigar el caso. La propuesta se aprobó con una velocidad que decía más sobre el miedo de los votantes que sobre su sentido de justicia.

Nadie encontró al autor.

La investigación de la Fiscalía General no produjo resultados públicos en los tres meses que siguieron a la publicación de la confesión. Las fuentes que hablaban con los medios independientes decían que las autoridades no tenían pistas concretas, que el perfil del autor que emergía de la confesión, un ciudadano sin antecedentes con conocimiento químico y un motivo personal, no coincidía con ningún sospechoso en ninguna de sus bases de datos, y que el método de la confesión, que no reveló nombre ni ubicación ni ningún detalle que permitiera identificarlo, hacía el caso extraordinariamente difícil de resolver.

Extraordinariamente difícil era otra manera de decir imposible sin decir imposible.

En Celaya, la bodega de Fertilizantes Almanza siguió abriendo a las ocho de la mañana de lunes a sábado.

Beto llegaba antes que Esteban algunos días y tenía el candado descorrido cuando él llegaba, y Esteban lo saludaba con el mismo gesto de siempre y le preguntaba cómo había quedado el pedido del día anterior y Beto le decía que todo cuadraba y Esteban revisaba el cuaderno y confirmaba que sí cuadraba. Los clientes llegaban y se iban. Don Aurelio Patiño llegaba los miércoles. Las madres buscadoras se reunían los martes en casa de Esperanza. El panteón estaba a doce cuadras.

Todo exactamente donde debía estar.

Una tarde de agosto, Esteban fue al estante del fondo del almacén donde había guardado el recipiente de vidrio ámbar detrás de los biorreguladores y los fungicidas de uso restringido. Lo sacó. Era lo que quedaba del compuesto después de lo que había usado en Culiacán, una cantidad mínima que no bastaba para nada pero que tampoco podía simplemente tirarse al drenaje porque era lo que era.

Lo desechó siguiendo el protocolo correcto para residuos peligrosos: neutralización en solución alcalina concentrada, trasvasado al contenedor de residuos peligrosos que recogía una empresa certificada cada tres meses, registro en la bitácora de manejo de residuos con la descripción genérica que cualquier bodega de agroquímicos podía tener sin levantar sospechas: residuos de síntesis organometálica, cantidad mínima, tratamiento conforme a norma.

Firmó el registro.

Lo archivó en la carpeta de documentos de la bodega.

Luego lavó el recipiente de vidrio ámbar con el protocolo correcto, lo secó, y lo puso en el estante donde guardaba los recipientes vacíos que reutilizaba para muestras de productos que los clientes le pedían en pequeñas cantidades. Era un recipiente como los demás. Nadie que no supiera lo que había contenido podría saberlo.

Esa noche, en el departamento, Esteban abrió el cajón del escritorio y sacó el cuaderno de pasta dura donde había escrito los tres borradores de la confesión. Los leyó una última vez. Luego fue a la cocina, encendió el quemador de la estufa, y quemó las páginas escritas sobre la parrilla de acero, una por una, dejando que el papel se consumiera del todo antes de pasar a la siguiente. El humo olía a papel quemado y a tinta, que es el olor específico de las palabras que se deshacen.

Cuando terminó, guardó el cuaderno en blanco en el cajón de nuevo.

Se sentó en la silla de la cocina. Miró la fotografía de Cristina en la pared de la sala. Miró el espacio vacío en el borde izquierdo de la foto donde Anselmo aparecía borroso porque se había movido en el momento del disparo, ese movimiento que había quedado registrado para siempre en la emulsión fotográfica como la evidencia de que el muchacho había estado ahí, que

había existido, que había tenido dieciocho años y una vocación y una manera específica de señalar las páginas de los libros con el dedo índice cuando encontraba algo que le parecía extraordinario.

Ninguna de esas cosas se iban a cambiar.

Ninguna de las cosas que había hecho las cambiaba.

Eso era lo que la victoria, si era eso, no había podido darle y nunca iba a poder darle: la posibilidad de que el mundo fuera distinto del mundo que era. El mundo era el que era. Anselmo no estaba. Cristina no estaba. La bodega olía a azufre y a tierra mojada. El foco de cuarenta watts alumbraba igual que siempre.

Y Esteban Almanza tenía cincuenta y dos años y el mundo ya no le cabía en ningún lado.

Pero seguía en pie.

Que era, al final, lo único que quedaba cuando se agotaban todas las demás posibilidades: seguir en pie, seguir abriendo el portón a las ocho de la mañana, seguir siendo el hombre de siempre en la única vida que tenía, con todo lo que esa vida contenía y con todo lo que ya no contenía y nunca volvería a contener.

Se levantó.

Apagó la luz de la cocina.

Se fue a dormir.

EPÍLOGO

Lo que queda cuando el miedo se instala

México. Septiembre de 2025 en adelante.

Hay una pregunta que este país lleva décadas haciéndose sin respuesta satisfactoria: ¿para qué existe el poder público?

No en el sentido filosófico de los libros de ciencia política que nadie lee en los despachos donde se toman las decisiones. En el sentido práctico y urgente de todos los días: para qué existe el cargo del presidente, del gobernador, del secretario de Estado, del diputado, del presidente municipal, del director de dependencia, del funcionario de ventanilla. Para qué existe la investidura, el protocolo, el escudo nacional en la tarjeta de presentación, la oficina en el edificio de gobierno con la planta de plástico en la esquina y el formulario de quince días hábiles para procesar lo que debería procesarse en quince minutos.

La respuesta que el sistema da en la práctica, la respuesta que demuestran los hechos y no los discursos, es una que ningún funcionario diría en voz alta pero que está escrita en cada decisión que toma cuando nadie lo supervisa: que el poder público existe para quien lo ejerce. Que el cargo es una recompensa y no una deuda. Que la investidura es un escudo y no una

obligación. Que la distancia entre el funcionario y el ciudadano que lo financió con sus impuestos y lo eligió con su voto o lo toleró sin haberlo elegido es una distancia que se cuida y se preserva porque achicarla sería peligroso para quien ocupa el cargo, que es la única persona cuyo bienestar ese sistema parece diseñado para proteger.

Esa respuesta tiene consecuencias.

Las consecuencias se llaman cien mil desaparecidos. Se llaman madres con fotografías plastificadas colgadas al pecho caminando por brechas polvorientas del Bajío. Se llaman carpetas de investigación que se archivan sin resolverse. Se llaman formularios de quince días hábiles que nunca producen notificación. Se llaman un muchacho de dieciocho años que quería estudiar química en la Universidad de Guanajuato y que terminó en una bolsa de plástico negro con un número de folio porque el Estado que debería haberlo protegido decidió en algún nivel de su arquitectura de poder que su vida no valía la pena defender.

Esas consecuencias, acumuladas en suficiente cantidad durante suficiente tiempo, producen a Esteban Almanza.

No a este Esteban Almanza específico, aunque este Esteban Almanza específico es real en el sentido en que es real todo lo que el país produce cuando trata a sus ciudadanos como lo que no son: como variables prescindibles en una ecuación de poder que solo cuenta lo que le conviene contar. Produce al arquetipo. Al hombre o a la mujer o al joven que llega al punto donde el sistema se ha agotado como opción, donde las puertas se han cerrado todas, donde el dolor ha alcanzado una temperatura que ya no deja lugar para la esperanza institucional, y que en ese punto hace lo que el sistema nunca calculó porque el sistema nunca calculó que llegaría a ese punto: actúa por su cuenta, con lo que tiene, de la única manera que le quedó.

El sistema mexicano es extraordinariamente bueno calculando amenazas que conoce.

Sabe cómo manejar a los periodistas incómodos. Sabe cómo neutralizar a los líderes de oposición. Sabe cómo cooptar a los movimientos sociales que se vuelven demasiado ruidosos. Sabe cómo administrar la inconformidad de los que gritan en las plazas y en las redes sociales y en las marchas que se disuelven sin consecuencias reales porque el sistema aprendió hace mucho que las marchas se disuelven solas si se espera lo suficiente y no se les da el mártir que necesitan para no disolverse.

Lo que el sistema no sabe calcular es la amenaza que no tiene perfil reconocible.

El ciudadano que no es activista ni militante ni parte de ninguna organización. El que no publica en redes ni da declaraciones a la prensa. El que va a trabajar todos los días y paga sus impuestos y llena sus formularios y dice gracias con la voz plana de quien ya sabe que el gracias no tiene destinatario real y que sin embargo sigue diciéndolo porque fue

criado para ser cortés incluso con las instituciones que no lo merecen. El que tiene conocimiento y tiene tiempo y tiene dolor y que un día, sin que nadie lo vea venir, decide que el sistema agotó su capacidad de absorber lo que le hicieron y que ya no hay razón para no actuar con lo que tiene.

Ese ciudadano no aparece en ninguna base de datos de inteligencia.

No genera alertas en ningún sistema de monitoreo. No forma parte de ninguna red que un agente encubierto pueda infiltrar. No tiene contactos con grupos que un interceptor de comunicaciones pueda vigilar. Existe en el espacio completamente invisible de los que el sistema asumió que jamás llegarían a ese punto porque el sistema confundió la paciencia con la resignación, la cortesía con la impotencia, el silencio con la rendición.

Es el error de cálculo más caro que un sistema puede cometer.

Y lo comete todos los días, en cada formulario que no se responde, en cada carpeta que se archiva sin resolverse, en cada licenciado que sale a entregar una tarjeta de presentación a un padre con una fotografía y una voz plana que dice gracias y se va, en cada conferencia de prensa donde se habla de las víctimas con el tono de quien reconoce el dolor sin asumir ninguna responsabilidad por él, en cada mitin donde el presidente estrecha manos entre la multitud y siente en su palma el sudor y el callus de la gente que lo eligió creyendo algo que él nunca fue.

Lo que quedó después de Esteban Almanza no fue justicia. La justicia requiere instituciones que funcionen, y las instituciones que funcionan son exactamente lo que este país no tiene en suficiente cantidad para los que más la necesitan. Lo que quedó fue algo más pequeño y más perturbador que la justicia: el miedo.

El miedo de los que saben que tienen razones para tener miedo.

El exsecretario que canceló su agenda un mes sigue cancelando eventos con más frecuencia de lo que cancelaba antes. El senador que propuso los análisis toxicológicos se los hace cada tres meses con una puntualidad que sus médicos encuentran excesiva pero que él no está dispuesto a reducir. El gobernador con los expedientes en la DEA renovó el contrato con la empresa israelí de seguridad. En los grupos de WhatsApp de la clase política el tema no desaparece porque no puede desaparecer: flota ahí, entre los memes políticos y las convocatorias a reuniones y los chismes sobre los movimientos en el gabinete interino, como el ruido de fondo que no se nombra pero que todos escuchan.

¿Qué tiene el que hice yo que no debería haber hecho?

¿Quién lo sabe?

¿Quién está mirando?

Esas preguntas no tienen respuesta tranquilizadora y ese es exactamente su valor: que no la tengan. Que el funcionario que firma algo que no debería firmar no pueda saber si alguien, en algún lugar del país, tiene conocimiento suficiente y dolor suficiente y tiempo suficiente para cobrar

esa firma de una manera que ningún protocolo de seguridad contempla. Que esa imposibilidad de saber sea el único mecanismo de rendición de cuentas que sobró después de que todos los demás fallaron.

No es suficiente. Nunca será suficiente.

El poder en este país seguirá siendo lo que es durante mucho más tiempo del que cualquier ciudadano debería tolerar. Las instituciones seguirán fallando a quienes más las necesitan. Las ventanillas seguirán despachando formularios. Las carpetas de investigación seguirán archivándose sin resolverse. Los presidentes, los gobernadores, los secretarios de Estado, los legisladores seguirán siendo elegidos o designados o impuestos con el mismo ciclo de promesas y traiciones que lleva generaciones reproduciéndose con la fertilidad obstinada de lo que no tiene suficientes consecuencias para cambiar.

Pero algo se instaló.

Algo que no estaba antes de Esteban Almanza y que después de él ya no se puede desinstalar, de la misma manera que no se puede desinstalar el conocimiento una vez que existe en el mundo: la demostración de que es posible. Que el ciudadano que el sistema ignoró completamente, el que llenó todos los formularios y recibió todas las tarjetas de presentación y fue a todas las ventanillas y plantó su fotografía frente a Palacio Nacional y no obtuvo nada de nada, ese ciudadano no es necesariamente el final de la historia.

Puede ser el principio de otra.

Eso no es una apología. Esto no es un manual. No hay ninguna instrucción implícita en estas páginas, ningún llamado a la acción, ninguna glorificación de lo que un hombre desesperado hizo con su dolor y su conocimiento en el silencio de una bodega en Celaya. Lo que hay es una pregunta que el país lleva décadas respondiendo mal y que conviene reformular con la claridad que solo da el caso extremo:

¿Para qué es el poder público?

La respuesta correcta —la única que produce un país que no fabrica Estebanes— no está en los libros de ciencia política ni en los discursos inaugurales ni en los pósters de manos entrelazadas que dicen JUNTOS ENCONTRAMOS en las salas de espera de las instituciones que no encuentran nada. Está en una idea tan sencilla que su simpleza la hace invisible para quienes llevan demasiado tiempo en los despachos donde se pierde de vista:

El cargo público es una deuda, no una recompensa.

Gobernar es una entrega, no una oportunidad.

El servidor público no sirve para enriquecerse, para acumular poder, para construir redes de influencia que lo protejan de las consecuencias de sus actos, para mirar desde la distancia cómoda de la investidura a los ciudadanos que lo financian y que lo eligieron o lo toleraron esperando algo

que rara vez reciben. El servidor público sirve para servir. Para eso y solo para eso. Con la misma disposición con que Esteban Almanza explicaba a sus clientes la dosis correcta del herbicida: sin cobrar de más, sin escatimar lo que se necesita, con el respeto básico de quien sabe que la otra persona confió en él para resolver algo que por sí sola no puede resolver.

Esa es la única diferencia que importa entre un sistema que produce ciudadanos como Esteban Almanza y uno que no los produce.

No la diferencia de los recursos ni de los aparatos ni de los protocolos de seguridad ni de los anillos de protección ni de los sistemas de inteligencia. La diferencia de la entrega genuina al servicio de los demás. La diferencia de entender que la persona al otro lado del escritorio, al otro lado de la ventanilla, al otro lado de la plaza donde el templete y las camionetas negras y el séquito crean la distancia que la política del contacto luego finge reducir, esa persona tiene nombre y tiene historia y tiene un hijo de dieciocho años que quería estudiar química y tiene un dolor que el sistema puede ignorar hasta que no puede.

Hasta que ya no puede.

En Celaya, la bodega de Fertilizantes Almanza sigue abriendo a las ocho de la mañana.

El foco de cuarenta watts sigue alumbrando sobre la caja registradora. El cuaderno de pasta dura sigue registrando las ventas con letra cuidadosa. Beto sigue llegando antes que Esteban algunos días y tiene el candado descorrido cuando él llega. Don Aurelio Patiño sigue llegando los miércoles con su pedido de herbicida y se sienta en el banco del mostrador y habla del clima y del precio del maíz y de la situación del agua en el municipio.

Y en el panteón municipal, a doce cuadras de la bodega, hay una lápida de mármol blanco con un nombre y dos fechas y nada más, porque no había ninguna frase que dijera lo que necesitaba decir sin quedar corta.

Sobre la lápida hay flores frescas.

Siempre hay flores frescas.

Eso, al menos, no va a cambiar.